

**NO ELEGÍ SER
EL HIJO^{DEL}
CARTEL**

WILLIAM RODRÍGUEZ

NO ELEGÍ SER
EL HIJO
CARTEL
DEL

CÓMO EL HIJO DEL CAPO MIGUEL RODRÍGUEZ
DERROTÓ EL PESO DE SU SOMBRA

temas 'de hoy.

© William Rodríguez, 2015
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2015
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

Diseño de cubierta:
Departamento de diseño Grupo Planeta
Imagen de cubierta:
© AFP/Getty

Primera edición:
marzo de 2015

ISBN 13: 978-958-42-4407-9
ISBN 10: 958-42-4407-8

Impreso por:
XXXXXX

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Dedicado a:

*Mi esposa y mis dos princesas,
que son la esperanza de mi vida*

Agradecimientos especiales a:

*Rafael Rojas y Andrés López
por su invaluable colaboración*

CONTENIDO

Capítulo 1. “¿No tiene por quién vivir?”	11
Capítulo 2. El primer kilo	31
Capítulo 3. “Papá, no quiero vivir con usted”	41
Capítulo 4. Del cielo al infierno	53
Capítulo 5. “Quiero poder, más poder”.....	73
Capítulo 6. “La mechita”, mi verdadera pasión.....	101
Capítulo 7. La fiesta que no fue para mí.....	119
Capítulo 8. Traicionados.....	131
Capítulo 9. US\$ 10 millones para la campaña.....	149

Capítulo 10. Mi metamorfosis	159
Capítulo 11. Los “bandidos legales”.....	177
Capítulo 12. En la mira de Estados Unidos	191
Capítulo 13. ¿Qué pensarían mis hijas?	203
Capítulo 14. Entregarme, la única opción.....	215
Capítulo 15. “Señor Kacerosky, usted ganó”	229
Capítulo 16. El gran error de mi padre y de mi tío ...	239
Epílogo.....	263

CAPÍTULO 1

“¿No tiene por quién vivir?”

—¡Lo mataron! ¡Lo mataron!

Cuando escuché la voz angustiada de mi tía Amparo sentí alegría.

“Estoy bien, todavía no estoy muerto”, pensé.

Aunque estaba herido y sabía que me estaba muriendo, me invadió una extraña sensación de tranquilidad. Era una especie de trance producto del desangramiento. Mientras mi vida se iba, una voz interna me decía que me salvaría.

Escuchar ese susurro lejano me dio fuerzas para levantarme, pero mi rodilla izquierda no respondió: estaba fracturada. Me desplomé y, cuando estaba a punto de tocar

el piso ensangrentado pensé en mi hija. En ese instante le rogué a Dios que me salvara. “¡No es justo, Señor, mi hija solo tiene dos añitos!”, exclamé.

Entonces oí la voz de mi primo y entendí que se había hecho el milagro, que mi clamor había sido escuchado.

—¡Está vivo, está vivo!

Con la angustia reflejada en el rostro, mi tía se acercó.

—¡Mijo! ¿Cómo está, mijo? ¡Está vivo gracias a Dios!

—¡Llamá a una ambulancia, llamá por favor a una ambulancia! —respondí.

Ella corrió a buscar un teléfono, al tiempo que yo intenté darle una ojeada al dantesco espectáculo de sangre, muerte, dolor y miedo en que se había convertido el restaurante.

—¡Bájenme ya, que me voy a desangrar! —grité.

—¡No, que lo rematan abajo! —contestó uno de los meseros.

No me importaba si me remataban; quería salvarme, quería hacer algo por mi vida.

—¡Bájame! —le dije.

El mesero dudó, pero no tuvo alternativa cuando vio mi cara de enfado. Una vez en el andén, mientras rogaba que apareciera una bendita ambulancia, llegaron dos policías en una motocicleta. De inmediato me invadió el temor de que los sicarios, para no fallar en el operativo, hubieran enviado a esos agentes para que me remataran. Así era el *modus operandi* de esos grupos.

—Venga, hermano... yo soy William Rodríguez Abadía, no se me quite de al lado —le dije a uno de los policías que bajó de la moto.

El uniformado se tomó su tiempo, me miró, sonrió y respondió:

—¡Tranquilo, jefe, aquí me quedo!

Nunca había sentido tanta tranquilidad. Buena parte de mi vida había transcurrido rodeado de escoltas, sicarios y gente dispuesta a todo por protegerme, pero ahora era un policía el que, paradójicamente, estaba a mi lado. Solo en ese momento pude recordar lo que había sucedido.

Era el viernes 24 de mayo de 1996. Ese día mi vida cambió para siempre porque dio el profundo vuelco que seguramente yo anhelaba. Claro, no de la manera como estaba a punto de suceder.

Había nacido en el seno de una familia que lideraba mi tío Gilberto, quien, según mi entender, era un próspero empresario. Durante muchos años ignoré los oficios a los que él se dedicaba, ayudado por mi padre Miguel, por lo que crecí pensando que la riqueza era algo normal, aunque ellos siempre nos inculcaron que para obtener las cosas había que ganárselas.

Solo cuando me hice adolescente comencé a sospechar de la doble vida que llevaba mi padre. Tanta ida y venida de escoltas, exceso de medidas de seguridad, opulencia y comentarios sueltos de la gente, comenzaron a llenarme de dudas, que rápidamente fueron acalladas por

argumentos inobjetables: “es mi familia”, “es mi papá”, “es mi tío”, “lo único que se tiene es la familia”.

Pero el más fuerte y poderoso de todos los argumentos es el que brinda la comodidad del dinero. En mi caso —por situaciones de mi niñez que más adelante explicaré— la bonanza económica hizo que mi conciencia se dejara comprar en vez de seguir formulando preguntas; y como era costumbre en la familia Rodríguez Orejuela, cada vez que podía, mi tío Gilberto nos repetía: el dinero todo lo compra.

Una vez comprendí ese modo de pensar me dediqué a vivir como hijo de potentado, tratando de no llamar la atención para continuar mi vida de estudiante y adolescente con ganas de comerse el mundo; aunque, obvio, con prerrogativas diferentes a las de mis compañeros.

Siempre he sido un hombre cercano a Dios. Su luz me ha protegido en momentos difíciles y en varias ocasiones me ha salvado de las garras de la muerte. Por eso mi devoción es a un Cristo milagroso, el de Buga, una localidad cercana a Cali.

Ese viernes, con mi esposa, mi pequeña hija de menos de dos años y mi amigo de infancia, Óscar Echeverri, nos disponíamos a viajar a la Basílica del Señor de Buga.

Óscar llegó temprano y lo invitamos a desayunar. Mientras le daba las últimas cucharadas de compota a mi hija, recibí una llamada de mi tía Amparo, quien me requería con urgencia en la sede de la Corporación Deportiva América de Cali.

Mi tía Amparo, una mujer con gran capacidad empresarial, era la encargada del manejo administrativo del equipo y por decisión de mi padre yo estaba al frente de la parte deportiva. El fútbol era una pasión que mi padre me había contagiado desde niño pues él adoraba la camiseta del América de Cali.

El club caleño representaba el clamor popular, era el medio de expresión de los que no tenían nada, el campeón de los desposeídos. El mecenazgo de mi padre en el fútbol colombiano duró desde 1980 hasta 1995, cuando perdió su libertad. Nos movía una pasión llamada “la mechita”, algo que se lleva grabado en el corazón. Además, al estar allí complementaba mi frustración de no haber sido futbolista, un sueño que albergué desde niño, cuando veía jugar a mis ídolos, Diego Armando Maradona y Johan Cruyff.

Siempre he sido obsesivo con todo lo que he hecho en la vida. Eso lo heredé de mi padre, que repetía hasta el cansancio que “el mundo no es de mediocres”. Esa máxima es muy evidente en el fútbol, deporte en el que “ganar no es todo. Es lo único”. Y así es. En el fútbol nadie se acuerda del segundo puesto. Por eso, cuando acepté ese cargo directivo investigué a profundidad los planes deportivos y los sistemas de juego de algunos clubes europeos, en particular de Holanda, Italia y España. Quería que el América fuera el mejor equipo del mundo, por satisfacción personal y para demostrarles a mi padre y a mi familia que ninguno de sus encargos me quedaría grande.

En respuesta a la llamada de mi tía cancelamos el viaje a Buga y con Óscar Echeverri nos dirigimos a la sede del América, en un tranquilo barrio al norte de Cali, muy cerca de la tradicional avenida Estación. Era una agradable construcción de dos plantas, con patios interiores que le proporcionaban una excelente ventilación. En cuanto llegué subí al segundo piso, donde me esperaba mi tía. La reunión tenía como objetivo concretar la negociación con el equipo Oporto de Portugal para la transferencia de Jorge Hernán “Calarcá” Bermúdez, jugador colombiano, quien se desempeñaba como defensa no solo del equipo, sino también de la selección de Colombia, y estaba en el mejor momento de su carrera profesional. Después de esta reunión tuve otra con el presidente y demás directivos de la institución para discutir algunos asuntos pendientes del equipo profesional.

Mientras estábamos allí ignorábamos que a esa misma hora, en otro lugar de la ciudad, nuestros enemigos habían puesto en marcha uno de los atentados más audaces en la historia de la ciudad de Cali. A bordo de dos camionetas blancas, similares a las que usaba la Policía en aquella época, se encontraban seis hombres con radioteléfonos y pistolas de calibre 7,65 con silenciador.

Por aquellos días y por encargo de mi padre, debí manejar las relaciones con varios grupos de narcotraficantes que querían, ilusamente, tomar el control del negocio. Dos meses atrás, en la primera semana de marzo de 1996, respaldados por el máximo jefe de las Autode-

fensas Unidas de Colombia (AUC), Carlos Castaño, habían asesinado en Medellín a José “Chepe” Santacruz Londoño, uno de los jefes del cartel de Cali, y temían por nuestra retaliación.

“Chepe” había tomado la decisión de fugarse de la cárcel La Picota en la primera semana de enero de 1996 a raíz de un enfrentamiento con los jefes del cartel del Norte del Valle liderados por Orlando Henao.

Él siempre supo que esos delincuentes estaban urdiendo planes para asesinarlos dentro de ese centro penitenciario y optó por salirse para enfrentar la amenaza, pero desafortunadamente confió en el hombre equivocado y fue asesinado en una finca en las afueras de Medellín por Carlos Castaño y varios jefes del cartel del Norte del Valle, con la colaboración del coronel Danilo González —el oficial de la Policía colombiana que antes colaboró con el Bloque de Búsqueda y el cartel de Cali contra Escobar y que ahora estaba al servicio de los capos del Norte del Valle.

Tras el homicidio de “Chepe” debí realizar varias reuniones en un intento por mediar y resolver los rumores malintencionados de Wilber Alirio Varela, alias “Jabón”, un sicario que a punta de pistola se había ganado la confianza de Orlando Henao, en esos momentos jefe máximo del cartel del Norte del Valle.

Varela siempre nos odió porque en una ocasión le incumplió la palabra a mi tío y asesinó a un colaborador cercano a nosotros. Entonces, mi tío Gilberto dio la orden

de darlo de baja, pero alguien le informó y él, muy hábilmente, recurrió a su benefactor, Orlando Henao, quien intervino y lo protegió. Mi tío cometió el error de dejar con vida a Varela, un ser despreciable que le hizo demasiado mal a muchas personas.

Desde ese momento, Varela fue un declarado enemigo de los capos de Cali y se dedicó a crear rumores y a susurrarles al oído a sus jefes todo tipo de versiones sin fundamento. Por esa razón varias veces debí recurrir a reuniones para acallar los chismes y aclarar las cosas.

Recuerdo que uno de esos encuentros se produjo en pleno parque de la 93, en Bogotá, donde me reuní con Varela y tres de sus sicarios. Allí aclaramos un chisme creado por él y por Luis Ocampo, alias “Tocayo”—hermano medio del capo Víctor Patiño—en el sentido de que nosotros los estábamos delatando con las autoridades de Estados Unidos.

Varela me pasó al teléfono a Orlando Henao —fue la primera vez que hablé con él— y le aclaré que él más que nadie sabía quiénes eran mi padre y mi tío.

—Ellos pueden ser muchas cosas, mi señor, pero nunca unos sapos —le dije en forma tajante.

Hablamos cerca de cinco minutos y concretamos la posibilidad de reunirnos para aclarar los malos entendidos. El asunto pareció quedar resuelto y en las siguientes semanas asistí a varias reuniones en las que tuve que aclarar rumores no generados por nosotros. Al final, ejercí el

papel de garante de mi familia y en más de una ocasión me jugué la vida.

De regreso al relato inicial, cuando terminé la agenda de la mañana invité a almorcizar en el Rodizio, un restaurante cercano, a mi primo Mauricio, a Óscar —“el Gordo”— y a Nicol Parra, mi amigo de infancia. No obstante, Mauricio recibió una llamada y se excusó porque estaba pendiente de una reunión que afortunadamente para él se concretó y no nos acompañó ese día a cumplir esa cita con la muerte.

Nicol —quien por cosas del destino terminó trabajando como jefe de seguridad de mi padre durante la guerra con Pablo Escobar— me revelaba en privado el desarrollo de los acontecimientos que tenían que ver con ese conflicto, que de una u otra manera me afectaban.

Mi viejo amigo me mantenía al día de los hechos que ocurrían alrededor de la guerra demencial entre los carteles de Cali y Medellín; él y un grupo especial de hombres arriesgaban sus vidas para protegernos de las garras asesinas de Escobar.

En una ocasión me relató cómo el 2 de enero de 1989 capturaron a un comando de hombres que tenían todo listo para asesinar a mi padre con un bus cargado de dinamita que activarían en un puente a la entrada del barrio Cuidad Jardín, donde residía mi padre a las afueras de Cali. Era un lugar de tránsito casi obligatorio para la caravana que escoltaba a mi padre hacia su residencia.

Finalmente y ya sin Mauricio, Nicol, “el Gordo” Óscar y yo estuvimos de acuerdo en ir al Rodizio. De pronto se me ocurrió invitar a otro amigo y le pedí a Óscar que llamara por teléfono a Juan Carlos Delgado, un teniente retirado del Ejército que también integró la seguridad de mi padre y ahora estaba encargado de cuidarme. Juan Carlos me ayudó mucho en Bogotá cuando, por petición de mi padre, me dediqué a hacer *lobby*. Era un hombre leal a nuestra causa y luego de compartir momentos difíciles corrompiendo conciencias en el Congreso de la República nos hicimos muy buenos amigos.

Nicol me pasó el teléfono a Juan Carlos porque en ese momento él departía con su novia en otro lugar. En forma involuntaria lo llevé a encontrarse con la muerte. Él sugirió que nos viéramos más tarde, pero como era viernes y yo quería pasar un momento agradable con mis amigos, cambié el tono cordial de invitación y le ordené que acudiera al restaurante. Juan Carlos tuvo que obedecer. Ese es uno de los mayores remordimientos de mi vida.

El hermano menor de Nicol, Fernando Parra, me acompañaba como conductor y escolta, pero sin arma porque en esa época el alcalde de Cali, Mauricio Guzmán Cuevas, había puesto en práctica un plan de desarme para frenar la violencia que vivía la ciudad. Por esa razón el Ejército suspendió los salvoconductos que autorizaban el porte de armas.

Guzmán fue considerado uno de los mejores alcaldes de 1995, pero—desafortunadamente para él—fue vincu-

lado al famoso proceso ocho mil por recibir 300 millones de pesos del cartel de Cali y por ello fue capturado en 1997; purgó varios años de cárcel por tener vínculos con nuestra organización.

Finalmente, pasada la una de la tarde salimos de la sede del América, sin sospechar lo que el destino nos deparaba.

Nunca olvidaré que cuando íbamos en el vehículo un hombre en una motocicleta de bajo cilindraje me miró fijamente y partió de manera apresurada. Días después sabría que era ni más ni menos el campanero del grupo criminal que nos atacaría minutos más tarde, el primer eslabón de la operación militar que me esperaba, que incluyó planos de la ciudad, rutas de escape y, en caso de que fuera necesario, munición a tope para un enfrentamiento a gran escala.

La misión del grupo criminal consistía en tomarnos por sorpresa. Para ello se tenían que desplazar de acuerdo con nuestros movimientos, por lo que sus sistemas de comunicación y seguimiento deberían ser perfectos. El plan consistía en asesinarnos para debilitar militar y políticamente a mi familia; en otras palabras, la misma estrategia que en su momento utilizó Pablo Escobar a finales de los ochenta para enfrentar al poderoso cartel de Cali.

No eran momentos fáciles para mi familia. Sus dos máximos líderes estaban tras las rejas, lo que nos dejó desguarnecidos y a merced de los vientos que por la lucha del poder soplaban desde el Norte del Valle.

Tampoco era fácil sobrellevar una vida tranquila. El hecho de tener el apellido Rodríguez en los momentos de bonanza me dio poder y amigos, pero cuando llegaron los problemas casi todos huyeron a sus trincheras de papel, a acusar a quien en algún momento les sirvió. En medio de todo, ese trance me dio la enseñanza necesaria para comprender que el poder y el dinero son efímeros.

Es que en esa época me sentía en la cima y mi ego estaba engrandecido porque tenía lo que la mayoría de los hombres buscamos: poder y reconocimiento. Llegué a considerarme una especie de superhombre que todo lo podía, y lo peor, con ínfulas de una inmortalidad carente de toda lógica. Así llegué a cometer los peores errores de mi vida, como lo hicieron mi padre y mi tío por creerse intocables. Jamás pensé que la muerte es repentina y que no tiene excepciones.

Una vez llegamos al restaurante nos ubicamos en una mesa rectangular, dispuestos a disfrutar de una buena carne y los entremeses del Rodizio. El local se encontraba abarrotado por su clientela habitual. Por casualidad, en el restaurante también estaban mi tía Amparo, sus dos hijas y su cuñada Ana Milena, quien se desempeñaba como asesora en el América. Afortunadamente, ellas ocuparon otra mesa, distante de la nuestra.

Mientras disfrutábamos del almuerzo, departimos y conversamos animadamente. El tiempo transcurría

en hablar de trivialidades y anécdotas de nuestras vidas, que, vistas a través del retrovisor de los recuerdos, habían cambiado de manera drástica. Hubo muchas risas, estimuladas con los comentarios acerca del buen desempeño de nuestro equipo del alma.

En medio de la risa me di cuenta que cuatro hombres estaban sentados a un par de mesas de la nuestra, en sentido contrario a la de mi tía. Aparentemente almorcaban, y de vez en cuando nos miraban, tal vez, creí, tratando de reconocer a alguno de mis acompañantes.

Lo que vino después sucedió en un instante, pero pareció una eternidad. Todo habría sido distinto si no hubiera vacilado y negado que lo que llegué a pensar, lo que sospeché, era exagerado.

La forma de vestir, los zapatos azules de uno de los comensales y el hecho de ver que pedían sus platos, disiparon mis sospechas, por lo que me concentré de nuevo en las risas y en la jugosa carne que según mis amigos estaba más sabrosa que nunca.

Mientras daba cuenta de un delicioso lomo tres cuartos, a la entrada del restaurante llegaron las dos camionetas blancas con los seis hombres armados, que se identificaron ante mis tres escoltas como integrantes de la Policía Nacional. Una vez confirmaron la “autenticidad” de los documentos, mis guardaespaldas no opusieron resistencia alguna. Cuando los sicarios se aseguraron de que ninguno tenía armas, los ejecutaron de un tiro certero en

la cabeza. Usaron pistolas 9 milímetros con silenciador, lo que impidió que nosotros, en medio del gozo y el ruido, escucháramos las detonaciones.

Era la una y cincuenta y cinco de la tarde, exactamente, hora en la que hice mi última llamada antes del atentado. Llamé a mi esposa, pues quería saber si ella y mi hija habían almorcado; parecía que la compota del desayuno le había producido reflujo a la bebé.

Las dos estaban bien y sin saber por qué me despedí con una frase inusual:

—Las amo, y cuida mucho a mi hija.

—¿Te pasa algo, amor? —preguntó mi esposa, quizás sorprendida ante tal comentario.

—Quería escucharte, acuérdate que siempre te llevo en mi corazón.

—Te espero más tarde —respondió ella comprensiva y amorosa como siempre.

Apenas colgué y como si fuera el santo y seña y con precisión de relojero, los cuatro sicarios de la mesa que se me hacía sospechosa se pararon, sacaron sus armas y gritaron: “¡Quieto todo el mundo, que nadie se mueva!”.

En ese momento pensé que habían llegado a secuestrarme.

Dos se quedaron parados cuidando las espaldas de los dos ejecutantes; los otros dos se acercaron a nosotros y uno de ellos dijo:

—¡Ahí está, el hijueputa de blanco!

El de blanco no era yo, yo estaba de verde, el de blanco era Nicol.

La excusa que los señores del cartel del Norte del Valle dieron posteriormente era que había sido una equivocación, que no sabían que yo estaba ahí. Pero cómo no lo iban a saber si me habían seguido desde que salí de la sede del América de Cali.

La estrategia de este nuevo cartel, que emergía como el más poderoso del país, dirigido por Orlando Henao y Efraín Hernández, “don Efra”, era debilitarnos asesinando a los dos jefes de seguridad de mi padre y de mi tío. Prueba de ello era que el día anterior habían asesinado a Édgar Veloza, “el Mono”, hombre de confianza de mi tío en la guerra contra el cartel de Medellín.

Las estructuras criminales subsisten y pueden trabajar en la ilegalidad porque cuentan con hombres dispuestos a seguir órdenes sin preguntar por qué, como es costumbre en cualquier ejército. Nicol no era la excepción. Era uno de los hombres que mejor conocía y dirigía nuestro aparato militar, y como tal, siempre estaba decidido a dar y tomar vidas a cambio de dinero.

Cualquier organización se hace fuerte cuando tiene capacidad de reacción y para eso debe tener en sus filas a hombres decididos como Nicol, dispuestos a acabar con el que sea, con tal de mostrarle fidelidad al patrón. Por eso matar a Nicol fue la prioridad de quienes nos atacaron.

Supongo que los sicarios llamaron e informaron a sus jefes antes del atentado y les informaron que yo también

estaba ahí. Estoy seguro de que, sin pensarlo dos veces, Orlando Henao y “don Efra” dijeron “hágale”. Yo movía en ese momento el poder político del llamado cartel de Cali.

Los sicarios comenzaron a disparar. Instintivamente me paré con los brazos abiertos y logré detener los tiros que iban hacia mi cabeza. La inercia de los disparos me lanzó hacia atrás y caí sobre una mesa que, al volverse, se convirtió en mi escudo.

Ya en el piso, seguí escuchando los disparos. Óscar trató de ponerse de pie, pero el sicario de los zapatos azules lo remató con un tiro de gracia. A Juan Carlos le pegaron un tiro que le perforó la vena aorta; se desangró inmediatamente y su sangre llegó hasta mí, lo que les hizo creer a los sicarios que yo estaba muerto. Tirado en el piso, solo veía los pies de estos hombres; el que más se movía de un lado a otro era el de los zapatos azules.

Me pegaron un tiro en la muñeca izquierda, otro en el antebrazo derecho, dos en el abdomen, uno en la ingle, otro en la rodilla y cuando iba cayendo me pegaron dos más, uno en la parte de atrás de la pierna izquierda y otro me rozó el muslo de la pierna derecha.

Ese corto momento fue una eternidad. La vida pasa en un segundo. Recordé las cosas malas por las que tenía que arrepentirme y, como si fuera un milagro, después de hacerlo me conecté por un segundo con algo que jamás podré explicar: un momento de paz, tranquilidad y alivio que fue interrumpido por unos gritos ahogados.

—¡Lo mataron! ¡Lo mataron!

En el andén, la sangre seguía buscando salida y cuando sentí que no podía más, como si fuera un milagro, aparecieron los dos policías en moto. Algo extraño, porque cuando se lleva a cabo un operativo de tal magnitud una parte fundamental del éxito es garantizar que las autoridades no aparezcan. Pero ese día no me tocaba morir, y cuando vi al policía mi primera reacción fue darle mi nombre y pedirle que se quedara a mi lado. Cuando me llamó “jefe” sentí tranquilidad, no porque fuera su “jefe” sino porque sentí su respaldo, aunque también sentí que estaba en las últimas. Por eso le dije:

—Me voy a morir.

El agente me contestó con las palabras más amables que había escuchado en mucho tiempo:

—¿No tiene por quién vivir?

Pensé de nuevo en mi pequeña hija, en mi esposa, en lo que quería hacer de mi vida si me salvaba, pero la ambulancia no aparecía.

Los que sí llegaron fueron los periodistas. Cerca del restaurante, cubriendo el fallecimiento del dirigente deportivo Alex Gorayeb, había muchos reporteros, que reaccionaron ante el alboroto de la impresionante balacera y corrieron a grabar las imágenes que muy pronto le dieron la vuelta al mundo.

El policía, mi ángel guardián, siguió a mi lado hasta que llegó la ambulancia, pero habría de presentarse un nuevo e inesperado problema.

El hermano menor de Nicol, Fernando, había quedado vivo pese a que recibió un tiro en la cabeza. Como no teníamos carné de afiliación, la empresa a la cual pertenecía la ambulancia tenía dispuesto que se debía llevar al hospital a la persona más grave. Y claro, solo querían llevarse a Fernando. Entonces entré en cólera y les grité:

—¡Llamame a ese hijueputa de la ambulancia!

A pesar de las heridas y la pérdida de sangre, cuando el enfermero llegó, lo tomé del cuello y le dije:

—¡Yo me puedo salvar, móntame!

Entonces subieron a Fernando en la camilla y me ubicaron al lado, donde se sientan los acompañantes. Las camillas de las ambulancias tienen una especie de agarra-dero en los costados, y me aferré a uno de ellos como si fuera mi salvación, acompañado por el policía que trataba de tranquilizarme diciéndome que no me preocupara, que estábamos cerca del hospital.

Mi esposa me contó después que entre los disparos, la muerte de mis amigos, la bajada al andén y la llegada al hospital pasaron escasos cinco minutos; para mí, una eternidad. Antes de desmayarme, alcancé a pedirle perdón a Nuestro Señor de Buga por no haber ido a visitarlo ese viernes. Me sentí mal; la noche anterior le había hecho la promesa y ahora mi vida estaba en sus manos.

Me llevaron desmayado a la sala de urgencias. Un par de semanas antes yo había estado recluido en ese mismo centro asistencial a causa de un ataque de amebas. En esa oportunidad me había atendido el médico cirujano

e internista, Álvaro Mejía. Gracias a Dios, él, que conocía mi historial clínico, estaba presente cuando me entraron al centro asistencial. Como había perdido más de dos litros de sangre, Mejía me anestesió inmediatamente y comenzó a luchar contra reloj para salvarme la vida.

Mientras tanto, en el restaurante el Rodizio la Fiscalía entregaba el resultado final y macabro del levantamiento de los cadáveres: los sicarios habían disparado noventa y cinco vainillas de pistola. Treinta y dos impactaron en el cuerpo de Nicol Parra, diez en Óscar Echeverri, siete en Juan Carlos Delgado y ocho en mí.

Mientras me debatía entre la vida y la muerte, mi conciencia deambulaba por valles y montañas, recorriendo sitios que alguna vez mi padre y mi tío describieron como sus lugares de nacimiento, donde pasaron una infancia llena de situaciones difíciles y graves problemas económicos. Pero ellos no estaban dispuestos a seguir así y por eso se habrían de convertir en los poderosos capos del cartel de Cali.

CAPÍTULO 2

El primer kilo

Mi abuelo Carlos Rodríguez era pintor de brocha gorda. Se especializó en embellecer con su pintura las iglesias de muchos pueblos. No fue un hombre de profundas convicciones. Sus actividades estaban más del lado profano que del sagrado, y su vida, en cierta medida, era la de un nómada, razón por la cual mis tíos y mi padre nacieron en diferentes ciudades de Colombia. Mi tío Gilberto en Mariquita, Tolima; mi padre Miguel en Buga, y mi tía Amparo en la Cumbre, Valle del Cauca; y otra tía, Aidée, en Bogotá.

Además de jugador de cartas y parqué mi abuelo era aficionado al licor. Lo que ganaba lo gastaba en esos dos vicios y ello generaba continuas crisis en su familia,

compuesta por su esposa, Rita y sus seis hijos, que rápidamente tuvieron que despertar a una dura realidad de abandono, hambre y maltrato.

Mi tío Gilberto nació en 1939, mi padre en 1943, y la niñez de los dos estuvo enmarcada por grandes sucesos, como la muerte del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1949, que desató la guerra entre liberales y conservadores.

Mi padre y mi tío crecieron en pleno desarrollo del periodo conocido como La Violencia; pero ellos sufrieron por partida doble. De un lado, soportaron el maltrato y las vejaciones que recibían de su padre y, de otro, observaban impotentes el desplazamiento, la usurpación y la muerte que se vivía a su alrededor por el conflicto partidista que se tomó el país desde mediados del siglo pasado.

En ese ambiente tan adverso, a los diez años de edad mi tío Gilberto, el mayor de los hermanos, dejó sus estudios y debió salir a la calle a ayudarle a su madre a buscar el sustento diario de sus hermanos menores.

Empezó vendiendo floreros en las ferias de los pueblos. Una tarea artesanal en la que trabajaba toda la familia: unos recolectaban botellas vacías, otros las cortaban, mi papá, que es brillante con el dibujo, las pintaba, y mi tío Gilberto salía a la calle a venderlas.

Esa actividad le dio poder a mi tío frente a mi abuela y a sus hermanos. Hasta que un día, cansado del maltrato, le dijo a Carlos, su padre:

—Por aquí no podés volver.

Mi abuelo intentó levantarle la mano, pero mi abuela apoyó a mi tío, y entre los dos echaron al jefe de la casa.

Ese hecho marcaría profundamente el destino de mi tío. Desde ese día cargó con la responsabilidad de toda la familia. Los psicólogos lo llaman *parentificar*, término que define la conducta de un menor que asume las responsabilidades de los padres, lo cual genera una fuerte neurosis, que tiene que expresar de alguna manera.

Luego de trasladarse a Cali, mi tío consiguió trabajo como mensajero en una farmacia. Caminar y conocer todas las calles de la ciudad lo llevarían a identificar la gran variedad de negocios sucios que empezaban a tomar fuerza y para los que mi tío era un imán; entre la mensajería, la piratería terrestre y los ahorros, montaría su propia farmacia.

Siguiendo el instinto de negociante nato, en su pequeña droguería y con la experiencia obtenida en los diferentes pueblos por donde tuvo que pasar, inventó una notable variedad de jarabes y brebajes para todo tipo de afecciones. Fue así como mi tío se dio cuenta del potencial de este mercado farmacéutico, al que siempre le apuntó. Además, descubrió que podía conseguir muchos productos que no eran de expendio libre y los vendía entre los amigos de la noche y la rumba. Esa mentalidad, unida a su deseo profundo de darles educación y estudio a sus hermanos menores, lo llevarían incursionar en la

piratería: robaba medicamentos para venderlos en su farmacia.

Tras la instauración del Frente Nacional a finales de la década del sesenta como resultado del acuerdo de alternancia política entre liberales y conservadores, muchos antisociales quedaron sin trabajo y se dedicaron a lo único que sabían hacer: delinquir. Por eso conformaron bandas delincuenciales dedicadas al robo y al secuestro. Los grupos criminales que sobrevivieron se transformarían tiempo después en las primeras organizaciones mafiosas del Valle del Cauca, que tomaron como modelo el esquema de funcionamiento de los esmeralderos de Boyacá.

En su condición de gran productor de esa piedra preciosa en el mundo, Colombia desarrolló una estructura de explotación legal, pero casi de inmediato surgieron los llamados “basureros de las minas”, es decir, los primeros focos de robo continuado, corrupción y mafia en ese sector. Las actividades de esos grupos, controlados por el ejército, producirían asesinatos, violencia y prostitución como consecuencia del enorme flujo de dinero en efectivo.

Así, con el beneplácito cómplice de los gobiernos surgió uno de los delitos más dañinos de nuestro país: la corrupción. Los políticos compraban los cargos de auditores de las minas, donde estaba realmente el dinero, sin importarles lo que eso pudiera generar.

A la par de estas mafias de esmeralderos comenzaron a nacer las de la marihuana, primero, y más tarde las de la

cocaína. En sus inicios estos negocios eran patrocinados económicamente por políticos de las regiones, particularmente en la costa norte del país.

Luego de que estas mafias adquirieron su propia dinámica productiva y Estados Unidos llamó la atención en torno a ese fenómeno, los mismos políticos que las habían auxiliado trataron de combatirlas, pero ya era demasiado tarde. El negocio se había convertido en una alternativa económica para un nuevo grupo social emergente con profundos deseos de ascenso en la escala social.

Como consecuencia lógica del desarrollo del nuevo negocio, las mafias modernizaron sus métodos. Unos con violencia, otros con corrupción y lograron penetrar en los partidos políticos, los estamentos sociales, las fuerzas del orden e, incluso, en los movimientos revolucionarios.

En medio de ese ambiente que vivía el país, y buscando cómo sacar a su familia de la miseria, fue que mi tío Gilberto conoció a un personaje que marcaría su destino: José “Chepe” Santacruz. Este hombre, de carácter jovial y aventurero, le propuso a mi tío integrar una banda de piratas terrestres. En poco tiempo ya eran el azote del suroccidente de Colombia y la organización se hizo conocida con el nombre de los Chemas debido a la forma del peinado—una mota alta que peinaban hacia atrás—que utilizaban sus integrantes.

Luego, mi padre y “Chepe” vieron por primera vez a Benjamín Herrera, conocido en el bajo mundo del crimen como el “Papa Negro”, el pionero del narcotráfico en el

Valle del Cauca. Él fue quien inició a los Chemas en este negocio, primero en la marihuana y luego en la cocaína.

El “Papa Negro” encargó a mi tío y a “Chepe” de transportar a Cali la pasta de coca desde Bolivia y Perú para procesarla y él la enviaba a los mercados de Estados Unidos.

Con la experiencia acumulada los Chemas se independizaron, se adueñaron del negocio del narcotráfico en Cali y empezaron a realizar sus primeros envíos al país del norte.

La cocaína es un derivado de la hoja de coca, de la que muchas tribus indígenas se valieron para obtener una especie de fuerza “espiritual” que necesitaban para enfrentar a los invasores españoles; fuerzas extrañas que, además de robar su oro, los querían esclavizar.

“Chepe” puso de ejemplo a un hombre que se estaba llenando de dólares con el nuevo y rentable negocio: era Roberto Suárez Gómez, el primer narco boliviano que años más tarde sería conocido como el “rey de la cocaína” en Bolivia y quien adquiriría un enorme poder político y económico en ese país.

En Bolivia, la mata de coca es sagrada para los indígenas. Pero fue justo allí donde comenzó la producción de sulfato de cocaína en laboratorios improvisados en el departamento del Beni. Allí nació Suárez Gómez. En esa época un kilo de sulfato de coca tenía un precio de 1.800 dólares. Luego, con la llegada de los colombianos al negocio, pasaría a costar entre 7.000 y 10.000 dólares.

De esta manera Suárez Gómez llenó sus arcas y se hizo multimillonario.

Mi tío Gilberto y “Chepe” decidieron hacer su primer viaje, con su primer kilo, que para la época era una gran cantidad. Lo hicieron a través de un largo periplo partiendo desde Centroamérica: Panamá, Costa Rica, Honduras, México y finalmente Estados Unidos.

Llegaron a la frontera de Texas con su kilito de coca pero ignoraban que la región era dominada por Pablo Acosta Villarreal —antecesor de Amado Carrillo Fuentes—, un poderoso narcotraficante de cocaína y marihuana cuyo centro de operaciones estaba ubicado en la frontera de Ojinaga, estado de Chihuahua.

Si Acosta los descubría, habría sido mejor caer en manos de las autoridades, que para la época aún eran laxas e ingenuas. En particular con los colombianos, que no tenían fama internacional como narcotraficantes.

Un mes después de haber salido de Cali, los dos socios llegaron a Nueva York donde se sorprendieron con el valor de venta al menudeo. La sociedad estadounidense estaba ávida de drogas, y la cocaína, por supuesto, se perfilaba como la reina. Un kilo se vendía en Nueva York entre 50.000 y 60.000 dólares. En el argot de los narcos siempre se dijo que lo importante era el primer kilo y de ahí en adelante todo llegaría por añadidura.

Después de ese primer kilo, el narcotráfico se convirtió en la principal actividad de mi tío, que comenzó a perfeccionar su negocio dividiendo las funciones: unos

iban a comprar el sulfato de coca en Perú o Bolivia, otros lo transportaban y mi padre se encargaba de convertirlo en clorhidrato de cocaína en pequeños laboratorios en el Valle del Cauca.

La coca era transportada a Estados Unidos de miles de formas y allí unos se encargaban de distribuirla al por mayor y otros al por menor, hasta llegar por gramos a las discotecas, los bares y los clubes nocturnos de las grandes ciudades. De esta manera los mafiosos paliaban la frustración de una sociedad que acababa de vivir el revés de la guerra de Vietnam.

Con la división de responsabilidades empezaría a rodar la empresa más grande de narcotráfico a la que mi tío y luego mi padre, proyectarían como una multinacional, similar al negocio del whisky. Ambas actividades se organizan con proveedores, una producción estandarizada y excelentes canales de distribución. La diferencia es que una es legal y la otra no. Desde el punto de vista moral, encuentro poca diferencia entre el whisky y la cocaína; el consumo de alcohol representa el primer factor de riesgo de muerte en América, constatado por la Organización Mundial de la Salud.

Con el poder que iba acumulando, producto de las ganancias del negocio, mi tío quiso seguir manejando la vida de sus hermanos y trazó una pauta según la cual “el conocimiento trae progreso”. Mi papá, gracias a eso, estudió bachillerato en el colegio Santa Librada, uno de los mejores de Cali. Mis tíos llegaron a ser profesionales con

la idea de no repetir la experiencia de mi abuela. Luego mi padre entraría a estudiar Derecho en la Universidad Santiago de Cali. Mi tío tenía todas las esperanzas en que su hermano fuera un gran jurista, transfiriéndole un frustrado sueño que tuvo que dejar cuando asumió la responsabilidad de velar por el bienestar de los suyos, que en realidad era el deber de mi abuelo.

La vida universitaria, los cambios sociales de la época y la bohemia perfilaron a mi padre como un dirigente con ideas de izquierda, pero hubo algo que lo desvió de ese idealismo político y lo aterrizó en la realidad: se enamoró de mi madre. Aunque casarse con ella sin la bendición del patriarca de la familia, mi tío, lo llevó directo a la desgracia. Mi tío respondió a la afrenta: echó a mi padre de la casa y de paso lo dejó en una penosa situación económica. Mi tío le quitó la ayuda económica, furioso porque estaba convencido de que mi padre, una vez casado, dejaría sus estudios de derecho en la Universidad Santiago de Cali.

CAPÍTULO 3

“Papá, no quiero vivir con usted”

El *boom* y la rebeldía de los años sesenta sacudieron la sociedad colombiana, que no contaba con la formación necesaria para asumir un cambio cultural de esa dimensión. Los jóvenes no encontraron los espacios que necesitaban para expresar y desarrollar sus sueños, e, influídos por los pensamientos de igualdad divulgados por el socialismo, mostraron su inconformismo de diferentes maneras. Surgieron grupos guerrilleros de izquierda y movimientos pacifistas que propugnaban una revolución cultural en las artes y los medios audiovisuales. Otros, más osados, se atrevieron a cambiar los ordenamientos sociales,

usufructuando el llamado dinero fácil obtenido por medio del narcotráfico.

Mi tío y mi padre vivían en un ambiente bohemio, en contacto con intelectuales; en ese entorno enriquecían los ideales que habían heredado de mi abuelo paterno, un liberal arraigado en una época, como ya dije, dominada por los conservadores. En medio de esa atmósfera de cambio, mi padre y mi tío, como muchos otros, decidieron retar a la burguesía tratando de conseguir la igualdad social a como diera lugar; ello desencadenó el nacimiento de una casta emergente.

Los integrantes de esa nueva clase social, que provenían del campo, no eran proletarios; eran ricos y sus fortunas no procedían de sueldos ni herencias familiares. Su riqueza era producto de un negocio no legalizado que, como tal, fue admirado y aceptado por quienes de alguna manera se beneficiaron de él; esos nuevos ricos lograron llenar espacios que el Estado, en su infinita miopía, no logró ocupar.

Mis papás se habían casado por la Iglesia, pero desde el comienzo su matrimonio estaba destinado al fracaso. Mi padre y mi madre eran de temperamento muy fuerte, y mi padre se movía rodeado de licor y rumba y de allí la enorme dificultad para formar un hogar con cierta estabilidad.

Después de que mi tío Gilberto lo sacó de la casa, mi papá consiguió trabajo en Avianca como auxiliar de vuelo. Pero los complicados horarios en la aerolínea lo pusieron

en una disyuntiva: dejaba el estudio o el trabajo. La decisión no era fácil porque él quería estudiar pero yo venía en camino, y eso lo atormentaba.

Cuando nací, en Cali el 31 de julio de 1965, mi padre me llevó a casa de mi tío para que este me conociera. Seguramente le caí en gracia porque no solo le pasó la cólera sino que se autonombró mi padrino. Mi tío perdonó a mi padre y lo invitó a trabajar con él en la droguería Monserrate, de su propiedad. Mi padre aceptó la oferta de mi tío porque su situación económica era cada vez más angustiosa. Desde ese día, mi papá y mi tío volvieron a ser inseparables.

Mi padre arrendó una casa por la avenida Circunvalar, donde vivíamos él, mi mamá y yo. Al comienzo, recuerdo, fuimos felices pero luego, por influencia de sus amigos de la universidad, mi padre no pudo dejar la bohemia: salía un día y regresaba a la semana siguiente.

Las discusiones en casa eran frecuentes. Yo no entendía por qué tanto grito. Nuestra convivencia se volvió tormentosa. Fui testigo de muchos encuentros violentos. A veces me refugiaba en un rincón y me tapaba los oídos para no escuchar. Otras veces armaba un drama en un intento fallido para detener los momentos tan desagradables que vivía.

Mi madre siempre se cuestionaba no haberle hecho caso a su papá, quien le advirtió muchas veces que no se metiera con ese tipo de hombres. A mi abuelo materno, Manuel Antonio Abadía, un hombre correcto, hecho a

pulso y quien había forjado una pequeña fortuna en el sector del transporte, le disgustaba el entorno en el cual se movía mi padre. Siempre se opuso a esa relación, sabía que no era lo mejor para su hija, pero la rebeldía de mi madre pudo más que la razón.

Mis problemas de salud no tardarían en agobiarme. Antes de cumplir cinco años me detectaron un grave problema en el riñón izquierdo, que se estaba atrofiando y era necesario extirparlo. La operación quedó programada para el 2 de agosto de 1970, dos días después de mi cumpleaños, que me celebraron como si fuera el último. Hasta contrataron un fotógrafo profesional, para dejar registro de mi última foto en caso de que falleciera.

La intervención se llevó a cabo en el hospital departamental de Cali, por medio de las manos prodigiosas del doctor Henry García. Estuve veintisiete días en recuperación y debo agradecer que el doctor García me haya salvado la vida. Irónicamente, tengo recuerdos buenos de ese hecho traumático porque fue la única época en que vi a mis padres como pareja luchando por la vida de su hijo. Sin embargo, el corazón de mi madre ya albergaba mucho rencor y mi padre estaba del todo inmerso en la vida bohemia.

Las agresiones continuaron. A pesar de que era consciente de que mi padre podría tener una reacción violenta, mi madre ideó un plan para dejarlo, conseguir otra pareja y darle una estocada final quitándole lo que tal vez él más apreciaba en ese momento: su hijo. Fue implacable en

su venganza porque no aceptó recurrir a una terapia de pareja ni separarse por “diferencias irreconciliables” tras llegar a un acuerdo.

No, mi madre decidió raptarme para saldar sus cuentas con mi padre. Lo hizo para darle una lección, pero creo que el más afectado de esa acción intrépida fui yo. Y sin saberlo, fui su cómplice porque se lo oculté a mi padre.

Recuerdo que cuando salíamos a comer helado mi padre me decía:

—Algo pasa. ¿Qué es lo que pasa? Cuéntame.

Muchas veces me recogía y me llevaba donde mi abuela paterna y me volvía a preguntar:

—¿Dónde está tu mamá? ¿Por qué no la he vuelto a ver?

La verdad es que sí, muchas cosas estaban pasando, como por ejemplo, que mi madre tenía un plan para sacarme de Colombia. Falsificando la firma de mi padre, había logrado conseguir un permiso falso en una notaría en el que se me autorizaba para salir del país. Y para no despertar sospechas mi madre viajó a Chicago, Estados Unidos, tres meses antes que yo; la que me llevó hasta allá fue una de mis tíos, con la autorización falsa de mi padre. Era 1971 y yo tenía escasos seis años de edad.

Llegamos a vivir a una ciudad al lado del lago Míchigan, un lugar donde afrontamos temperaturas de más de quince grados bajo cero. Allí pasé una dura época de soledad por los largos turnos de trabajo que cumplía mi madre.

La pregunta que luego me haría es por qué le mentí a mi padre, siendo yo tan niño y él tan especial conmigo.

Encontré la respuesta en esa enorme y apática ciudad estadounidense: lo hice por simple solidaridad con la madre, con la persona que me trajo al mundo, porque al ver su sufrimiento me solidaricé con ella y, por lealtad, le mentí a mi padre.

En mi confusión por querer olvidar me explicaron, y por muchos años creí, que el mar era un lago. Los edificios altos y medio oscuros me intrigaban; me preguntaba cuál sería mi verdadero destino.

Recuerdo cuando entraba a los almacenes Kmart y corría a la sección de juguetes, a soñar con la fantasía que giraba a mi alrededor. Era una forma de escapar de mi realidad. Eran épocas de gran escasez porque sobrevivíamos con el poco sueldo que puede ganar un indocumentado en ese país. Mi único juguete era un hombre nuclear que me acompañaba a todas partes.

En medio de ese ambiente adverso, mi madre quiso rehacer su vida con un hombre llamado Túlio, a quien nunca pude aceptar porque la relación estuvo marcada por el constante abuso. Se repetía así la situación que habíamos vivido con mi padre.

Me sentía frustrado y mi reacción fue encerrarme en el mutismo. Estudiaba en una escuela pública mientras mi mamá trabajaba en factorías. En la escuela tuve muy pocos amigos, por no decir que ninguno.

Por todo lo anterior, muy pronto nuestro día a día se convirtió en un infierno. Desafortunadamente, el drástico

cambio de vida planeado por mi madre solo sirvió para crear fisuras en nuestra relación.

Nunca se lo dije y en este momento quiero exorcizar el dolor que llevé guardado por muchos años en mi corazón y que en cierta medida afectó mi carácter.

Gracias a mis ruegos, la nueva relación sentimental de mi madre terminó pronto. Luego comenzó otra en la que encontré la figura, más que de un padre, de un amigo que me hizo sentir seguro. Fueron los únicos momentos alegres en medio de mi tristeza por no tener a mi padre cerca. No entendía la razón por la que estábamos allá, pero era mi madre y, como buen hijo, pensaba que mi lealtad era con ella. Finalmente, la penuria en que vivíamos hizo que mi madre recapacitara y decidió que regresáramos a Colombia.

Después de seis años de ausencia, a nuestro regreso encontramos que todo era distinto. Mi padre y mi tío habían escalado hasta el estatus de empresarios y sus negocios ya ocupaban uno de los sectores de la economía reservados para un exclusivo grupo de la burguesía, que nunca perdonaría tal intromisión.

Mi tío había fundado el Banco de los Trabajadores, el grupo empresarial Drogas La Rebaja y comprado otras droguerías. Además, adquirió la cadena Grupo Radial Colombiano y la Financiera Boyacá. Drogas La Rebaja era administrada por mi tía Amparo y su esposo, Alfonso Gil.

Luego de regresar a Colombia pensé muchas veces antes de buscar de nuevo a mi padre. Pero no lo hice. Entre tanto, nos fuimos a veranear con la familia de mi mamá, que es de Yotoco, un pueblo cercano a Buga. Allí, en una casa muy grande, vivían varias hermanas de mi abuela y mi bisabuelo. Me gustó tanto ese lugar que le pedí a mi mamá que me dejara por un tiempo. Ella accedió y establecí una buena relación con mi bisabuelo; me encantaban sus historias, repletas de aventuras. Siempre me ha gustado oír a los viejos. Me llevo mucho mejor con la gente mayor que con la gente de mi edad. Y fue en ese pueblo donde me consiguieron un tutor con el que aprendí a desenvolverme otra vez en lengua española.

Finalmente, seis meses después, decidí llamar a las oficinas de Drogas La Rebaja para conseguir una reunión con mi tía Amparo. Lo medité mucho antes de hacerlo. Sentía vergüenza porque yo pensaba que lo habíamos traicionado. Aunque mi mamá, mis tíos y mi abuela insistían, no lo hice hasta ese día, que me levanté con la intención de ponerle la cara, pasara lo que pasara.

La llamada fue divertida. Pregunté por mi papá y, después de que me aclararon que no estaba, me preguntaron quién llamaba. Apenas dije William Rodríguez, su hijo, un silencio sepulcral se hizo al otro lado de la línea. La voz de mi tía Amparo, que me preguntó de nuevo quién era yo, rompió el silencio. Conversé con ella, y de lo que más me acuerdo es que me planteó ciertas condiciones para ver a mi padre.

Me citaron a su oficina. Ese día tenía puesto un *jean* y una camiseta roja. Lo esperé sentado en una silla de cuero y los minutos se hicieron eternos. Cuando finalmente apareció, sentí varias emociones al mismo tiempo. La primera, y que no pude reprimir, fue la de unas tercas lágrimas que se escurrieron por mis mejillas; nunca olvidaré este momento.

Mi padre tampoco sabía qué hacer. No me veía hacía seis años, de los cuales había pasado dos buscándome. A raíz de mi desaparición y del abandono de mi madre, a la que nunca perdonó, se había vuelto alcohólico. Creo que los hombres perdonamos todo, menos que nos quiten a nuestros hijos.

Me dijo que estaba grande. Yo no quería palabras, quería un abrazo, pero él siguió hablando y me ordenó que lo siguiera. Cruzamos la calle e ingresamos a otras oficinas de la Drogería donde sostuvimos una reunión con mi tío Gilberto que, igual que mi padre, me miraba de arriba abajo, con una expresión de sorpresa.

Sentí a mi padre diferente. No era aquel hombre que se desvíaba por consentirme; aquel que me montaba en sus piernas para dejarme manejar el volante de su carro; aquel hombre cariñoso y amable. Era distante. Tal vez me juzgaba por lo que mi mamá le había hecho, pero creo que era más porque las condiciones familiares habían cambiado y, a los doce años, tuve que empezar a tomar decisiones importantes en mi vida.

Mi papá y mi tío Gilberto me pusieron tres opciones sobre la mesa: vivir con mi abuela; vivir con mi tío Gilberto en Bogotá, donde él tenía otra familia organizada; o vivir con mis primos, la familia original de mi tío, en Cali. Yo quería vivir con mi padre, pero él también tenía otra familia y una nueva vida. Lo entendí de inmediato: no debía ingresar abruptamente a su hogar. Pero tampoco quería vivir con mi madre: le reprochaba el hecho de que me hubiera alejado de mi padre.

—¿Estás seguro? —preguntó mi padre.

Le dije que no quería volver a la casa de mi madre porque no era feliz.

—Pero tampoco quiero vivir con usted, papá.

Yo no conocía a su nueva esposa, y mis medio hermanos eran muy pequeños. No era lo mismo vivir con niños que con mis primos de mi edad. Esa fue mi justificación, pero la verdad es que en el fondo no quería vivir bajo el mismo techo con la persona a quien juzgué equivocadamente como culpable de que el hogar de mi papá y mi mamá se hubiera destruido.

Era claro que mi tío Gilberto tenía una doble vida. Un hogar en Cali y otro en Bogotá. Su base era Bogotá, donde tenía los grandes negocios, el poder, la política; en Cali, donde residía mi padre, estaba la producción. Por eso tomé la decisión de ir a vivir con mi tía Mariela —la primera esposa de mi tío Gilberto— y mis primos, de los que tenía inmejorables recuerdos; mi tía me recibió como a un hijo más, y mis primos, como a un hermano.

Era tanta la rabia acumulada contra mi madre que le conté sin aspavientos cuál sería mi futuro inmediato.

—¡¿Por qué?! —preguntó.

Guardé silencio, mientras ella continuaba con la cantaleta de que me estaban poniendo en su contra, algo que no era verdad.

Llegué a mi nuevo hogar en el segundo piso de un edificio en la avenida Circunvalación y me instalé en la habitación de mi primo Humberto, contemporáneo conmigo; no tuvimos dificultades en acostumbrarnos a convivir juntos. Desde entonces hemos sostenido una relación de hermandad regida por el respeto y la lealtad. Creo que por fin pude tener lo que siempre añoré: un lugar donde fui feliz por un buen rato. En aquel entorno se respiraba un agradable aroma de tranquilidad y hermandad.

Ser hijo único en un hogar es llevar una vida solitaria. Cuando tienes hermanos hay actividades, vida familiar, se comparte, se convive, se es solidario: eso era lo que vivía con mis primos. Así nació mi gran afecto por esa casa.

Era un ambiente totalmente diferente al que había vivido en Chicago. Me gustaba, y a los doce años decidí que ahí era donde quería vivir toda mi vida. Fue una decisión que mi nueva familia recibió con alegría. Fui muy feliz allí. Encontré algo que nunca había tenido. Aunque no era su hijo, la esposa de mi tío me crió con respeto y con normas, me enseñó a ganarme las cosas. Siempre fui buen estudiante, no el mejor, pero era bueno, y ella nos exigía a todos. No podía perder una materia

porque me quitaban lo que más me gustaba: el fútbol e ir al estadio, que por aquella época me interesaban más que las mujeres.

En esa casa y con esa familia pasé los mejores años de mi adolescencia. La vida nos sonreía y nos sentíamos los más afortunados al tener unos padres trabajadores y entregados a sus empresas.

Pero todo ese paraíso había de cambiar de la noche a la mañana.

CAPÍTULO 4

Del cielo al infierno

Después de quedar claro dónde y con quien me iría a vivir, había que decidir en qué colegio debería estudiar. Mi padre quiso que ingresara al mejor. Me presenté al Bennett y al Pío XII, pero perdí a propósito los exámenes de admisión.

Siempre fui uno de los más rebeldes en ese patriarcado y les demostré que, aunque siempre los respeté, nunca les tuve miedo y al final siempre me salía con la mía. Yo quería estudiar al lado de mis primos en el colegio de Coomeva, cooperativa donde mi tía Mariela era socia.

Tras mi regreso de Chicago, inicialmente la relación con mi padre era fría y lo único que nos unía era la pasión por el fútbol. Así como él había hecho su equipo, el

América, yo hice el mío, con la intención de emularlo. Por eso, en noveno grado del Coomeva armé un equipazo y salimos campeones interclases luego de ganarles a los de diez y once; y en el torneo Coca-Cola, que reunió a todos los colegios de la ciudad, quedamos campeones entre veintisiete equipos.

Mi carrera en ascenso como jugador y organizador deportivo se vio truncada rápidamente cuando conocí a Adriana, una morena de piel canela y hermosa figura que me introdujo en el mundo de la pasión y luego en el drama de una relación asfixiante basada solo en el sexo, lo que me generó serios inconvenientes. Un día, mi tía nos encontró y prudentemente me amenazó: si no le ponía límites a esa relación, iba a tener que hablar con mi papá para que me reprendiera o para que me fuera de su casa.

Intenté rebelarme, dispuesto, si era necesario, a enfrentar la autoridad de mi padre. Pero al poco tiempo pillé a Adriana con otro compañero del colegio, siendo mi primera tusa, mi primera decepción, mi primer gran dolor. De esa experiencia aprendí que el capricho lleva a la ceguera y la ceguera al resentimiento. Al final, ese episodio me ayudó a enfocarme de nuevo en mi sueño de convertirme en jugador de fútbol profesional.

En esa época, ni mis primos ni yo teníamos idea del negocio paralelo que había enriquecido a mi papá y a mi tío. Siempre los vimos como unos prósperos empresarios que trabajaban duro para que nosotros, la familia, no tuviéramos que afrontar las necesidades que ellos padecieron.

Su preocupación constante era que estudiáramos y termináramos lo que comenzamos. Por eso me di cuenta de que culminar el bachillerato era un buen paso en ese sentido, siempre en la idea de agradar a mi padre. Tal vez él nunca lo notó porque estaba muy ocupado buscando poder y riqueza.

La verdad es que mi tío y mi padre eran hábiles en ocultar sus actividades y nosotros creíamos ciegamente que sus negocios eran legales. Recuerdo que ni siquiera reparamos en un episodio que ocurrió en junio de 1979, cuando mi tío Gilberto supo que delincuentes comunes habían puesto en marcha un plan para secuestrarlo a él y a nosotros.

Mi tío nos contó lo que sucedía y dijo que había contratado a un grupo de hombres conocidos como “los Palestinos”, para protegernos. Los mercenarios provenían de Medellín y se identificaban como “el negro Luis”, “el negro Jorge”, “el Pecoso”, “Guillo”, “Jirafales” y “Gago Calarcá” y sus hermanos.

Los Palestinos nos cuidaban las veinticuatro horas del día y estaban atentos a nuestros desplazamientos, que por orden de ellos fueron limitados de la casa al colegio y del colegio a la casa. Pocas semanas después supimos que los hombres contratados por mi tío acabaron con la banda de delincuentes que pretendía secuestrarnos. Tras los buenos resultados que lograron para mi padre y mi tío, los Palestinos se dividieron en dos grupos y empezaron a ofrecer sus servicios en Cali y Medellín.

Cerca de dos años después de este episodio, en noviembre de 1981, el M-19 secuestró a Martha Nieves Ochoa, hija del caballista Fabio Ochoa Restrepo, y pidieron doce millones de dólares por su liberación. En esa época los hijos de don Fabio eran socios de Pablo Escobar y luego de decidir que no pagarían por el rescate organizaron una cumbre de los jefes de los carteles de Medellín, Cali, Bogotá y la Costa. Durante el encuentro, realizado en la hacienda Nápoles, propiedad de Escobar, no solo acordaron no negociar con los secuestreadores sino que hicieron un pacto de sangre para buscar la manera de rescatar sana y salva a Martha Nieves. Allí nació el grupo paramilitar Muerte a Secuestreadores (MAS).

Mi padre y mi tío asistieron en aquella ocasión y se comprometieron a hacer un importante aporte económico pese a que fueron marginados de las acciones militares realizadas por el MAS, que prácticamente quedó bajo el mando de Escobar. A la operación de búsqueda se sumaron entonces Gonzalo Rodríguez Gacha, “el Mexicano”, Carlos Lehder y Fidel Castaño, así como numerosos oficiales del Ejército y la Policía en Medellín.

La estrategia de no pagar dio resultado porque Martha Nieves fue liberada en marzo de 1982.

Mi padre y mi tío aportaron económicamente a la búsqueda de la hermana de los Ochoa con la única intención de sentar un precedente en el sentido de que la mafia no se dejaría chantajear. Si negociaban una vez, seguramente se desataría una cadena de plagios. La es-

trategia consistía en dejar en claro que la delincuencia no debería meterse con la familia Rodríguez porque su respuesta sería violenta.

Una vez superado el episodio, mi padre y mi tío optaron por mantener una relación de bajo perfil con Pablo Escobar porque era mejor tenerlo controlado, tranquilo; el capo de Medellín ya daba muestras claras de tener un carácter violento y sin escrúpulos. Aun así, cada vez era más difícil hablar con él porque exigía grandes cantidades de dinero para mantener sus guerras personales, especialmente contra el Estado.

Mi padre y mi tío sabían que las relaciones con Escobar se romperían en cualquier momento porque no querían aparecer relacionados con el cartel de Medellín en una guerra que creían fallida. Ellos estaban convencidos de que la guerra debía ser política y jurídica y no militar.

La burbuja en que estuvimos metidos durante años habría de explotar el 30 de abril de 1984, una vez se produjo el asesinato del ministro de justicia, Rodrigo Lara Bonilla, ordenado por Pablo Escobar en represalia porque el funcionario le reveló al mundo su verdadera actividad criminal. Horas después nos reunimos en familia para escuchar la noticia de que mi tío Gilberto viajaría fuera de Colombia. Él y su segunda esposa se irían por tiempo indefinido. ¿La razón?: quería descansar.

Por la noche, en mi habitación, con mi primo Héber comentamos que ese viaje era muy raro. Mi tío jamás dejaba de trabajar, sus vacaciones duraban una semana

a lo máximo e irse así, de un momento a otro, resultaba extraño. Llegamos a pensar que estaban en crisis matrimonial y que el objetivo del viaje era solucionarla. Jamás se nos ocurrió que la razón fuera la muerte del ministro Lara Bonilla.

Mi tío sabía que con el acto demencial de asesinar a un ministro de Estado se vendría una avalancha en contra de todo lo que oliera a narcotráfico, y que con una orden de arresto emitida por Estados Unidos se potenciaría el peligro de ser extraditados. Además, no quería un escándalo que le revelara al mundo quién era realmente Gilberto Rodríguez.

Según supimos en el seno de la familia, mi tío viajó a Panamá, donde se reunió con Gladys Miriam, su segunda esposa, y juntos viajaron a Madrid, España. Al comienzo intentaron manejar un bajo perfil, pero a medida que pasaban los meses y se enfriaban las cosas en Colombia, empezó a llevar una vida cómoda y notoria en la capital española. Allí adquirió una costosa propiedad en el lujoso sector de La Moraleja y además de pasearse por las grandes avenidas de Madrid en carros de alta gama, frecuentaba sitios exclusivos.

Por cosas del destino, María Lía, esposa de Jorge Luis Ochoa Vásquez, uno de los líderes del cartel de Medellín en los años ochenta y noventa, se encontró por casualidad con Gladys Miriam en El Corte Inglés. Pocos días después y por cuenta de la inesperada reunión de sus dos mujeres, mi tío y Ochoa se hicieron muy cercanos y clientes de los

lugares más famosos de las noches madrileñas, donde gastaban grandes sumas de dinero. Sus extravagancias llamaron la atención de las autoridades, que entraron en contacto con sus similares de Estados Unidos y confirmaron la verdadera identidad de los dos personajes que despilfarraban dinero en efectivo a manos llenas.

El 20 de noviembre de 1984, mi primo Humberto y yo nos enteramos de algo difícil de creer. Las noticias escandalosas que llegaban de España nos confundían. ¿Cómo así que mi tío Gilberto era acusado de ser uno de los narcotraficantes más grandes y poderosos del mundo? No teníamos ni idea de que Estados Unidos lo pedía en extradición y, aunque lo afirmaban los periódicos, nos resistíamos a creer que fuera verdad.

Hablé con mi tía Mariela, que al comienzo lo negó, pero, periódico en mano, le pregunté de nuevo. Me dijo que era una confusión, que su exesposo había viajado a hacer unas inversiones inmobiliarias y lo habían confundido. Y que si quería saber algo más, le preguntara directamente a mi papá.

¿Por qué razón nunca nos dijeron algo al respecto? Para mis parientes que sabían la verdad resultaba fácil de explicar, pero para nosotros, que habíamos construido un entorno social, con amigos y personas decentes, ahora seríamos tildados de delincuentes. No era sencillo pasar del cielo al infierno de un día para otro.

Empezamos a analizar la situación: por un lado, éramos personas bien educadas que nunca se habían metido

en nada ilegal y todo el mundo nos conocía como hijos de empresarios prósperos de Cali; por el otro, escuchábamos sorprendidos las noticias que llegaban de España, así como las especulaciones y acusaciones en contra de mi tío Gilberto.

Nos impactó tanto la situación que llegamos a sufrir el síndrome de San Pedro porque nos sentimos traicionados por nuestros padres. Entender el gran misterio guardado por años y que se revelaba ante nosotros con tanta claridad nos llevó al mismo punto: si tenemos nuestras familias y nuestras empresas, ¿qué vamos a hacer?, ¿a dónde íbamos a escapar?, ¿por qué teníamos que hacerlo? Tener lujos y comodidades no era un crimen, y menos ser hijos de Gilberto y Miguel Rodríguez Orejuela porque los delitos de sangre no son heredables.

Después de mucho cavilar llegué a la conclusión de que lo mejor sería cumplir con mi responsabilidad: entrar a la universidad y ser el mejor, como una forma de demostrarle mi apoyo a mi padre en momentos tan duros como el que estaba pasando. Era lo que siempre se nos había pedido y yo estaba dispuesto a hacerlo. No obstante, cumplir con ese cometido sería el inicio de un viacrucis porque en adelante debíamos cargar un estigma sin que hubiéramos tenido posibilidad de elegir. Sin embargo, convencí a mi primo Humberto para que asumíéramos la situación, y con la frente en alto seguimos adelante.

Mi padre quería que estudiara Economía, pero debido a lo que estaba pasando con mi tío decidí que mi carrera

debería ser la abogacía; tal vez, de manera inconsciente quería emularlo para superarlo. Presenté examen y entrevista en la universidad, como todos, pensando que era lo mejor. Mi idea era que con el derecho podría el día de mañana serles útil en la lucha que apenas comenzaba.

Mi tío había sido privado de su libertad el 15 de noviembre de 1984 cuando salía de su casa en la calle General Oraá, en Madrid. Estados Unidos había enviado un requerimiento al gobierno español, por lo que la Policía Internacional, Interpol, se encargó de realizar el operativo.

Mientras mi tío estaba encerrado en la cárcel, en Colombia mi padre quedó a cargo de todos los negocios lícitos e ilícitos. Una de las primeras decisiones que tomó fue cerrar una buena cantidad de empresas que no tenían proyección y eran poco rentables. Se enfocó en las más solventes y con mayor participación en el mercado, como las farmacias, los laboratorios farmacéuticos, las emisoras de radio y su adorado equipo de fútbol, América de Cali. También en esa época nació la sociedad con Hélmer “Pacho” Herrera, el mayor distribuidor de cocaína en Nueva York, lo que permitió que las redes de distribución se ampliaran.

Con lo obsesivo, meticuloso y disciplinado que es, mi padre se trazó como objetivo central liberar a su hermano de las garras de Estados Unidos. Para ello organizó el mejor equipo jurídico del país. Quería dar la batalla y al tiempo mantener y hacer crecer el imperio de la familia

Rodríguez. Menor que mi tío, había aprendido de él cómo aventajarse en los mejores negocios, una cualidad innata de mi tío que aplicaba en las empresas más rentables. La participación de él en Drogas la Rebaja, por ejemplo, era del setenta por ciento, mientras que a mi padre le correspondía el resto.

El líder del equipo jurídico era el abogado Álvaro Holguín, muy cercano a mi padre desde que eran compañeros de estudio en el colegio Santa Librada de Cali. También formaba parte del equipo el hermano mayor de este, el jurista Armando Holguín Sarria, quien había sido maestro de escuela de mi padre y posteriormente fue Constituyente y senador de la República.

Los Holguín fueron los encargados de trabajar, en coordinación con los abogados de España, para dar la lucha jurídica y lograr que mi tío fuera extraditado a Colombia y no a Estados Unidos. Así, se las arreglaron para que a mi tío le abrieran cargos por narcotráfico en Colombia, con el objetivo de que la justicia colombiana lo requiriera en extradición. En España había otro grupo de abogados liderados por los doctores Joaquín Ruiz y Carlos Cuenca; este último también se convirtió en un “lobista” de entera confianza.

Mi tío permaneció treinta y cinco meses en dos centros de reclusión de España: en Meco, en Madrid, y en el puerto de Santa María. Por aquel entonces tuve una conversación seria con mi padre, quien me dio una explicación más o menos clara de lo que estaba pasando.

Su intención era seguir con las empresas. Aceptó que en el pasado habían hecho algunos negocios ilegales pero que ya no era así, y me convenció de que lo que estaba pasando con mi tío era injusto.

Como cursaba el primer semestre de Derecho, lo que me dijo mi padre me llenó de bríos para tomar la decisión de viajar a España y darle una voz de aliento a mi tío. No era para menos: la injusticia que se estaba cometiendo con él, desde mi punto de vista, había que exorcizarla de alguna manera aunque fuera dentro de la familia.

Antes de ir a visitarlo a la prisión, sufrí un accidente en Madrid, en la residencia de La Moraleja, cuando me dirigía a comer con mis primos Claudia Pilar y Juan Carlos. Al llegar a la puerta de hierro del condominio, esta, por alguna razón, se desactivó. Cuando traté de ponerla a funcionar de nuevo introduje mi brazo izquierdo —soy zurdo— entre las rejas para alcanzar el botón de inicio. No calculé bien y en cuestión de segundos quedé atrapado entre las rejas y el muro de piedra. La puerta quedó en la mitad del hombro y la nuca y poco a poco comenzó a estrangularme; las cadenas sonaban y no sabía cómo detenerlas. No podía respirar, sentía que la cabeza me iba a explotar, pensé que iba a morir. Por un momento perdí el conocimiento. Sentí que estaba en el aire, y, sin explicación alguna, uno de los resortes de la puerta se reventó, salí expulsado de una manera extraña y caí al piso sin fuerzas. La presión reventó muchos vasos sanguíneos en mi cara.

Después de saber que estaba fuera de peligro, mi familia en Cali bromeaba diciendo que yo estaba tan aburrido con la vida en España que intenté hacerme estrangular por una puerta de hierro.

Fue una experiencia muy dolorosa y traumática. El tiempo que dejé de recibir oxígeno en el cerebro pudo haber originado daños cerebrales irreversibles. Afortunadamente no fue así y por eso recuerdo ese accidente como mi segundo encuentro con la muerte. El primero había ocurrido a los cinco años cuando me extirparon el riñón derecho, una de las primeras operaciones de este tipo que se realizaron en Cali.

Cuando visité a mi tío en la cárcel, después del accidente, quedó tan preocupado al ver mi cara desfigurada y los ojos muy rojos, que inmediatamente se comunicó con mi padre y decidieron enviarme a Miami para que me realizaran exámenes médicos de todo tipo.

Mientras sucedían estos hechos, la sociedad de mi padre con Hélmer “Pacho” Herrera iba viento en popa. Tenían el mercado de Nueva York prácticamente controlado. “Pacho” realizaba una tarea de distribución extraordinaria, y mi padre, una perfecta de producción: la multinacional exportadora de cocaína se fortalecía. En esa bonanza, de lunes a viernes mi padre viajaba constantemente a Bogotá y se hospedaba en la *suite* presidencial del hotel Tequendama. Allí sostenía todo tipo reuniones con políticos, jueces, fiscales y empresarios. También sacaba

tiempo libre para reuniones sociales con personas de la farándula.

Ríos de dinero circularon por la madre patria comprando conciencias en todos los sectores, particularmente entre gente de la aristocracia y la política, personas influyentes de España que recibieron grandes cantidades de dólares para lograr el veredicto favorable de la extradición de mi tío a Colombia y no a hacia los Estados Unidos, gracias a su influencia directa sobre los jueces. Mi padre y los abogados aprovecharon el sentimiento anti yanqui que se respiraba en ese momento en España, porque en esa época estaba en el poder el partido Socialista Obrero Español (PSOE), con Felipe González como jefe de Estado, de claro corte de izquierda, muy contrario al pensamiento estadounidense.

Después de un arduo trabajo en conjunto con los abogados, mi padre logaría un veredicto favorable de la sala de conflictos del Tribunal Supremo de España, que presidía el ilustre magistrado Antonio Hernández Gil.

El 27 de junio de 1986 mi tío llegó a la cárcel de Villahermosa, en Cali. Antes de ser recluido en ese centro carcelario, mi padre logró que lo llevaran a una de nuestras casas para que todos lo pudiéramos ver y pasar con él un momento en familia. Fueron instantes emotivos para todos. Mi tío estaba tranquilo: salvarse de la extradición a Estados Unidos era para festejar. Nos despedimos con lágrimas en los ojos, mientras él se mostraba optimista.

Era ideal tener su nueva oficina temporal en Cali, rodeado de su familia, desde donde podía continuar con todas sus actividades.

Los sábados teníamos que ir muy temprano a visitarlo. Llegábamos a hacer una larga fila, pues era una obligación. Adentro del penal descubrimos que los murales hechos por diferentes artistas habían sido convertidos por mi padre y por mi tío en salas de espera de su corporación. Después de recibir a todos sus invitados, mi tío dedicaba una hora a la familia.

Con su presencia allí, las murmuraciones en los patios de la cárcel se centraban en la presencia del señor Rodríguez, el líder del cartel de Cali, uno de los dueños del América de Cali, equipo con amplio reconocimiento nacional e internacional porque había logrado cuatro campeonatos nacionales consecutivos.

Los internos se alegraron, pues percibían que las condiciones en ese centro carcelario cambiarían. Muchos sabían que harían parte de la nómina de los Rodríguez, de la misma manera que muchos afuera sentían que con el reencuentro de los hermanos el imperio seguiría creciendo. Una realidad de la que nosotros no estábamos exentos pues nuestras mesadas subieron. También cambió nuestra seguridad, que de casi nula al comienzo pasó a dos guardaespaldas por cada uno de nosotros.

Mientras en la universidad leíamos desde teorías marxistas hasta el pensamiento conservador de los presidentes de Estados Unidos, las autoridades judiciales

estadounidenses no cejaban en su empeño de lograr la extradición de mi tío. El proceso en Colombia por narcotráfico —el mismo que los abogados lograron abrir en Cali para extraditarlo de España a Colombia— seguía su curso y ello desencadenó una medición de fuerzas en las altas esferas del poder.

Paralelamente y por gestión de mi padre, el *lobby* se concentró ahora en neutralizar el trámite de la solicitud de extradición por vía administrativa que el Ministerio de Justicia tenía listo para la firma del presidente Belisario Betancur. Los contactos de mi padre en el alto Gobierno lograron que el asunto llegara al Consejo de Ministros, convocado para estudiar la petición estadounidense. La estrategia consistía en detener, frenar la firma del mandatario. Y lo lograron. Los contactos de mi padre en el alto Gobierno cumplieron la palabra y dos ministros fueron decisivos para que la extradición quedase engavetada.

Los Rodríguez 2 Estados Unidos 0. Nuevamente mi padre salvó a su hermano y con ello demostró que su método, el soborno, era más eficaz que la fuerza y el terrorismo, mecanismos predilectos de su archienemigo Pablo Escobar.

Mientras tanto, mi tío empezó a asistir a las audiencias públicas convocadas por el juez y a pensar en una estrategia para recuperar su libertad; finalmente, el juez Tobías Iván Posso le impuso una leve condena por narcotráfico. Una vez cumplió la sentencia, mi tío intentó retomar el control total de sus negocios, pero se encontró con otra

realidad porque el poder y todos los contactos en la política, las fuerzas del orden y el mundo del narcotráfico estaban en otras manos: en las de mi padre, Miguel Rodríguez Orejuela.

No fui testigo de discusión alguna entre ellos por este cambio de ecuación y nunca escuchamos comentarios al respecto. Lo único que quedó claro era que mi padre era ya el número uno, que iba a continuar liderando toda la estructura de la organización y que no tenía pensado devolverle el mando a mi tío Gilberto. Mi padre le recomendó a su hermano concentrarse en los negocios legales, como la cadena Drogas La Rebaja, los laboratorios Kresffor, la cadena radial y, sobre todo, pasar más tiempo con la familia.

Pese a lo sucedido, mi padre y mi tío siempre mantuvieron una relación muy estrecha y hasta enigmática; una cercanía que supera cualquier otra relación de lealtad y respeto que haya podido conocer. Mi padre veía a mi tío Gilberto como su padre, su líder natural, la persona que siempre admiró, su maestro. Por parte de mi tío existía una gratitud eterna por haberlo salvado de la extradición a Estados Unidos y logrado la hazaña de traerlo a Colombia; además, mi padre hizo crecer su imperio empresarial y económico y ya eran más ricos y poderosos.

Es evidente que ellos dos construyeron esos lazos desde el seno familiar, y de alguna manera los quisieron plasmar en nosotros. Su conexión era producto de las condiciones específicas de la época, marcadas funda-

mentalmente por el sufrimiento y la pobreza; esa lealtad a toda prueba quedó demostrada cuando se volvieron a unir después de los problemas iniciales, cuando mi padre se casó sin el consentimiento de mi tío.

Ya unidos para siempre, Gilberto y Miguel utilizaron todo su poder y su dinero para convertir a Cali en una ciudad tranquila, en un lugar donde se pudiera vivir en armonía. Para hacerlo establecieron normas de comportamiento para los criminales y quienes las pasaran por alto la pagarían. Los episodios que ocurrían eran analizados y las personas involucradas eran citadas y llamadas al orden. Si continuaban en su actitud agresiva e irrespetuosa, eran dados de baja. Paradójicamente, hoy muchos ciudadanos de la capital del Valle extrañan los códigos de comportamiento establecidos por el llamado cartel de Cali.

Mientras tanto, yo seguí estudiando en la universidad y toda la familia disfrutaba de la bonanza del imperio. Se vivía una época tranquila en Cali, pero se empezaban a respirar aires tensos en el resto del país, especialmente por el incremento de la guerra de Escobar contra el Estado.

Mi tío salió de la cárcel Villahermosa de Cali en octubre de 1987. Fue otro día de celebración. Estaba contento de estar rodeado por su familia. El ambiente era de júbilo.

Un hecho muy particular me llamó la atención: a la reunión familiar llegó un hombre que nunca habíamos visto y fue recibido y atendido con mucha deferencia por mi padre y por mi tío. Mis primos y yo intercambiábamos miradas pues nos sorprendía el trato especial hacia ese

desconocido. Hasta ese momento, “Chepe” era la única persona ajena a la familia que gozaba de ese trato preferencial de parte de mi papá y mi tío.

Ese día fue la presentación oficial del cuarto mosquetero, el señor Hélmer “Pacho” Herrera, una persona muy importante para la organización porque era el encargado de recibir y distribuir toda la mercancía exportada a Nueva York. Pero no éramos los únicos sorprendidos: mi tío no lo conocía y su presencia en nuestra casa tenía un propósito. Oficialmente, esa noche nació el llamado cartel de Cali, con sus cuatro principales jefes reunidos por primera vez. Se concretó así una estructura que funcionaría durante los siguientes años.

Le di la mano; era alguien callado, de mirada muy penetrante, de piel muy blanca, un metro setenta de estatura. Soy un hombre de primeras impresiones y ese día no tuve la mejor percepción de él porque no me gustó su mirada; dicen que los ojos son el espejo del alma y ese hombre, según mi punto de vista, no era confiable.

Mi padre y mi tío le habían ganado la batalla jurídica a Estados Unidos y a Colombia y tenían motivos de sobra para saborear la victoria, pero muy en el fondo los asaltaba una nueva preocupación. Tenían claro que habían logrado una notable estabilidad económica, pero no debían desafiar más el poder de Estados Unidos. Los triunfos logrados eran simples batallas, y mi padre y mi tío sabían que, al final, perderían la guerra. Entonces concluyeron que era el momento justo para

retirarse, adoptar un estilo de vida discreto y legalizar sus fortunas.

La reunión con sus socios, más que concluir que el negocio marchaba sobre ruedas, tenía ese carácter reflexivo en el que buscaban el beneplácito consensuado en torno a la idea de retirarse del negocio ilegal para dedicarse a su emporio. Era lo mejor que podrían haber hecho, no solo por ellos, sino por la familia.

Recuerdo que yo asistí a la reunión familiar porque se trataba de celebrar la salida de la cárcel de mi tío, pero no estuve presente en la reunión de ellos cuatro porque las reglas impuestas por mi padre impedían que nosotros habláramos con sus socios; al único que nos acercábamos era a “Chepe” porque teníamos una relación de amistad con él y su familia.

Pero en la vida, cuando no se toman decisiones, ella las toma por uno. La duda del momento fue superada por la guerra. Las noticias que estaban por llegar los pondrían contra la pared y los llevaría a un punto de no retorno en el que ni la familia misma se salvaría.

CAPÍTULO 5

“Quiero poder, más poder”

Un ambiente de tranquilidad se vivía en el seno de la familia. Habíamos pasado largos períodos de estrés y preocupación por el proceso contra mi tío Gilberto en España, que estuvo a punto de traducirse en su extradición a Estados Unidos. Por fortuna, mi padre logró arrebatarlo de las manos de los gringos y devolverle su libertad.

Una vez quedó sin apremios judiciales en Colombia, nos sentimos como a comienzos de los años ochenta, cuando éramos una familia que gozaba de prosperidad y paz. Pero la verdad es que estábamos ante un espejismo que habría de durar muy poco tiempo porque mi padre y mi tío ya eran conocidos personajes del mundo del narcotráfico; y era inocultable que para alcanzar la bonanza

económica y social pisaron muchos callos que nunca les perdonaron. Lo que hicieron al convertirse en barones de la cocaína fue un desafío para las autoridades de todo el mundo.

Aquello de que mi padre y mi tío Gilberto pensaban seriamente en retirarse del mundo del narcotráfico era cierto. Habían amasado una gran fortuna, sus empresas eran sólidas y prósperas y los hijos de los dos comenzaban a manejar su conglomerado. Creían que era el momento perfecto para volver a vivir discretamente y legalizarse.

Pero habría de ocurrir algo, que los llevaría a un punto de no retorno.

En 1987, Pablo Escobar libraba una guerra demencial contra el Estado colombiano. Para llevar a cabo su plan terrorista les exigía constantemente colaboración económica y militar a las demás organizaciones que se beneficiaban del narcotráfico en distintos lugares del país. Muchos le entregaban dinero por temor, porque si no lo hacían serían aniquilados por su aparato militar.

El cartel de Cali, liderado por mi padre y por mi tío, nunca le ayudó; solo aportaron un dinero cuando la mafia en pleno hizo equipo para liberar a Martha Nieves Ochoa. No más. Se trataba de cortar de tajo el hecho de que el fenómeno del secuestro tocara a las familias de los capos.

Por convicción, la lucha de mi tío y de mi padre contra el Estado fue siempre jurídica, y aunque intentaron negociar con Escobar en otros ámbitos, pensando en el

retiro, sabían que tarde o temprano les cobraría semejante afrenta.

El detonante de la guerra con Escobar habría de ocurrir en Estados Unidos luego del asesinato del “negro Luis”, quien integraba la fracción de los Palestinos que se había quedado en Medellín y trabajaba para Escobar. “El negro Luis” le robó un cargamento de cocaína a un trabajador de “Pacho” Herrera en Miami y este lo asesinó.

Furioso por la muerte de su hombre de confianza en el sur de La Florida, Escobar envió un emisario a Cali para exigirle a Pacho Herrera la entrega de su empleado para vengar el homicidio del “negro Luis”.

Pero Herrera se negó tajantemente y por eso Escobar se comunicó con mi tío y mi padre y les dijo que evitarían una guerra si le entregaban no solo al trabajador sino al propio Herrera, a quien declaró objetivo militar.

Preocupado, mi tío se reunió con mi padre, “Chepe” y “Pacho” para evaluar la situación y al final decidieron, y así se lo hicieron saber a Escobar, que ellos nada tenían que ver con lo ocurrido en EE. UU. y que si quería pelear lo hiciera con “Pacho” Herrera, pero que en ningún caso se lo entregarían porque ellos no traicionaban a sus amigos y socios.

La declaratoria de guerra general por parte de Escobar forzó a los Palestinos, que todavía se encontraban en Medellín, así como a algunas personas que tenían negocios y relaciones con ambos bandos, a trasladarse a Cali, donde se pusieron a disposición de mi padre y mi tío.

En Medellín vivía un personaje que trabajaba para mi padre y mi tío y era conocido como el ingeniero Canaro. Él inició los seguimientos, hizo inteligencia y recopiló información detallada y suficiente de todos los familiares, colaboradores y amigos de Pablo Escobar.

Un allanamiento realizado por el Ejército a un edificio en Medellín demostró que Escobar no se había quedado quieto. Fue decomisado material fílmico en el que se observaban seguimientos a mi padre, a mi tío y a sus colaboradores, incluidos sus lugares de trabajo y residencias en Cali.

Los capos de Cali se dieron cuenta de que el primer ataque de Escobar era cuestión de tiempo y por ello decidieron adelantarse. La idea era darle el golpe de gracia a su enemigo y escogieron el 13 de enero de 1988 para atentar contra el edificio Mónaco, donde el capo vivía con su familia.

Con la información recopilada por el ingeniero Canaro, un hombre conocido como “el Policía” ubicó un vehículo cargado de explosivos en la parte trasera del edificio porque le dio pánico ingresarlos al garaje, según indicaba el plan original.

Como Escobar no murió porque no estaba en el edificio en el momento de la explosión, inmediatamente fueron contratados cinco militares retirados para eliminarlo. No obstante, quienes hacían inteligencia para el capo en Medellín prendieron sus alarmas y se enteraron

de la relación de una meretriz con un exmilitar recién llegado de Cali.

No les fue difícil contactarla ya que ofrecía sus servicios sexuales a trabajadores en Medellín y por cuenta de ese flirteo el exmilitar terminó entregando a sus compañeros, que se habían instalado en el mismo edificio, en diferentes apartamentos, a un par de cuadras del edificio Mónaco. Los hombres de Escobar se tomaron el edificio en forma simultánea y capturaron a los cinco exmilitares. En medio de la gritería, el ingeniero Canaro logró esconderse en el *shut* de la basura del edificio y esperó hasta cuando pasó la gritería. Presa del pánico viajó a Cali a contarles a mi tío y a mi padre lo sucedido y allí se enteró de que Escobar había secuestrado a su esposa María, que se había quedado en Medellín.

Aún en los peores momentos de la confrontación, mi tío siempre tuvo comunicación vía teléfono móvil con Escobar. Por eso lo llamó inmediatamente a preguntarle por el estado de María, pero este le respondió que si la quería ver viva debía entregarle a Canaro.

Mi tío dijo que no lo haría porque María era pariente suya y le aclaró a Escobar que hasta ese momento de la guerra ningún miembro de ninguna familia en los dos bandos había sido atacado. Y advirtió que si le hacía algo a María no respetaría más esa especie de código de honor según el cual las familias estarían fuera de la confrontación.

Escobar insistió en la entrega del ingeniero Canaro y aunque estuvo de acuerdo en dejar a las familias por fuera del conflicto, dijo que la decisión respecto de María estaba tomada. En un acto desesperado, mi tío le dijo a Escobar que si algo le pasaba a la secuestrada su represalia sería violenta.

Como consecuencia de la conversación, María fue liberada al día siguiente, pero de todas maneras Escobar ordenó asesinar a su mamá y a su hermano e incendió sus negocios en Medellín.

Una semana después aparecieron los cuerpos torturados de los exmilitares secuestrados por los hombres de Escobar, con avisos en los cuales se leía: “Por pertenecer al cartel de Cali”.

Casi simultáneamente, Escobar dio comienzo a una serie de ataques terroristas con explosivos y carros bomba contra las sedes de las Droguerías La Rebaja, las Supertiendas La Rebaja y las estaciones del Grupo Radial Colombiano que se encontraban en Medellín. También fueron torturados y asesinados dos auditores del grupo empresarial, que cumplían funciones relacionadas con su ejercicio profesional, pero murieron por el hecho de trabajar para los Rodríguez.

Con todo, yo intentaba mantener mi rutina. Entre semana estudiaba, los fines de semana jugaba fútbol, iba a la finca o me quedaba en Cali con mis amigos y el resto del tiempo intentaba estar en familia. Cuando terminaba quinto semestre de abogacía empecé a observar cambios

radicales en nuestra seguridad. Las escoltas fueron reforzadas y cada uno de nosotros pasó de tener dos a cinco guardaespaldas. Los revólveres fueron cambiados por pistolas nueve milímetros, ametralladoras y escopetas tipo “changón”; además, nuestra casa fue reforzada con personal adicional de seguridad; los escoltas de mi tío y mi papá aumentaron de cuatro a doce hombres y comenzamos a ver armas de uso privativo del Ejército Nacional, como fusiles de largo alcance.

Ante esa nueva realidad, mi papá y mi tío abandonaron su estrategia de legalizarse y siguieron en el lucrativo negocio del narcotráfico; si iban a enfrentar la maquinaria asesina de Medellín, liderada por Pablo Escobar, necesitaban grandes cantidades de dinero.

Uno de esos días, en un descanso entre clases, estaba con un compañero en el corredor del primer piso y en algún momento observé en la distancia a una hermosa mujer que venía de jugar un partido de basquetbol. Caminaba directamente hacia donde yo estaba, y eso me sorprendió. Nunca olvidaré la impresión que sentí al ver sus preciosos ojos café y su hermosa figura. Saludó a mi amigo y luego siguió de largo, mirándome de soslayo, lo que despertó mi curiosidad por saber quién era.

—Es estudiante de Economía y si quiere se la presento ya mismo —dijo mi amigo.

Era lo que hubiera deseado pero había aprendido a contener mis emociones y le respondí que todo a su debido tiempo.

Por los cambios que se habían producido en nuestra seguridad, mi primo Humberto y yo comentamos que algo grave rondaba a la familia Rodríguez y aunque nos habían enseñado a no preguntar, no quería quedarme con esa incertidumbre y por eso fui a visitar a mi padre a su casa. Vale la pena aclarar que había que pedirle cita con varios días de anterioridad.

Por cosas del destino, allí me encontré con Nicol Parra, mi antiguo compañero del colegio. Fue una agradable sorpresa. Hablamos de los viejos tiempos y después de recrear pasajes de nuestra adolescencia, me pregunté qué hacía él en la casa de mi padre. Por un momento pensé que tenían negocios, pero el mismo Nicol, como si hubiera leído mi pensamiento, contestó a mi interrogante y me contó que trabajaba con mi papá.

La respuesta no me sacó de la duda y él se dio cuenta. Entonces me contó en voz baja que integraba un grupo especial encargado de la seguridad de mi padre, cuyo jefe era un hombre al que apodaban “el Pecoso”. Dicho personaje llevaba muchos años al servicio del cartel y había ayudado a mi tío en una guerra que libró en contra de una banda de secuestreadores en Bogotá a finales de los años setenta.

Pero cuando Nicol me informó de varias de las acciones ejecutadas por Escobar en contra de mi padre y mi tío, me preocupé. Ese día me enteré de varios atentados frustrados por la oportuna intervención de este grupo

especial de hombres, que se jugaban la vida en la calle y los protegían de los sicarios enviados a Cali por Escobar.

La conversación con mi padre fue bastante intrascendente porque no quiso referirse a los hechos recientes. No obstante, pocos días después, a la salida de un partido de fútbol, mi padre y mi tío nos dijeron que teníamos que salir del país e irnos para Miami porque nuestras vidas corrían peligro.

Yo cuestioné la decisión, pero recibí una respuesta inapelable: “¡Es una orden!”. Mi oposición tenía dos razones: la primera, porque no quería perder clases en la universidad, y la segunda por la mujer que había conocido, la jugadora de basquetbol, la estudiante de Economía, pero con quien no había hablado. Más que desear el fin de esa demencial guerra con el cartel de Medellín, quería hablar con ella.

A mediados de junio de 1988 viajamos mis primos, mi tía Mariela y mis hermanos y nos hospedamos durante tres meses en el hotel Sonesta de Miami. Fue un periodo de tiempo muy aburrido porque solo podíamos salir de compras a los centros comerciales, comer en exclusivos restaurantes y visitar sitios turísticos.

Conforme pasaban los días y los meses, comencé a añorar mi hogar y mi vida cotidiana. Hablé con los grandes jefes y les expuse que el exilio no solucionaba nada, que en cualquier parte del mundo corríamos peligro. No resultaba fácil para ninguno de nosotros romper de la

noche a la mañana la rutina afectiva que vivíamos en el seno familiar. Nuestra existencia se reducía a vivir dentro de una burbuja y necesitábamos volver a la realidad.

Finalmente nos autorizaron a regresar. Estaba interesado en reincorporarme a clases en la Universidad porque ya estaba tres semanas de clases tarde, pero mi alto desempeño educativo y mi influencia con el rector y secretario académico me permitían ingresar sin ninguna dificultad.

Una vez llegamos, mi papá y mi tío nos reunieron para advertirnos que cada uno podía regresar a la normalidad, pero dadas las circunstancias teníamos que comprometernos a llevar una vida disciplinada y regirnos por las reglas de seguridad establecidas; el que no cumpliera, sería sacado del país inmediatamente.

En esas condiciones conocí a María García. Mi amigo, al que tenía seco de tanto preguntarle, me la presentó un día cualquiera. Ella, que sabía quién era yo por los rumores que corrían en la universidad, me saludó cortésmente y luego se despidió y se marchó. Mientras observaba cómo se alejaba, pensé en lo que más me había llamado la atención de ella y lo que me embrujó de entrada: su hermosa sonrisa. Dicen que los polos opuestos se atraen, y ella era todo lo contrario a mí. Alegre y amable. Ese día, a pesar del desinterés que mostró, me cautivó, y algo me indicaba que sería la mujer de mi vida. Deseaba volver a hablar con ella.

El hecho de pertenecer a la familia Rodríguez Orejuela era algo que de por sí generaba admiración en algunos

y repudio en otros. Es lógico: si eres hijo de uno de los más grandes capos del narcotráfico, la gente piensa que también eres narcotraficante. María no estaba exenta de pensar así. Era una situación incómoda que, si no la sabía manejar, podía dar al traste con cualquier posibilidad de establecer una relación seria.

La busqué en su facultad y la encontré, absorta entre libros. El comienzo no fue fácil. Mi fama de mujeriego causaba rechazo. Sin embargo, no desistí. Quería a esa mujer y me convertí en su sombra. Estuviera donde estuviera, yo inventaba cualquier excusa para estar ahí. Algo nada normal en mi forma de proceder porque estaba acostumbrado a las conquistas fáciles, pero María era diferente. Comprobé que cuando se dificulta, la satisfacción final es grandiosa.

Una insignificante coincidencia me ayudó a acercarme a su corazón: nos dimos cuenta de que en el pasado ya nos habíamos visto. María era esa chica que vivía a una cuadra de la casa de mi abuela materna, al lado de la avenida Estación, por lo que ese día, entre risas nerviosas, concluimos que nuestros destinos ya se habían cruzado.

Mientras avanzaba a paso lento en la conquista de María habría de producirse un grave hecho que le daría un giro trascendental a la guerra contra el cartel de Medellín: el asesinato en agosto de 1989 del candidato presidencial Luis Carlos Galán.

Con Escobar y “el Mexicano” como principales sospechosos del magnicidio, el Gobierno decretó el Estado de

excepción constitucional, la más intensa persecución a la mafia en la historia.

En ese momento mi padre y mi tío entraron totalmente a la clandestinidad; por su propio bien porque en el caso de mi padre, su intensa vida social lo hacía un blanco fácil para Escobar. La seguridad de la familia se convirtió en una constante zozobra y pocas veces me podía ver con María, lo que hacía más difícil nuestra incipiente relación.

En medio de su demencia, Escobar y “el Mexicano” dieron muestras de su increíble poder de destrucción y entre noviembre y diciembre derribaron un avión de Avianca y realizaron el letal atentado contra la sede del DAS en Bogotá.

Sin embargo, el cartel de Medellín sufriría un duro golpe pocos días después, el 15 de diciembre de ese año, cuando finalmente dio resultado la estrategia de mi tío y mi padre para infiltrar una persona en la organización del “Mexicano”. Jorge Velásquez, alias “el Navegante”, logró ganarse la confianza del capo, que sin sospechar siquiera le informaba de sus desplazamientos y los sitios a los cuales llegaría.

Enterado de que “el Mexicano” se encontraría con su hijo Freddy, recién liberado de la cárcel, “el Navegante” se comunicó con mi padre, quien a su vez dio aviso al director del DAS, general Miguel Maza Márquez.

El alto oficial contaba con la colaboración permanente del ingeniero Canaro, quien a su vez había recibido aval

de la Presidencia de la República para ayudar en la persecución de Escobar y Rodríguez Gacha.

Con la vital información a la mano, el general Maza organizó un grupo especial para salir en la búsqueda del “Mexicano” y para rastrearlo utilizó los equipos de escaneo telefónico para triangulación de voz que mi padre y mi tío habían donado.

Muy temprano ese viernes 15 de diciembre, “el Navegante” se comunicó con mi padre y le informó que “el Mexicano” salió de Cartagena rumbo a Coveñas. Con estos datos, mi padre, conocido entre las autoridades como “el Canario”, habló con el general Maza y le entregó los detalles que había recibido del “Navegante”. Horas después el capo y su hijo Freddy estaban muertos.

La persecución se concretó entonces en Pablo Escobar.

Fue en ese instante en que las fuerzas de seguridad, el Estado y agencias secretas de Estados Unidos se juntaron con los llamados “señores de Cali” en un pacto secreto para liberar a Colombia de ese eje del mal.

Mi amigo Nicol me ponía al tanto de los actos demenciales de cada bando. En seis meses mi padre se había salvado milagrosamente de dos atentados con explosivos y gracias a la oportuna intervención del grupo especial liderado por “el Pecoso”, habían logrado descubrir a los sicarios enviados a asesinarnos desde Medellín.

El primer ataque fue descubierto porque los hombres al servicio de mi padre y de mi tío capturaron a varias

personas que llevaban explosivos suficientes para volar una manzana. Su plan consistía en detonar un bus repleto de dinamita en el puente que une al barrio Ciudad Jardín con Cali, cuando mi padre pasara en su vehículo.

Otro ataque resultó fallido cuando un capitán retirado de la Policía compró dos helicópteros en Cartago, Valle, para dirigirse a Cali y bombardear la casa Uno de Ciudad Jardín, la de mi padre.

No obstante, unos buenos amigos de mi padre y mi tío se dieron cuenta y avisaron inmediatamente. Luego se estableció que el plan incluía una gran cantidad de dinamita. El plan falló porque al capitán le dio miedo hacer el atentado y en cambio llamó a Escobar para decirle que su helicóptero se había dañado.

Como la guerra era de parte y parte, uno de esos días me enteré de un plan que hoy todavía me parece descabellado, pero que en ese momento de guerra lo vi como la salvación para el país, para mi familia y para mi futuro sentimental con María.

Mi padre y mi tío habían contratado a cuatro mercenarios ingleses para llevar a cabo un atentado contra Escobar en la hacienda Nápoles, su finca de recreo en el Magdalena Medio. Para ejecutar el ataque habían logrado infiltrar a un personaje que informaría sobre el arribo de Escobar a la fiesta prevista por la clasificación del Atlético Nacional de Medellín a la final de la Copa Libertadores de América.

Nicol formaba parte del comando que llegaría por tierra a respaldar con todo tipo de armamento a los in-

gleses, cuya misión consistía en bombardear la hacienda a bordo de dos helicópteros. Nicol me pidió el favor de que si perdía la vida en la operación le entregaría a su esposa el dinero que le correspondía. Por un instante lo medité. Era meterme en asuntos que no debería saber, pero, a fin de cuentas él era mi amigo. Le prometí que lo haría.

Todo estaba listo. Como el ágape era fijo, ya que se sabía con antelación del encuentro deportivo, los mercenarios concibieron el plan para ejecutarlo a la madrugada del día del festejo, con ingreso por tierra en dos camiones con un contingente de treinta hombres y por aire con dos helicópteros cargados de explosivos y dotados de ametralladoras punto sesenta.

Se presagiaba que sería el golpe final a esa guerra infernal. Era una maniobra complicada debido al difícil acceso a la zona montañosa que acordonaba la hacienda Nápoles. El cuidado con que se había planeado la acción daba tranquilidad a los ejecutores. Lo único que no se pudo controlar fue la irresponsabilidad de uno de los pilotos de los helicópteros, un mayor retirado de la Fuerza Aérea, que por cuenta de los nervios se emborrachó la noche anterior y el día de la operación colisionó con el último cerro antes de llegar a su destino.

La noticia se supo rápidamente, lo que generó más confusión en las huestes del cartel. Con la seguridad de que el plan funcionaría, mi papá y mi tío nos habían pedido a todos los miembros de la familia que continuáramos nuestra vida en forma normal, que en cualquier

momento nos darían una sorpresa. Pero la sorpresa se la llevarían ellos, cuando les informaron del infiunio. La suerte le sonrió nuevamente a Escobar.

Años después, en su celda de La Picota, mi padre me refirió anecdóticamente este fallido atentado, que gracias a Dios no se dio porque según su apreciación lo habría hecho responsable de un delito de lesa humanidad. Habrían muerto más de cien personas.

Una noche, algún tiempo después, me despertó una fuerte explosión. Tomé mi radio de comunicaciones interno, lo prendí y escuché: "Alfa Uno en la entrada de Ciudad Jardín". Ciudad Jardín es el barrio donde vivíamos y Alfa Uno es el código con el cual se identificaba a mi padre. Instintivamente solté el aparato, me vestí y salí corriendo. En el parqueadero, uno de los vigilantes vio mi cara de angustia y me preguntó

—¿Qué le pasa, joven?

Yo no escuchaba, solo pensaba en mi padre. Prendí el carro y, como no tenía escoltas, me llevé al vigilante para que me cuidara; el señor no sabía qué hacer y no le di la oportunidad de que lo pensara.

Llegué a la calle donde estalló la bomba y al ver los escombros de tres casas ubicadas en la entrada del barrio, sentí angustia. Comencé a mirar alrededor buscando los vehículos en los que se movilizaba mi padre, pero no los vi y pensé que había pasado lo peor. Intenté ordenar mis sentimientos. Lo que estaba pasando era demencial; pensé en lo que habría sentido la familia de Escobar si

se hubiera acertado en el edificio Mónaco. En esas estaba cuando llegó “el Pecoso”.

—Patrón, tranquilo que el señor está bien.

El alma me volvió al cuerpo.

—¡¿Dónde está él?!—

—Está en la Casa Uno —me respondió—, pero tenemos que irnos de aquí. No es seguro que esté en este lugar.

“El Pecoso” me condujo a su carro, escoltado por varios hombres armados. Mientras miraba el horroroso espectáculo por la ventanilla de la camioneta, me acordé del vigilante, a quien le expresé mi agradecimiento por su fiel compañía.

A la mañana siguiente, muy temprano, recibí una llamada de María. Quería saber qué había pasado pues se había enterado por las noticias del atentado. Aproveché para invitarla a almorzar. Aceptó.

Momentos después recibí el informe de la gente de seguridad de lo que había pasado la noche anterior. Dos hombres y una mujer, pagados por Escobar, habían comprado una casa hacia dos meses en el barrio Ciudad Jardín. Durante ese tiempo estuvieron haciendo inteligencia de los horarios, recorridos y rutas de mi padre. Tenían calculado que pasaría más o menos entre once y doce de la noche. Instalaron un carro cargado con cien kilos de dinamita en un punto estratégico para hacerlo detonar cuando pasara. Milagrosamente, esa noche mi padre había decidido regresar más temprano. Cuando los sicarios se dieron cuenta de que el plan les había

fallado, intentaron regresar el carro al garaje de la casa que habían comprado, con tan mala suerte que un vecino accionó un control remoto de su televisor y los cien kilos de dinamita les explotaron accidentalmente, afectando las casas vecinas. El ángel guardián de mi padre lo salvó de las garras de la muerte.

La guerra de Escobar en contra del orden establecido arreció de tal forma que no tuvo ningún inconveniente en ofrecer una recompensa económica por cada policía asesinado, dependiendo del rango que tuvieran en la institución. Fue la época más difícil de supervivencia para los uniformados en la capital antioqueña porque Escobar ofrecía dos millones de pesos por policía raso, cinco millones por suboficial y diez millones por oficial.

Ante esta violenta arremetida, el Gobierno creó el Bloque de Búsqueda de la Policía Nacional, un comando especial compuesto por experimentados hombres jungla, de élite y con formación en Estados Unidos. La gran mayoría de ellos había asistido a cursos en las principales agencias de seguridad del mundo y eran, por sobre todo lo demás, oficiales con una probada integridad, calificados como incorruptibles.

Ante semejante desquicio, había que responder con más locura. Mi padre y mi tío no escatimaron un solo peso para alcanzar lo que ellos consideraban que sería su mayor victoria, tal vez con la esperanza de recibir el perdón de la sociedad, y la gratitud por liberar a Colombia de ese mal.

Lo que ignorábamos era que para el mantenimiento de este comando especial mi padre y mi tío contribuían semanalmente con una suma fija que oscilaba entre ciento cincuenta y doscientos mil dólares. Además, le habían puesto precio a la cabeza de cada uno de los lugartenientes encargados, no solo de la seguridad de Escobar, sino también de la planificación y ejecución de los actos terroristas. Los organismos de seguridad del Estado los habían identificado y obedecían a los alias de “Pinina”, “Tyson”, “la Kika”, “Tomate”, “el Chopo”, “Arete”, “Mugre”, “Popeye” y un centenar de bandidos más que acompañaban al capo.

Una vez conformado el Bloque de Búsqueda, los aliados de mi padre y mi tío dentro de la Policía y el DAS sugirieron el nombre de un coronel con arraigo en el Valle del Cauca, con prestigio en la institución y, muy importante, que fuera de su resorte, es decir, cercano al cartel. La recomendación surtió efecto y el coronel Danilo González, oriundo de Buga, fue designado en un alto cargo en la estructura del nuevo Bloque de Búsqueda.

En pocos meses, los hombres del grupo de inteligencia coordinado por el coronel González lograron muy buenos resultados contra la estructura sicarial, logística y de información de Escobar, pero fue relevado a tan solo unos meses de haber iniciado su gestión por presiones de personas influyentes en el alto gobierno que protegían a Escobar. Los amigos de mi padre y mi tío reaccionaron presionando para que el coronel González fuera restituido en su puesto porque de un momento a otro el Bloque de

Búsqueda se volvió inoperante. La insistencia dio resultado porque González regresó a su puesto y de inmediato reanudó la persecución.

Pero una y otra vez Escobar logró evadir los cercos que le tendía el Bloque de Búsqueda y, aunque le escuchaban la voz y lo monitoreaban las veinticuatro horas del día, no podían capturarlo y tampoco acercarse a sus escondites. La capacidad de movimiento del capo en Medellín y sus alrededores era tan grande que logró mantener la oleada terrorista en diversos lugares del país.

Al mismo tiempo y como si fuera poco, Escobar hacía alarde de su gran capacidad para manipular los hilos del poder. Él ha sido, lo repito, el único colombiano de extracción humilde que logró arrodillar y someter al establecimiento, que debió ceder ante la presión de sus actos bárbaros y estructurar la generosa legislación que le sirvió de fundamento para su sometimiento y entrega.

El 19 de junio de 1991 los colombianos y el mundo entero fueron testigos de la rendición de Escobar y su ingreso a la famosa cárcel conocida como La Catedral, su nueva mansión privada, vergüenza eterna del Gobierno de entonces.

Terminaba así un convulsionado periodo en el que Escobar triunfó claramente porque no solo impuso sus condiciones sino que logró imponer su voluntad en la Asamblea Constituyente, que abolió la extradición de nacionales.

Durante el proceso de discusión mi padre echó mano de todas sus relaciones dentro del poder político para que un buen número de constituyentes votaran por la eliminación de la extradición. En la otra orilla, el cartel de Medellín utilizó una herramienta más eficaz que el soborno: la violencia.

Así, con los intereses de uno y otro cartel, la nueva Constitución de 1991 eliminó el envío de nacionales a otros países. La decisión nos llenó de alegría porque era un nuevo triunfo contra el imperio.

La entrega del capo se logró en buena parte con la colaboración del sacerdote Rafael García Herreros, fundador y gestor de la extraordinaria obra el Minuto de Dios; así, Escobar logró que lo recluyeran en una cárcel que él mismo mandó a construir, custodiado principalmente por el Ejército Nacional.

Escobar estaba preso, pero ello no fue obstáculo para continuara con sus actividades criminales, lo que en medio del fragor de la guerra aumentó el trabajo para los señores Rodríguez Orejuela. Congresistas, magistrados, jueces, empresarios y políticos clamaban por una cita con mi tío y con mi padre para que los protegieran de las agresiones de que podían ser víctimas. Con Escobar en la cárcel, el Gobierno se lavó las manos.

Aunque mal que bien se sabía que Escobar estaba recluido en una cárcel, así fuera de mentira, los enemigos del capo no podían bajar la guardia. Ahora, también es claro que su reclusión benefició al cartel de Cali porque

durante ese tiempo no solo aumentó sus rutas para el tráfico de cocaína sino que también crecieron los negocios con las mafias internacionales, que preferían hacer tratos con tipos que les brindaran confianza, como los Rodríguez Orejuela, y no con personajes como Escobar, a quien tildaban de loco con comportamientos aberrantes.

Cuando me enteré de un nuevo plan del cartel de Cali para bombardear La Catedral, pensé que la guerra ya no tenía marcha atrás. Era difícil no tomar partido. Para llevar a cabo el plan, mi papá y mi tío contrataron a Jorge Salcedo Cabrera, hijo de un reconocido general, una especie de mercenario criollo que vendía sus servicios al mejor postor. En varias ocasiones coincidí con él en la casa de mi padre. Era, o es, de esas personas que de entrada no dan confianza. Ese señor nunca me gustó. Su mirada evasiva me generaba desconfianza. Repito, dicen que los ojos son el reflejo del alma, y este señor siempre me dio un mal presentimiento.

Mi padre comisionó a Jorge Salcedo para que viajara a Costa Rica a negociar la compra de cuatro bombas de gran poder explosivo, conocidas en el mercado negro como “bombas papaya”, con un valor aproximado de seis millones de dólares. Salcedo hizo el negocio y según el plan, primero serían despachadas dos bombas, que en efecto llegaron a Colombia. Luego llegarían otras dos, pero esto nunca ocurrió porque según Salcedo las autoridades las descubrieron cuando intentaba enviarlas y de milagro él se salvó de la captura. Salcedo regresó a Colombia y les

informó lo sucedido a mi papá y a mi tío, pero siempre quedó en el aire la duda de cómo hizo este personaje para evadir a las autoridades costarricenses.

Pero había un problema adicional: las bombas que llegaron no podían ser lanzadas y detonadas desde cualquier aeronave. Para ello debía utilizarse un avión con características técnicas similares a las de los MIG, de fabricación soviética, lo que dio al traste con el nuevo plan y dejó en el ambiente —otra vez— una sensación de frustración. Mi tío y mi padre nos ocultaban todo esto, pero yo terminaba por enterarme a través de Nicol.

Generalmente, yo cenaba con mi tía y mis primos, y nuestras conversaciones se desviaban, a veces involuntariamente, hacia la situación que suponíamos se estaba viviendo. Solamente había que ver los noticieros para darse cuenta del terror por el que atravesaba el país, y nosotros no éramos la excepción.

Por mi relación con Nicol, yo era el que más información tenía de los sucesos de la guerra que se vivía con los de Medellín. Siempre fui prudente y solo lo comentaba con mis primos mayores, con quienes discutíamos, planteábamos posibles escenarios, y siempre terminábamos haciéndonos la misma pregunta: ¿por qué razón mi tío y mi padre nunca nos hablaban de ese tema, por qué nos querían mantener con los ojos vendados frente a una situación que era evidente? Era para protegernos, nos decíamos, para no involucrarnos, o, también, que les importábamos muy poco.

Creo que para ellos era una cuestión de estrategia porque en esa guerra demencial era más seguro mantener a la familia a distancia. Este razonamiento se funda en algo que hoy me parece una creencia falsa: el narco siempre pone a su familia como lo primero, como la justificación de lo que hace. Pero es la familia la que, en última instancia, sale perdiendo, pues todos en algún momento caímos en un limbo en el que no podíamos desempeñarnos ni de una manera ni de otra. Esa fue mi gran lucha. Yo quería tener una vida normal, salir con mis amigos, estudiar, trabajar, divertirme... pero no lo podía hacer debido a la situación de guerra en que vivíamos. O cuando lo hacía mis movimientos eran limitados.

Como dicen los expertos militares, una guerra se gana si se sabe cuándo va a terminar, pero Escobar nunca conoció esa máxima, y los demás narcotraficantes, que le debían tributar para su guerra y sostenimiento, se cansaron. El grupo denominado “Los doce del patíbulo” —los primeros narcos que se distanciaron de Escobar, lo denunciaron a la Justicia y obtuvieron beneficios judiciales de la Fiscalía— viajaron a Cali y luego de hablar con mi padre y mi tío les pidieron protección.

Así fue como nacieron los Pepes, acrónimo de Perseguidos por Pablo Escobar. Estas personas conocían por dentro el cartel de Medellín y con la información que suministraron se dio inicio a un plan sistemático de ejecución de todas las personas allegadas a Escobar, incluidos sus abogados, lugartenientes y familiares.

Solo de esa manera lograron debilitar a Escobar y lo sacaron de su zona de confort en Medellín y sus alrededores y lo pusieron a correr.

Ya en ese momento de la confrontación el gobierno de Estados Unidos había decidido intervenir con un grupo de Delta Force y agentes de la CIA enviados a Colombia para trabajar de la mano del Bloque de Búsqueda. Estos hombres conocieron de la ayuda directa que daba el cartel de Cali en la lucha contra Escobar, pero nunca dijeron nada; para ellos, el fin justificaba los medios.

Pablo Escobar se escapó de La Catedral en julio de 1992 y sus lugartenientes fueron asesinados o simplemente capturados. Era cuestión de tiempo que cayera. Mi padre y mi tío habían ofrecido diez millones de dólares de recompensa por su muerte, por lo que se sabía que no sería capturado vivo.

Debido al asedio permanente del Bloque de Búsqueda y a su desesperación por no saber de la suerte de su familia, se pudo triangular una llamada de Escobar a su hijo. El capo fue ubicado y luego ejecutado en compañía del “Limón”, el último de sus colaboradores que aún estaba libre.

Al día siguiente de este hecho, que alegró a todo un país y enlutó a una familia, los jefes del llamado Bloque de Búsqueda de la Policía Nacional viajaron a Cali y recibieron el pago por la labor realizada: los diez millones de dólares que habían ofrecido mi papá y mi tío por la cabeza de Pablo Escobar Gaviria.

El juicio de la historia contemporánea debe reconocer y tener en cuenta la participación del cartel de Cali —liderado por Miguel y Gilberto Rodríguez— como el principal gestor de la caída de Escobar y la finalización de más de seis años de guerra, incertidumbre y miedo.

En febrero de 2004, pocos días antes de su extradición a Estados Unidos, mi tío Gilberto le concedió una entrevista al periodista Julio Sánchez Cristo. Este le preguntó sobre su participación en la caída de Escobar y “el Mexicano” y mi tío dijo sin tapujos que esa alianza había sido real. Tiempo después, el general Hugo Martínez Poveda, padre del oficial que manejaba los equipos de interceptación a los cuales ya me referí, aportó el facsímil de la supuesta donación de esos aparatos por parte del gobierno francés. Pero no tuvo en cuenta que el documento había sido fechado seis meses antes de la muerte de Escobar, y que esos mismos equipos fueron usados en la localización del “Mexicano”, tres años atrás. En aras de la verdad que se pretende con este libro es necesario aclarar ese punto.

Ese diciembre de 1993 y ya sin la sombra de Escobar encima de nosotros, invité a María a pasar con nosotros la Navidad y el Año Nuevo. Era una tradición en mi familia estar juntos alrededor de mi abuela materna a la medianoche y recibir su bendición. Pero algo ya no era lo mismo. Por la guerra que se había librado contra Escobar, se respiraba otro aire; éramos diferentes y lo pude comprobar con una conversación entre mi padre y uno de sus allegados.

—¿Qué pedís para el año nuevo?

La respuesta de mi padre me hizo entender lo que estaba sucediendo: me di cuenta que estaba perdiendo el sentido de la realidad.

—Poder, más poder —respondió mi padre.

Era lo único que quería para el siguiente año, y lo dijo con tal seguridad que me estremeció. Sentí que mi padre ya no era el mismo. Aquellos humildes personajes que habían tratado de vivir vidas paralelas entre el bien y mal, tratando de amasar una gran fortuna para luego legalizarla, se estaba comenzando a parecer peligrosamente a aquel hombre que había muerto en el techo de una casa en Medellín.

CAPÍTULO 6

“La mechita”, mi verdadera pasión

A finales de los años cuarenta del siglo pasado y gracias a que los futbolistas de Argentina se declararon en huelga para luchar por sus derechos laborales, el fútbol colombiano dejó de ser mediocre y alcanzó prestigio continental.

El cese fue aprovechado por el club Millonarios de Bogotá, que contrató a las estrellas Adolfo Pederneira, Néstor Raúl Rossi y Alfredo Di Stéfano, quienes al lado de destacados jugadores colombianos conformaron uno de los mejores equipos del mundo: el Millonarios de la época de El Dorado.

La casi inexistente legislación interna respecto de la conformación de clubes en Colombia facilitó la emigración de grandes figuras del Cono Sur hacia el país. En otras palabras, la liga profesional adquirió ribetes de pirata y llegar a cualquier equipo era más que fácil.

Con todo, esa dudosa legalidad habría de facilitar el florecimiento del fútbol, que tuvo su punto culminante en 1952, cuando Millonarios venció 2-4 al Real Madrid en el estadio Santiago Bernabéu de la capital española. En aquella época el llamado “ballet azul” llegó a ser considerado el mejor equipo del mundo.

En 1953, Colombia arregló sus diferencias con la FIFA y puso fin a su condición de liga pirata. Además, las estrellas regresaron a sus equipos de origen, y nuestro país volvió a tener un fútbol mediocre.

Habrían de pasar dos décadas para que en 1978 el Deportivo Cali llegara a la final de la Copa Libertadores de América. En cuanto a la selección de mayores, solo una vez había participado en un mundial —en Chile, 1962— y obtenido un subtítulo de la Copa América, contra Perú en 1975.

Mi gran sueño era ser jugador profesional de fútbol, pero mi padre jamás lo permitió. Él tenía planeado que mi destino no fuera precisamente dentro de una cancha sino dentro de una oficina, como un alto ejecutivo de su emporio. Sin embargo, yo continuaba con mi meta y probé suerte en la tercera división del Deportivo Cali, equipo rival del América.

Lastimosamente, me discriminaron por ser un “niño bien”, por lucir mejores implementos deportivos. Los jugadores que venían de un estrato social diferente tenían preferencia. Eso me generó una gran molestia porque yo no era culpable de tener comodidades y una familia adinerada.

Esas injusticias me hacían hervir la sangre y por eso durante un entrenamiento me líe a golpes con un personaje de apellido Rodríguez, quien controlaba el camerino y decidía a quién le pasaban la pelota. Por esa razón desistí de ser jugador profesional, no porque no tuviera el talento necesario. Entonces opté por concentrar mis esfuerzos y mis esperanzas en los estudios de Derecho.

Desde niño, mi padre fue hincha furibundo del América de Cali, míticamente asociado a una maldición que le hizo un hincha para que nunca ganara; por años fue conocido como el “equipo infarto”: perdía, ganaba o empataba o le empataban en el último minuto.

Pero todo habría de cambiar a finales de los años setenta. La modesta institución dejó de ser la cenicienta del fútbol colombiano y se convirtió en un equipo reconocido que ganaba campeonatos con suficiencia. Tanto, que en 1997 la FIFA lo exaltó como el segundo mejor equipo del mundo.

Años atrás, en 1979, mi padre, cansado de ver perder a su equipo del alma, decidió acercarse a la institución y le propuso a la junta directiva que él y un grupo de hinchas estaban dispuestos a “regalar” tres jugadores:

los paraguayos Juan Manuel Battaglia y Gerardo González Aquino y el argentino Carlos Alfredo Gay. Las directivas aceptaron y el equipo recibió un notable refuerzo.

Con semejante contribución, el presidente del club, Pepino Sangiovanni, logró contratar al médico Gabriel Ochoa Uribe, técnico laureado del fútbol colombiano, estratega de mil batallas. Ese mismo año Ochoa condujo a “la mechita” a saborear los néctares de la victoria y consiguió el primer título nacional para una sufrida hinchada que por más de cincuenta años había esperado ansiosamente.

La gratitud de la junta directiva fue tan inmensa que invitaron a los donantes a unirse al equipo como socios y miembros titulares de la junta de socios. Es así como Miguel Rodríguez pasó a ser el nuevo mecenas de la humilde institución. Mi padre invirtió grandes cantidades de dinero en el equipo, lo que hizo posible la contratación de excelentes jugadores, como Willington Ortiz, Ricardo Gareca, Roberto Cabañas, Julio César Uribe, César Cueto y muchos más.

A raíz de esa notable inyección de capital y liderazgo, el América consiguió cinco títulos en línea del campeonato doméstico en los años ochenta; además, en tres oportunidades quedó subcampeón de la Copa Libertadores de América, el torneo más prestigioso del continente. Algunos relacionan no haber ganado ese campeonato con la maldición del garabato, es decir, el diablo que el equipo lleva grabado en el escudo; pero esos son solo

mitos que sirven de excusa a los hinchas, no a los directivos, quienes eran conscientes de que las derrotas en esas finales obedecieron a una cuestión táctica, no a un asunto de brujería.

En un principio, mi padre integró la dirigencia del América para satisfacción de la sufrida hinchada que por fin supo qué era ganar, pero decidió meterse a fondo en el día a día del equipo cuando se dio cuenta del poder y las relaciones que podía manejar con un simple pedazo de papel. Las personas hacían cualquier cosa por obtener una boleta, y estar en una final era el mayor premio. Los teléfonos de la institución o de los directivos no paraban de sonar para conseguir una entrada. Desde un simple parroquiano hasta el alcalde de la ciudad esperaban el sobre con sus entradas al coliseo sanfernandino.

Esto lo comprendió muy bien mi padre y utilizó el fútbol para relacionarse con las altas esferas del país. Fue pionero entre un grupo de hombres que en los años ochenta aprovecharon un nicho que el Estado y la empresa privada habían dejado libre, e invirtieron grandes cantidades de dinero provenientes del narcotráfico, logrando con ello el renacimiento del balompié colombiano.

Esta bonanza hizo que, como en la época de El Dorado, floreciera nuevamente el fútbol nacional. Importantes jugadores extranjeros comenzaron a ver a Colombia con buenos ojos y, junto a las nuevas estrellas nacionales, hicieron que el fútbol fuera competitivo. Así, los jugadores nacionales tuvieron motivos de sobra para exigirse

más y surgieron figuras como Carlos “Pibe” Valderrama, Freddy Rincón, Faustino Asprilla y otros más que protagonizaron el que yo denomino el “segundo Dorado”. En esa época el país vivió grandes logros, como la clasificación a tres mundiales.

Satisficha con esos triunfos, la sociedad aceptó a un grupo social emergente que invertía dinero mal habido en renglones fundamentales de la economía, en especial en el deporte. Asimismo recibió con los ojos cerrados los beneficios que dejaban las inversiones, sobre todo en personas e instituciones que se desempeñaban en negocios tradicionales legalmente constituidos.

De igual manera, todos los que nos acercábamos al fútbol buscábamos reconocimiento, más que satisfacción personal. Muchos llegaban pensando que administrar un equipo de fútbol era como soplar y hacer botellas. Sin embargo, ser ejecutivo de una multinacional o dueño de una empresa no garantizaba conseguir los triunfos tan fácilmente.

El fútbol es un negocio con variables impredecibles, como los egos de los jugadores, sus necesidades afectivas, su psicología, la hinchada y los factores extradeportivos. Son contingencias que requieren ser comprendidas para darle buen manejo en momentos difíciles, lo que implica una dedicación de tiempo completo, con mentores que de alguna manera muestren el camino hacia el éxito.

Mi padre tuvo a su lado a Pepino Sangiovanni y a Gabriel Ochoa, quienes le enseñaron todos los secretos

del mundo del fútbol. Yo tuve a mi papá, que me enseñó cómo manejar a los jugadores, algo fundamental a la hora de intentar cualquier objetivo. Aprendí la estrategia de la zanahoria y el garrote: cumplir lo que se promete para exigir resultados.

Cuando llegué al América, en 1989, me fijé el propósito de hacer un cambio revolucionario: hasta ese momento, el equipo estaba acostumbrado a comprar jugadores y jamás se preocupó por las divisiones menores porque contaba con la chequera de mi padre para adquirir a los mejores. Mi idea consistía en forjar un equipo proveedor de figuras jóvenes formadas en casa. La misión no era nada fácil. La institución era exitosa y sólida y sus dirigentes no creían en el jugador joven, en el que debutaba a los veinte años de edad.

Sin embargo, estructuré y lideré un comité de próceros empresarios con los que comencé a trabajar aplicando un modelo desarrollado en los años ochenta en el club Ajax de Holanda. La estrategia consistía en reforzar las divisiones inferiores, dándoles más autonomía a las áreas técnica, física, psíquica y nutricional para descubrir talentos. Una vez era encontrado un jugador fuera de lo normal lo fogueaban internacionalmente para que tuviera tiempo de crecer como persona y como profesional.

Con este esquema fuimos pioneros en cuanto a las divisiones menores. Yo sabía que en cualquier momento estallaría la burbuja irreal del dinero fácil, por la guerra frontal que se estaba dando en contra del narcotráfico y

tarde o temprano mi padre no podría seguir ayudándole económicamente al equipo.

Entonces pensé que la única manera de blindar la institución era hacerla autosuficiente y por eso me dediqué en cuerpo y alma a dicha tarea; de esa manera exorcicé poco a poco la vieja frustración de no haber sido jugador profesional.

Como encargado de las divisiones menores, visualicé al equipo como campeón del fútbol colombiano y lo logré seis años después, justo en el tiempo que lo había proyectado. Para cumplir la meta lo primero que hice fue cambiar la parte técnica. Busqué a los mejores formadores en el mercado para fortalecer un grupo sub-17, hasta que en 1992 y luego de poner todas mis esperanzas y esfuerzos en estos jóvenes, organicé el Torneo de la Esperanza. De esa manera los nuevos jugadores se fogearon contra equipos extranjeros, como el Real Madrid, River Plate, Flamengo y otros más. Dicho certamen se realizó durante varios años y con ello obtuvieron el roce necesario que les dio la experiencia suficiente para llegar al equipo profesional. Gracias a ese esfuerzo surgieron jugadores como Franki Oviedo, Jairo Castillo, Gerson González y Leonardo Fabio Moreno.

A principios de 1994 y a raíz de la persecución a mi padre por parte de autoridades colombianas y extranjeras, él me cedió el manejo del equipo profesional, algo que me sorprendió porque mis muchachos no estaban listos para asumir ese reto. Mi temor no era infundado porque

en el plantel profesional había jugadores reconocidos internacionalmente como Jorge Bermúdez, Anthony De Ávila, Leonel Álvarez, Óscar Córdoba y muchos otros.

Sin embargo, me puse la camiseta y ese año peleamos un duro campeonato que, debido a una dudosa decisión arbitral en Medellín, nos hizo perder el título.

Pero no me di por vencido y el siguiente año armé un mejor equipo, pero el mismo árbitro, en Barranquilla, me volvió a arrebatar el campeonato con dos goles en fuera de lugar. Ese día entendí que en el fútbol no solo se necesita un buen equipo sino que hay que tener al de negro al lado, pues son ellos quienes, en últimas, definen un partido.

En 1995 cayó preso mi padre y ello significó la llegada de una época muy dura para la familia y también para la institución. El desplazamiento semanal de toda la familia de Cali a Bogotá tenía un alto costo, no solo por el gasto en pasajes sino por el esfuerzo que significaba hacerlo; implicaba tener tiempo, disposición, ánimo y, sobre todo, una tremenda logística de seguridad en Cali y Bogotá, pues empezaban a emerger nuevas organizaciones de las que mi padre y mi tío nos tenían que cuidar.

Pero eso no me preocupaba tanto como que, a causa de su encarcelamiento, nuestro benefactor no podía seguir ayudando económicamente al América de Cali. La situación tan crítica se puede ilustrar con una advertencia de mi tía Amparo, encargada de la parte administrativa del equipo.

—Hijo, no tenemos ni para el café.

—Tranquila, tía, que de esta salimos; simplemente tenemos que vender jugadores que ya cumplieron su ciclo.

Lo de no tener para el café no dejaba duda de la dura situación por la que atravesaba el equipo. Sus arcas estaban vacías y no porque se hubiera administrado mal, sino porque el fútbol, más que un negocio, termina siendo una pasión, que te da, pero también te quita.

La tranquilidad con la que le hablé a mi tía nacía de los acercamientos que había tenido con Bavaria, empresa que nos quería dar un millón de dólares por la camiseta. Además, habíamos clasificado para la Copa Libertadores, lo que significaba más ingresos.

Entendí que era el momento de hacer realidad mi sueño de convertir al América en un equipo autosuficiente si vendía a los jugadores maduros y con las nuevas figuras formaba un grupo fuerte para pelear la Copa Libertadores. Ayudó que comenzaron a sobresalir algunos de los jugadores formados en las divisiones menores y empezaron a apoyar a los veteranos.

No obstante, fue una gran decepción perder de nuevo la Copa Libertadores. Estuvimos muy cerca, pero otra vez nos equivocamos en el tramo final. Se comentó que la fortuna nos había fallado, pero la suerte es la disculpa de los incapaces. Yo sabía que había cometido un error al escoger el capitán del barco y era el momento de buscar un técnico ganador.

Entonces decidí contratar al profesor Luis Augusto “Chiqui” García, quien había comenzado como entre-

nador de las divisiones menores de Millonarios, y luego, con el equipo de mayores, había ganado dos estrellas en el rentado doméstico en 1987 y en 1988.

No obstante, contratarlo para dirigir al América de Cali me causó dificultades con mi padre, que tenía malos recuerdos del “Chiqui” y lo asociaba afectivamente con Gonzalo Rodríguez Gacha, “el Mexicano”, dueño mayoritario de Millonarios y socio de Escobar en el cartel de Medellín.

Sin embargo, y a pesar del recelo de mi papá, me llevé una sorpresa cuando me dio su aval. Creo que la decisión de aceptar que “el Chiqui” dirigiera el América fue por un sentimiento de culpa por lo que a mí me había pasado. En otras palabras, gracias al atentado que me hicieron en el restaurante el Rodizio, García fue técnico del equipo.

Desde el principio hubo química entre el profesor García y yo. Hablábamos el mismo lenguaje y él veía el fútbol como un negocio donde se deben cumplir ciclos de cinco años como máximo para llevar a los jugadores al tope de su rendimiento para luego venderlos en su mejor momento.

La mayoría de los directivos se encaprichan con sus buenos jugadores y dejan que envejezcan en la institución, frenando así el ciclo formativo en las divisiones menores; además, nunca se recupera la inversión. Es como el circo: si uno no cambia los payasos, el espectáculo se muere porque el público se aburre y no vuelve más.

Así armamos un gran equipo. Para esa campaña estaba consolidada una fila de jugadores de mucha experiencia; aquel equipo que había formado cinco años atrás en las divisiones menores estaba listo para asumir el reto de lograr lo impensable en el América: ser campeón con más del ochenta por ciento de jugadores salidos de la cantera, hechos en casa.

Ese año se disputó el torneo más largo de la historia del fútbol colombiano. Duró año y medio para conocerse al nuevo campeón, en una decisión maquinada desde Medellín por mi rival de esa época, el Nacional. Ese equipo de Medellín tenía mucho poder, pero yo ya no era el muchacho inexperto de 1994, cuando perdí una estrella por decisiones antideportivas. Ahora sabía lo que era manipular los hilos del poder y estaba preparado para hacerlo si era necesario.

Con el profesor García a la cabeza hicimos la mejor campaña en la historia del América de Cali y ganamos quince partidos en línea. Esto solo lo había logrado el Ajax de Holanda, y hoy en día el Barcelona o el Real Madrid de España. Tras esa notable campaña y por haber llegado a la final de la Copa Libertadores el año anterior, en 1997 fuimos considerados por la FIFA el segundo mejor equipo del mundo.

Éramos los seguros ganadores del campeonato esa temporada, pero otra vez manos oscuras querían boicotear nuestro trabajo. A medio camino, la Federación Colombiana de Fútbol modificó el campeonato argumen-

tando la necesidad económica de tener dos campeones en un mismo año, es decir, una estrella cada seis meses.

Cuando vi que la Federación había logrado los votos de la Dimayor —la agremiación de los equipos profesionales—, moví cielo y tierra con el objetivo claro de asegurar que el líder de ese año fuera directamente a la final. Lo logré. América quedó primero, lo que significó tener asegurada la plaza.

En esos seis meses nos dedicamos a prepararnos con tranquilidad para esa final mientras los demás se desgastaban por conseguir el cupo. Nos tocó disputar el campeonato contra el Atlético Bucaramanga, que realizó una excelente campaña dejando por fuera a rivales de tradición.

Todo estaba servido para coronar un trabajo arduo de cinco años de esfuerzo y dedicación. Ganamos la novena estrella, conseguimos llevar a la realidad mi sueño de ser campeón del fútbol colombiano con jugadores formados en la cantera, gracias a una junta directiva dispuesta a conseguir el dinero necesario para motivar a un grupo espectacular de jugadores, un técnico ganador como el profesor García y el apoyo incondicional de una inmejorable hinchada. Para toda la familia americana fue una gran alegría que hubiéramos vuelto a conseguir estar en la cúspide del balompié nacional, y la mejor noticia era el bienestar económico por el que pasaba el equipo.

Viajé a Bogotá a visitar a mi padre y dedicarle el triunfo. En el fondo buscaba reconocimiento a una labor bien

hecha, pero me recibió con un baldado de agua fría. No tuve su apoyo para la continuidad de “Chiqui” García y decidió respaldar erróneamente a otra parte de la junta directiva —de la que hacía parte mi tía—, que quería sacarlo de la dirección técnica del equipo.

Decepcionado y con la moral por el piso, le contesté que regresaría a las divisiones menores y que él, con su hermana, manejara su equipo profesional. Yo no iba a aceptar la llegada de Francisco Maturana a la dirección técnica de la institución, y así fue. Cuando recibí la llamada del profesor Maturana, quien quería saber si era cierto que lo estaban buscando, le dije que no tenía chance, por lo que de manera inteligente decidió retirarse y dejó el camino libre para que otro director técnico tomara las riendas del equipo.

Como el profesor Maturana les dijo que no, decidieron nombrar a Diego Umaña como entrenador del equipo profesional. Él había estado conmigo en los primeros años de mi inicio en el fútbol profesional y habíamos errado; solo era cuestión de tiempo para que su experimento fracasara otra vez. Entonces me dediqué a planificar el futuro deportivo del equipo para los siguientes cinco años, buscando otra vez fortalecer las bases.

Gracias al consejo de mi amigo Fernando Velasco conocí a un joven entrenador vallecaucano, Jaime de la Pava, quien hacía una carrera exitosa en las divisiones menores. Me gustó su forma de ver el fútbol y lo contraté para la

tercera división. Ese mismo año ganamos el torneo nacional de esa categoría, un buen prospecto para el futuro.

Desafortunadamente y como yo preveía, el equipo profesional fracasó y el profesor Umaña se retiró en noviembre de 1998, antes de terminar el campeonato. Lo reemplazó el joven De la Pava.

Mi padre me citó a Bogotá a su sitio de reclusión para discutir quién sería el nuevo técnico del equipo para la temporada del año siguiente. Él quería traer un estratega de alto nivel, pero, a raíz del fracaso rotundo de la campaña anterior, las finanzas estaban en cero. Preguntó mi opinión y recomendé, por la situación económica del equipo, a Jaime de la Pava. Al principio dudó, pero al final aceptó.

Me reuní con el nuevo técnico para trazar los lineamientos con miras a afrontar la dura temporada con un equipo de jugadores cuyo promedio de edad era veintitrés años, la mayoría de ellos formados en las divisiones menores del América. Con esa realidad se vislumbraba que la campaña sería más que complicada porque ni los jugadores ni el técnico tenían la experiencia necesaria. Me propuse de nuevo sacar ese barco adelante y les metí en la cabeza a todos —desde directivos, jugadores y empleados, hasta la señora de los tintos— las palabras ganar y ganar. Eso no solo significaba triunfos para el equipo, sino también buen dinero para el bolsillo de los jugadores.

Para lograr esa meta era indispensable asegurar dos aspectos: obtener los recursos para pagar oportunamente los salarios y los premios y, en segundo lugar, vetar la participación de cierto árbitro que nos había perjudicado en el pasado. En cuanto al primer aspecto, la junta directiva me apoyó. Para asegurar el segundo, viajé a Bogotá y me reuní con la plana mayor del fútbol colombiano para dejarle claro que no quería que el mejor árbitro, Óscar Julián Ruiz, un señor de Villavicencio, pitara los partidos de América.

Logré vetar al mejor árbitro de Colombia por las malas experiencias que había tenido con él en el pasado. Esa gestión de controlar las decisiones arbitrales me permitió darles confianza a los jugadores, a quienes había mentalizado con la idea de que lo único que nos servía era ganar y ganar.

Efectivamente, ese año ganamos el primer título internacional en la historia de América: la Copa Merconorte. Además, fuimos subcampeones del rentado colombiano al perder en Medellín por penales. Era un balance positivo que permitía solidificar a un grupo de jugadores y a un técnico con mucho futuro para el fútbol nacional.

Todos mirábamos la llegada del nuevo milenio con mucha esperanza. Analicé las fallas del año anterior y sabía que necesitaba reforzar tres posiciones claves. Por eso traje a Luis Barbat para la portería, a Luis García para el medio y a Julián Vásquez para el ataque. Estos jugadores le dieron la experiencia necesaria al equipo y le

ayudaron a ganar la décima estrella para satisfacción de una hinchada y una ciudad.

Había logrado que el equipo sintiera hambre de triunfo, requisito indispensable para llegar a la cúspide. A partir de ahí, América fue una máquina engrasada para el éxito y por eso en 2001 volvimos a ganar el campeonato nacional. Dos meses antes de que este culminara, me reuní con el profesor De la Pava y llegamos a la conclusión de que era necesario, después de esa campaña, que se tomara un año sabático. El fútbol es una profesión cambiante, y se tiene que estar actualizado, como en cualquier otra profesión, para seguir teniendo éxito.

Pero mi padre volvió a cruzarse en mi camino. No compartía mi opinión y me desautorizó y convenció al profesor De la Pava para que continuara un año más. Esa fue la gota que llenó la copa. No podía continuar soportando tanto irrespeto de una persona que no estaba en el día a día del movimiento del club y sus decisiones iban, a mi entender, en contra del futuro de la institución. Decidí irme. Le escribí una carta ofreciéndole mi renuncia irrevocable y le remarqué una frase, que hasta donde supe, le dolió en el alma: “América no es de nadie, es una pasión que se lleva grabada en el corazón y es de todos”.

Ese fue mi legado en el fútbol. Trabajé por el bien de una camiseta. Nunca cobré un peso y construí una estructura enfocada hacia el futuro. Si seguían los lineamientos, continuarían cosechando éxitos, como se hizo bajo mi gestión.

Pero hoy veo con tristeza en lo que han convertido mi querida “mechita”. Los que me sucedieron, buscaron satisfacer sus intereses personales y no los de la institución. Sus excusas eran triviales, como la lista Clinton, o “lista negra”, creada en 1995 por la Oficina de Control de Bienes Extranjeros del Departamento del Tesoro de Estados Unidos, en la que se enumeran las empresas y personas vinculadas a dineros provenientes del narcotráfico. En su momento le hice frente a esa lista y jamás me limitó para cosechar los éxitos anhelados por la hinchada. Bajo mi administración deportiva, muy provechosa desde el punto de vista económico, obtuvimos cuatro títulos y dos subtítulos del campeonato nacional, el campeonato de la Copa Merconorte, y el segundo lugar en la Copa Libertadores de América.

CAPÍTULO 7

La fiesta que no fue para mí

Para nadie es un secreto que bajo su liderazgo, y con el aporte de grandes cantidades de dinero, el cartel de Cali fue determinante en el desmembramiento del cartel de Medellín. Mi padre y mi tío pagaron jugosas recompensas a quienes colaboraron en la caída de Pablo Escobar, Gonzalo Rodríguez Gacha, “el Mexicano” y la gran mayoría de sus lugartenientes. De igual manera, financió el Bloque de Búsqueda, entregó valiosa información de inteligencia y donó equipos especializados para la interceptación y ubicación de llamadas.

En el transcurso de la guerra con Escobar me gradué de abogado. Tenía la clara intención de organizar mi propio bufete y con ello iniciaría, pensaba yo, una vida profesio-

nal en el mundo del litigio; estaba listo para batallar por mi estabilidad jurídica y la de mi familia. Entre tanto, mi padre y mi tío avanzaban en negociaciones trascendentales para su futuro.

Dios pone las oportunidades en el camino y solamente uno decide si las toma o las deja ir. Mi padre y mi tío tenían todo el escenario a su favor para entregarse a las autoridades y resolver de esa manera su situación jurídica. Muchos sectores sociales estaban altamente agradecidos con los “señores de Cali” por la muerte de Escobar y ellos estaban seguros de que el Estado les habría de retribuir de alguna manera lo que habían hecho.

A principios de 1994, hicieron un primer acercamiento con el entonces fiscal General de la Nación, Gustavo de Greiff, para lo que se planteaba como el sometimiento a la justicia colombiana del llamado cartel de Cali. El Gobierno estaba interesado en cerrar ese capítulo no solo por la paz de Colombia sino también por las presiones del gobierno de Estados Unidos, al que solo le interesaba la captura inmediata de los capos de Cali.

Desde el comienzo, la negociación estuvo destinada al fracaso. Ninguna de las partes pensaba seria y sinceramente llegar a un feliz término. Mi padre y mi tío habían perdido la noción de la realidad, se creían invencibles por haber conseguido dos triunfos casi imposibles: la extradición de mi tío a Colombia, y no a Estados Unidos como querían los gringos, y la caída del cartel de Medellín.

Era entendible que sus egos estuviesen engrandecidos y, caminando sobre una nube; asumieron que podían afrontar cualquier reto que se les presentara en el camino. El poder los nubló y ahí perdieron. Creyeron que estaban por encima de la ley. Dejaron ir la mejor oportunidad para resolver sus problemas jurídicos y los de la familia.

Comenzaron haciendo una propuesta inaceptable: obtener el beneficio de casa por cárcel, algo impensable tras el ridículo que hizo el gobierno Gaviria con el experimento de La Catedral con Pablo Escobar. Las peticiones eran tan absurdas que agotaron la paciencia del Gobierno y de un hombre honesto como De Greiff.

El poder político es cambiante como el viento. César Gaviria aspiraba a ser el nuevo secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA) y necesitaba la aprobación y apoyo de Washington y por ello no podía ofrecerles a los Rodríguez nada diferente a lo establecido en el ordenamiento jurídico para que se sometieran. Además, el cartel de Cali era el nuevo objetivo del Departamento de Justicia de Estados Unidos respecto de la lucha contra el narcotráfico.

En esos momentos tormentosos yo acababa de regresar de España de cursar una maestría en Empresas y Mercadeo en el Instituto de Empresas de Madrid y me enfocaba en mi compañía de abogados, con excelentes resultados por las relaciones que mi padre tenía en el sector judicial.

Así, comencé a heredar esos buenos contactos, entre otras cosas porque aproveché lo que mi padre me había enseñado acerca de cómo manipular un sector carcomido por la corrupción. “Todo puede tener solución si tienes el contacto correcto o el dinero necesario para comprar conciencias”, me decía con alguna frecuencia.

En forma lenta sentía el néctar dulce pero peligroso del poder, que como un narcótico va ingresando en el sistema circulatorio y se va apoderando de la conciencia. Y debido a la situación tan complicada que vivía mi padre, poco a poco me delegó tareas dentro de las actividades legales, como el manejo del equipo de fútbol, la administración de las empresas inmobiliarias y la coordinación de varios procesos judiciales en contra de la familia.

De un momento a otro fui una ficha importante en su engranaje, algo que me llenaba de alegría; pero cuando veía su actitud me llenaba de tristeza porque entre más hacía las cosas bien, menos reconocimiento obtenía de su parte. Nunca pude entender ese aspecto de su personalidad. Tal vez era su forma, muy particular, de prepararme para ser el mejor. Esa era mi situación cuando, a principios de 1994, recibí una noticia inesperada.

Durante estos años, María había estado a mi lado. Con paciencia desmedida esperó que yo me preparara, viajara, conociera, experimentara, con la seguridad de que regresaría a su lado. Para María nuestra relación era algo serio, no por el compromiso sino más bien por la comprensión que había que tener por el tipo de persona que yo era.

Ella era quien me visitaba en la casa, y no lo hacía por filosofía de vida sino por seguridad. Un detalle que siempre agradeceré, pues aunque sabía el riesgo que corría en vista de los enemigos de mi padre y de mi tío, nunca dejó de hacerlo. También tuvo que soportar una época que yo llamo “inconsciente”, producto del falso poder que dan el dinero y la adrenalina. Un coctel que siempre trae malas consecuencias.

Cuando María me contó que estaba embarazada, mi mundo giró ciento ochenta grados. El hecho me hizo reflexionar en lo que estaba haciendo con mi vida, no por esperar un hijo, que tomé como la mejor noticia, sino porque me di cuenta de que, por estar en busca de reconocimiento, me había convertido en lo que mi padre y mi familia querían, en lo que querían los demás.

Nunca había pensado en mí. Me había dedicado a imitar otras vidas dentro de un ambiente bohemio y vacío y me consumía en el alcohol y el placer. Cuando me proyecté como padre, entendí que ya no era un muchacho, que debía tomar con seriedad el nuevo rol que la vida me estaba planteando, y empecé a ver los puntos positivos de tomar una decisión como la de casarme.

Recordé cómo añoraba tener una familia cuando mis padres se separaron y María tenía para mí el verdadero significado de una buena mujer, de principios e inteligente. Convencido de que era la mujer con la que quería pasar el resto de mi vida, tomé una decisión basada en el amor genuino que sentía por ella y en el deseo de

que mi hija tuviera una familia como la que yo no tuve. Sabía lo importante que era crecer rodeado de la figura de un padre y una madre, afectuosos y pendientes de su bienestar.

Pero mi suegra, una mujer de principios intachables y a la que admiro y respeto a pesar de su carácter fuerte pero noble, se opuso rotundamente a mi propuesta de que María y yo nos fuéramos a vivir juntos. Con la tranquilidad y decencia que la caracterizan, María respondió:

—Para vivir juntos, prefiero seguir viviendo con mi familia.

Educada con buenos modales y buenos valores, me demostró ser la gran mujer que es. No iba a salir de su casa si no estábamos unidos en sagrado matrimonio. Esa claridad me dio las fuerzas necesarias para tomar la decisión. Estaba seguro de que María sería, y lo es, la mujer ideal para compartir el resto de mi vida, y así también asegurar una familia para nuestro futuro bebé.

El siguiente paso fue hablar con mi padre. Fui a visitarlo a una de las casas donde se ocultaba. Instalado en la pequeña mesa del corredor donde acostumbraba recibir a las personas que le entregaban información y desde donde manejaba todos los negocios de la familia —en eso se había convertido su oficina— dijo, para mi sorpresa, que consideraba que María era una gran mujer. También comentó que se alegraba mucho por la noticia y que estaba feliz de saber que María sería mi esposa.

Con la decisión tomada regresé a mi casa y se la comuniqué a mi tía Mariela. Ella lo vio con tan buenos ojos que solo atinó a darme un abrazo lleno de amor y sentimiento. Me dijo que ese era el camino correcto. Al otro día, anillo en mano, estaba frente a doña Emma pidiendo la mano de su hija.

El día del matrimonio, al salir del cuarto vestido para la ceremonia, mi tía Mariela se quedó mirándome de arriba abajo en silencio. Pensé que algo estaba mal en mi traje. Tras el corto preámbulo me dijo algo que tal vez había soñado para mí, unas palabras que nunca olvidaré:

—El matrimonio es una responsabilidad que se debe tomar con amor, no es nada más —luego me dio la bendición y me sugirió dejar las indecisiones de muchacho para tomar las decisiones de un hombre adulto.

Salí del apartamento con la tristeza de saber que ya no iba a regresar de nuevo como habitante de ese hogar que tanto amor me había dado. En la entrada del edificio me esperaban mis escoltas. En la iglesia Santa Teresita, lugar de la ceremonia donde se oficiaría nuestra unión, estaban presentes parte de nuestras familias, mi abuela —quien me acompañó al altar—, mis primos y amigos. Mi tío y mi papá estaban ausentes pues corrían demasiado riesgo si se presentaban a la iglesia, aunque habíamos establecido que ellos asistirían a la recepción.

La estrategia de seguridad había sido bien diseñada para garantizarles tranquilidad, pero convencidos de

pasar juntos ese momento tan importante para todos. Siempre recordaré esa fiesta como el último gran evento de los Rodríguez, en el que mi tío y mi padre ostentaron su gran poder.

Nos trasladamos al lugar de la recepción por un costado de la ciudad y contemplamos el hermoso atardecer de Cali, lo que hacía más romántico el matrimonio. Conversamos de nuestro noviazgo, del día que nos conocimos en la universidad, de las buenas y malas cosas por las que habíamos pasado y hasta nos aventuramos a presagiar cómo transcurriría la fiesta. Fue un momento emocionante, lleno de inquietudes por el futuro real de nuestras vidas.

Los sistemas de seguridad estaban activados en máxima alerta. Desde el corazón del Bloque de Búsqueda nos informaban de cualquier movimiento extraño de tropas. También recibíamos datos desde uno de los hangares vecinos a los de la Policía y el Ejército en el aeropuerto Alfonso Bonilla Aragón de Palmira. Igualmente, había grupos especiales de guardaespaldas en el batallón del Ejército, en la Universidad del Valle, en Unicentro, en el Centro Deportivo de Cascajal y en la glorieta de Jamundí, a un kilómetro del Club El Remanso, donde se realizaría la recepción.

La persecución a mi padre y a mi tío estaba caliente, por lo que mi matrimonio sería la última gran fiesta del cartel de Cali donde estuvieran los grandes jefes. Una

gran celebración con más de doscientas personas para homenajear a la nueva pareja.

Las invitaciones solo fueron enviadas el día anterior, por aquello de tener la formalidad de las tarjetas y para que los invitados constataran que el evento se iba a realizar. Las tarjetas tenían una particularidad: no indicaban la dirección del encuentro. El día del matrimonio los invitados deberían llegar a un sitio y allí, solamente allí, se les revelaba la dirección de donde sería la fiesta.

El sitio de la fiesta era un lugar hermoso a las afueras de la ciudad, donde mi padre había construido un espectacular salón de fiestas para sus eventos sociales. El club era estratégico por su ubicación geográfica. En caso de una posible evacuación, tenía caminos ocultos entre cañaduzales y trochas, perfectos para el desplazamiento de varias motocicletas en una huida rápida.

La fiesta dio inicio después del arribo de muchos personajes. Mi padre dio un discurso conmovedor en el que recalcó que esa unión ayudaría a fortalecer a la familia y le dedicó unas palabras muy especiales a María, pues siempre vio con buenos ojos mi vínculo con ella. Palabras como unión, futuro y prosperidad llenaron ese lugar con la esperanza de un mejor porvenir.

Con el matrimonio llegarían cosas positivas a mi vida, pero la verdad es que la familia había iniciado un recorrido sin retorno por los problemas judiciales de mi padre y mi tío. Al final nos esperaba una gran desgracia.

La noche transcurrió sin contratiempos, amenizada por varias orquestas que alegraban la fiesta. El derroche era inusual y extraño en personajes como mi tío y mi papá, que siempre fueron moderados en sus celebraciones.

Como tengo un agudo sentido de observación, en pleno festejo me di cuenta de que esa tremenda fiesta no era para mí, y mucho menos para celebrar mi decisión de casarme.

¡Era para mi padre y mi tío!

Como en la película *El Padrino*, los asistentes se presentaban y les daban sus respetos, en vez de venir a nosotros, los agasajados.

Sentados en dos mesas diferentes con sus respectivas esposas, los dos grandes capos veían cómo iban llegando hombres importantes dentro de la política, la vida social y la mafia, a rendirles su debido respeto. Algunos, los de mayor confianza, los abrazaban y otros simplemente les apretaban la mano con su debida venia.

Horrorizado descubrí que la fiesta, las orquestas, la champaña y la mejor comida no tenían otro fin que hacer ostentación de su enorme poder. Esa escena, más el alcohol que había ingerido, me calentaron la sangre y con mi padre nos enfascamos en una discusión que dejó en evidencia la nube en la que mi padre y mi tío estaban viviendo. Furioso, le recriminé que todo era una farsa, que por lo menos ese día respetara mi matrimonio, que

no todo en la vida era él. Me miró y me dijo que yo estaba borracho y que él no hablaba con ebrios. En ese momento, María me llevó corriendo hacia la pista de baile.

A las cinco de la mañana emprendí el viaje hacia el hotel Intercontinental, a pasar mi noche de bodas. Dejamos atrás el sinsabor por la discusión y nos entregamos a un hermoso amanecer en el que los únicos presentes eran el sol y mi amor por María.

En ese momento ignoraba que una gran tormenta se acercaba desde el norte, impulsada por las presiones del Gobierno de Estados Unidos a las autoridades colombianas para que capturaran a mi padre y a mi tío.

Desde hacía varios años, los poderosos jefes del cartel de Cali estaban en la mira de un intrépido e intenso investigador, el agente especial del servicio de aduanas, Edward Kacerosky, quien había encontrado una pista decisiva contra mi padre y mi tío. Se trataba de un gran decomiso de cocaína en agosto de 1991, luego del arribo al puerto de Miami del barco “Mercader del Continente”.

Por aquellos días Kacerosky investigaba los cargamentos que llegaban a Miami y cuando los guardias inspeccionaron la embarcación se encontraron con doce toneladas de cocaína ocultas entre postes y piedras angulares de cemento. El valor: doscientos millones de dólares.

No obstante, por instrucciones de Kacerosky, dejaron pasar el cargamento y le siguieron la pista. Después de capturar a varias personas en Texas, las autoridades

estadounidenses bautizaron el caso como la Operación Cornerstone, una de las más grandes investigaciones contra el narcotráfico y el lavado de dinero.

A partir de entonces, el agente Kacerosky, de origen polaco, amante del arte y del basquetbol, inició una persecución sin cuartel contra el cartel de Cali. Quería demostrarle al mundo que esa organización era igual de poderosa que la de Medellín y que ahora controlaba, según su información, el ochenta por ciento del mercado del narcotráfico en Estados Unidos.

Mientras Kacerosky avanzaba en silencio para darle forma a una gran acusación contra mi padre y mi tío, ellos, por su propia condición humana, cayeron en la trampa de ilustres personajes de la política colombiana que los subieron a un falso pedestal y les hicieron creer que podían ayudarles a solucionar su situación. Una promesa que, desde luego, nunca se cumplió.

CAPÍTULO 8

Traicionados

La primera etapa de la persecución al cartel de Cali tras la muerte de Pablo Escobar fue un total fracaso.

Casi todos los oficiales encargados de esa labor en puestos operativos o de control eran, de una u otra manera, amigos o aliados de mi padre y de mi tío. Eran contactos heredados de la reciente guerra contra Escobar, pero los altos mandos lo ignoraban.

Como en un principio no obtenían resultados positivos, las autoridades de Colombia y Estados Unidos decidieron cambiar de estrategia. Así, por exigencia directa de Washington, en septiembre de 1994 el recién ascendido general Rosso José Serrano fue nombrado director de la

Policía con el compromiso de llevar a cabo la difícil misión de capturar a la cúpula del cartel de Cali.

Ernesto Samper, el recién posesionado presidente, salpicado por el naciente escándalo de la financiación de su campaña con dineros de mi padre, mi tío y los demás socios del cartel de Cali, tenía las manos amarradas y no le quedó otra opción que ceder a los requerimientos de Estados Unidos.

En un acto inteligente, el general Serrano designó en las direcciones alternas de la Policía a algunos hijos de generales en retiro, convencido de que así sería más difícil corromperlos porque apenas empezaban su carrera en esa institución. Así aparecieron en escena los llamados “hombres grises”.

Bajo la dirección del general Serrano, esos oficiales —algunos de los cuales aún hoy ocupan importantes cargos en la Policía— llevaron a cabo una persecución sin cuartel contra mi familia para presionar la captura o entrega de mi padre y de mi tío. En mi oficina realizaron allanamientos cada dos semanas aproximadamente, con un despliegue cinematográfico de hombres jungla que, con el rostro pintado y armados hasta los dientes, buscaban la información que nunca encontraron porque nunca la tuve.

Por la violación constante de la privacidad de mis clientes me vi obligado a cerrar mi bufete de abogados. Quién iba a querer que lo representara alguien cuya oficina era allanada cada quince días. Lo mismo sucedía en

nuestras casas, sin importar que hubiera niños pequeños. Les daba lo mismo. Era un comportamiento arbitrario que teníamos que soportar por ser integrantes de los Rodríguez Orejuela. Lo importante para los oficiales era cumplir con su estrategia de presionar, aburrir, desesperar, con el objetivo de que mi tío y mi papá se entregaran.

Lo único que realmente sirvió para alcanzar su meta fueron las recompensas ofrecidas y los datos suministrados por sus informantes. En Colombia caen muy pocos por seguimientos de inteligencia; lo hacen por la delación de alguien.

En 1994, la ciudad de Cali era fácilmente controlada con un esquema de seguridad nada complejo: redes de informantes, manejo de comunicaciones y amigos en puntos estratégicos. Era sencillo realizar labores de contrainteligencia y conocer anticipadamente hacia dónde se dirigían las autoridades.

A través de mensajes por la radio, la prensa y la televisión, las autoridades ofrecían jugosas recompensas por la localización de los jefes del cartel de Cali. En esos avisos anunciaban los números telefónicos a los cuales podían acudir quienes tuvieran información que condujera a su localización.

No obstante, mi padre y mi tío no se quedaron con los brazos cruzados. Organizaron un sofisticado sistema de contrainteligencia dirigido por el mayor en retiro Mario del Basto, que tenía numerosos hombres bajo su mando y lograban interceptar las líneas telefónicas de las autorida-

des. Con la información a la mano todos los días evaluaban el riesgo y la certeza de las llamadas y les preparaban un reporte a mi papá y a mi tío. Con base en esos informes tomaban decisiones en cuanto a sus desplazamientos o cambios de domicilio. Nadie más tenía acceso a los datos recopilados por Del Basto.

Era tal el grado de infiltración, que esos grupos especiales organizados por mi padre y mi tío iban siempre delante de las autoridades, es decir, sabían con antelación los sitios que allanarían, a quién y en qué momento. De esta manera se les avisaba oportunamente a los afectados, para que se ocultaran o escondieran los documentos claves para el cartel.

Algo que aún hoy no tiene explicación sucedió con el entonces contador personal de mi padre y mi tío, Guillermo Pallomari, quien se convertiría en ficha importante de la estructura financiera del cartel de Cali debido a sus amplios conocimientos en informática e ingeniería de sistemas.

Este chileno, que llegó a Colombia huyendo de la dictadura de Augusto Pinochet, se estableció en la ciudad de Cali. Ingresó a nuestra empresa Drogas La Rebaja a mediados de los años ochenta como director de sistemas.

Fue contratado por el gerente general, Alfonso Gil, para actualizar tecnológicamente el proceso financiero de una compañía que en ese momento crecía a pasos agigantados.

Pallomari era un hombre tranquilo y amable y era eficiente como alto ejecutivo de La Rebaja.

Yo comencé a tener contacto con él cuando mi tío me dio la orden de asistir a las juntas directivas de varias empresas para enterarme de cómo marchaban los negocios legales de la familia. La verdad es que siempre me llevé bien con ese hombre de apariencia bonachona.

Cuando comenzó la guerra con Pablo Escobar, fue necesario controlar las comunicaciones entre Cali y Medellín. Para adelantar esa tarea mi tío y mi padre compraron sistemas informáticos de última tecnología que detectaban las llamadas entrantes y salientes entre esas dos ciudades.

Se necesitaba de alguien de mucha confianza y conocimiento para que manejase tan delicada labor y no dudaron en poner allí a Pallomari. Esa tarea cambiaría para siempre su destino.

Dejé de ver a Pallomari en las juntas de las empresas y seis meses después coincidí con él en la casa de mi padre; nos saludamos y hablamos un rato mientras yo esperaba porque necesitaba hablar con mi papá.

En ese momento me dio la impresión de que estaba hablando con un hombre totalmente distinto al Pallomari que había conocido meses atrás. Se expresaba en otro tono y era como si estuviese con otra persona.

Me contó cómo realizaba el proceso para detectar a los sicarios y lugartenientes de Escobar. Por ejemplo, si una persona hacía varias llamadas en la semana a Medellín o viceversa, lo ponían en una lista de sospechosos e inmediatamente le interceptaban el teléfono para saber

con quién se comunicaba. Este sistema permitió dar con muchos sicarios enviados por Escobar para asesinar a gente del cartel de Cali.

También había sistematizado la contabilidad, tanto de los negocios legales como ilegales de mi padre y le dio un orden esquemático a la organización.

Siempre consideré eso un grave error porque les hicimos más fácil la labor a las autoridades, que tiempo después entenderían muy fácil cómo funcionaban los Rodríguez. Éramos una especie de “bandidos legales” que creíamos que nunca nos tocarián.

No obstante, Pallomari perdió el norte y empezó a creerse lo que no era, pero él era un bandido. Se nubló dentro de su ego y asumió roles que no le correspondían.

Gracias a su estupidez entregó toda la información de las cuentas de mi padre. Esto sucedió cuando el Bloque de Búsqueda, componente Ejército, allanó su oficina en el edificio Siglo XXI.

Mi padre le avisó a tiempo a Pallomari, pero nadie entendió, ni entiende hoy, por qué se quedó en el lugar con un maletín que contenía los documentos con todas las cuentas del cartel. La información decomisada daría origen a un proceso judicial en contra de una clase política que por años recibió millones de dólares de la mafia caletaña. Ahí nació el famoso proceso 8.000, que claramente fue utilizado como herramienta política por el entonces fiscal general Alfonso Valdivieso.

Pese al descubrimiento de los documentos con los sobornos, el intento de encontrar a mi padre y a mi tío fracasó nuevamente y ello forzó al general Serrano a cambiar, otra vez, de estrategia. Estados Unidos colaboró con más dinero y ello permitió aumentar el monto de la recompensa por la captura de los jefes del cartel de Cali. Por esa razón dejé de ver a mi padre por más de tres meses, hasta que un día su gente de confianza me abordó porque él necesitaba que lo viera con urgencia.

Cuando nos vimos me pidió entrevistarme con un abogado en Bogotá que le había planteado la posibilidad de lograr mediante una acción de tutela que se dejaran de transmitir en la televisión nacional los avisos de recompensa que incluían su foto. Según la teoría del abogado, se estaba violando un artículo de la Constitución Nacional de 1991 que se refiere a la protección del buen nombre.

En efecto —y como quienes teníamos derecho a presentar esa petición de amparo éramos mi abuela, por su condición de madre, o yo, por ser uno de sus hijos—, acepté el encargo y presenté el escrito ante un Juzgado Civil del Circuito de Bogotá, que falló favorablemente y ordenó suspender la transmisión por televisión de los avisos de recompensa.

El hecho de haber interpuesto la tutela provocó una investigación penal contra mi padre, a quien las autoridades escuchaban todo el tiempo gracias a sus avanza-

dos equipos de interceptación de llamadas; pero para frustración de los sabuesos, no podían ubicarlo. La realidad es que mi padre y mi tío utilizaban un sistema especial de encriptación que solo hasta el momento de su captura sería descubierto.

En alguna conversación telefónica y en forma imprudente, mi padre hizo referencia al supuesto compromiso que podía tener el funcionario judicial que había aceptado las razones de derecho planteadas en la acción de tutela. Sus palabras fueron entendidas como la confesión de un delito y por eso abrieron la investigación en su contra.

Aun cuando se logró un triunfo judicial que me convirtió en protagonista, tuve que asistir a la Fiscalía Delegada ante la Corte a desvirtuar mi participación en el presunto cohecho que nos endilgaban.

Entretanto, Jorge Salcedo —irónicamente, hijo de un general en retiro del Ejército—, quien estaba encargado de las comunicaciones del cartel de Cali, empezó a darse cuenta, como todo buen mercenario, de que el barco estaba a punto de naufragar y por eso ideó una estrategia maquiavélica para entregar a su jefe.

Este hombre había llegado a la organización gracias a su amistad con nuestro jefe de seguridad, el mayor Mario del Basto; se conocieron cuando Del Basto trabajó en Bogotá bajo las órdenes del entonces general Salcedo.

Una vez se retiró de las reservas del Ejército, Del Basto se lo recomendó a mi padre porque era experto en comunicaciones. Lo contrataron y fue encargado de manejar

las frecuencias de comunicación y los aparatos que se utilizaban para nuestra seguridad personal.

Aunque no tuve mucho contacto con Salcedo —porque cuando lo vi monitoreaba las comunicaciones de la seguridad de mi padre— y hablé pocas veces con él, siempre me generó desconfianza porque daba la sensación de que más que reservado, ocultaba algo.

Salcedo era el encargado de las comunicaciones del cartel y por lo tanto no tenía acceso a los anillos de seguridad y menos a la información que necesitaba para llevar a cabo su traicionera intención de entregarles a los gringos, y en bandeja de plata, a los jefes del cartel.

La verdad es que, pese al sospechoso decomiso en Costa Rica de dos bombas “papaya” que tenían por destino ser lanzadas contra Pablo Escobar, mi tío Gilberto mantuvo a Salcedo como jefe de comunicaciones por su conocimiento y experiencia.

Lo que mi tío y mi padre desconocían en ese momento era que Salcedo se había comprometido con los estadounidenses a entregar a los capos de Cali o a hacer lo que necesario para acabar con ellos, pero no tenía cómo.

La presión permanente de los agentes de la DEA lo puso contra la pared y por ello decidió darles un adelanto; traidor y entregó a su amigo, el encargado de la seguridad de mi padre, el mayor Mario del Basto, un hombre leal a la organización.

Salcedo supo que Del Basto iba a darles una charla de capacitación a sus hombres en una sede campestre

ubicada al sur de Cali y les avisó a sus contactos; la Policía montó un impresionante operativo que dio como resultado la captura de Del Basto y de los doce hombres que lo acompañaban. Ellos eran conocidos como “los doce apóstoles”, el último círculo de seguridad de mi padre.

Fueron acusados de formar parte de la estructura de seguridad de Miguel Rodríguez y posteriormente condenados por enriquecimiento ilícito. Esa fue una jugada maestra orquestada por los agentes de Estados Unidos, con la que demostraron que ellos eran los autores intelectuales de lo que estaba pasando en Colombia.

La detención de Del Basto fue un duro golpe a la estructura de seguridad de mi padre. Y Salcedo continuó en su empeño de entregar a los jefes del cartel.

Así, en cierta ocasión y por cuenta de una pelea con su esposa, mi padre decidió no ir a visitarla a un apartamento en el barrio Granada, al norte de Cali, donde se reunían cada vez que les era posible.

Salcedo sabía de esas reuniones y de esta en particular informó a su contacto en el nuevo Comando Especial Conjunto (CEC), un nuevo organismo, compuesto por oficiales del Ejército, la Policía, la Fuerza Aérea y la Armada. Pero la suerte acompañó a mi padre porque ese día solo envió el vehículo con algunos elementos de su propiedad. Los agentes del CEC esperaron el ingreso del automotor al inmueble y a la una de la madrugada iniciaron el allanamiento, que resultó fallido.

A partir de ese momento, mi padre tomó medidas extremas. Al darse cuenta de su vulnerabilidad se aisló por completo y redujo al mínimo sus desplazamientos. Mi tío Gilberto, en cambio, manejaba un esquema de seguridad totalmente diferente porque no permitía que nadie, solo tres de sus colaboradores, supiesen su ubicación. Es decir, ningún jefe de seguridad controlaba su protección; él lo hacía solo. También impuso una restricción consistente en que nadie iba a su casa. Creo que solo una vez lo visité en su residencia y varias veces nos encontramos en fincas a las afueras de la ciudad o en oficinas.

Irónicamente, él fue el primero en caer porque uno de sus secretarios particulares, Alfredo Madrid, “el Flaco”, cometió el grave error de traer desde su pueblo natal a un amigo de la infancia y lo llevó a vivir en su casa de Cali con la buena intención de ayudarlo a combatir su adicción a las drogas.

De manera imprudente, “el Flaco” comentó con su amigo algunos asuntos relacionados con su trabajo. Este sospechó quién podía ser el jefe e informó a la Policía para ganarse la recompensa. La inteligencia de la Policía siguió al secretario hasta su lugar de trabajo, la casa de mi tío, en el barrio Santa Mónica, al norte de Cali, muy cerca de la sede principal de Carvajal y Cía.

El sector era muy particular. Para acceder a las viviendas del barrio se subía por unas escaleras empinadas y solo había una vía de ingreso, lo que facilitaba la identificación de quienes no vivieran en el sector.

Para resolver el inconveniente, la Policía encargó a un grupo especial de mujeres oficiales que se dedicaran a hacer gimnasia en esa zona para seguir de cerca los pasos del “Flaco”. Varios días después lograron ubicar el inmueble al que se dirigía. Mi tío ya no tuvo escapatoria y fue capturado en la tarde del viernes 9 de junio de 1995.

El hecho de que la captura de Gilberto Rodríguez se hubiera producido gracias a la información proporcionada por otra persona, preocupó a Jorge Salcedo, quien no solo había incumplido los compromisos adquiridos con las agencias norteamericanas sino que le inquietaba no obtener la recompensa, que era en últimas lo que más le interesaba. Decidió entonces enfilar todas sus baterías hacia su objetivo y jugársela a fondo para desencadenar la captura de su jefe, Miguel Rodríguez.

En su desesperación por la intensa actividad de la Policía, mi padre convocó de nuevo a Salcedo a una reunión y le pidió su colaboración para evadir el hostigamiento y los allanamientos. Salcedo vio la oportunidad perfecta para reparar la resquebrajada confianza de mi padre y le brindó apoyo.

Habían pasado sólo unos días desde la captura de mi tío. Jorge Salcedo supo que mi padre se encontraba en una casa de Santa Mónica Residencial, un exclusivo sector del norte de Cali. Con la dirección exacta en mano —lo había dejado allí solo unos minutos antes—, envió a su esposa a llamar a los teléfonos del Comando Especial Conjunto.

Sin embargo, mi padre había contratado a otro hombre, conocido como “Pinchaíto”, que diariamente le hacía llegar los casetes que contenían grabaciones de las llamadas al Comando Especial Conjunto. Mi padre recibió la cinta que contenía la grabación de la llamada, realizada a la una de la tarde, en la cual alguien entregaba la dirección de la casa. Sin pensarlo dos veces ordenó desocuparla y huyó.

Los hombres del Comando Especial Conjunto llegaron a las dos y treinta de la tarde. Una vez más mi padre había logrado evadir a quienes intentaban capturarle, pero el interrogante de quién podría ser el informante quedó flotando en el ambiente.

Aún aturdido por el allanamiento, mi padre se trasladó a un apartamento en el barrio Santa Rita, al oeste de Cali, donde se escondió durante casi diez días. Salcedo conocía la zona, pero no sabía con certeza cuál edificio era, hasta que un día mi padre salió del edificio y para regresar cometió el error de pedirle a Salcedo que lo dejara en el parqueadero. Con la ubicación exacta, otra vez, Salcedo informó al Comando Especial Conjunto.

El nuevo operativo de allanamiento fue planeado contemplando, incluso, la participación del general Serrano, quien despistó a sus pilotos diciéndoles que salían para un operativo en la ciudad de Tuluá, en el Norte del Valle. Pero el general no contaba con que uno de sus hombres era informante de mi padre.

Cuando supo que Serrano iba para Tuluá, mi padre se tranquilizó. Por un momento, porque luego cayó en cuenta de que desde Tuluá podían llegarle a Cali. La conclusión resultó acertada porque los hombres del Comando Especial Conjunto se ubicaron en la Portada del Mar, la salida de Cali que conduce a Buenaventura, y desde allí se desplazaron caminando hasta el edificio Santa Rita, a casi un kilómetro de distancia.

El Comando Especial Conjunto se tomó el edificio a las cinco y treinta de la mañana. Enterado de la presencia de los uniformados, mi padre se escondió en una caleta, pequeña, pero perfecta. Los uniformados allanaron todos los pisos y en un apartamento de la segunda planta descubrieron al secretario de mi padre. Allí se concentró la búsqueda y el inmueble fue registrado centímetro a centímetro.

Entretanto, una vez enterados de lo que sucedía, Nicol y Darío —este último era el segundo al mando en el esquema de seguridad de mi padre— me informaron lo que estaba sucediendo. Decidimos trasladarnos a un lugar más próximo al allanamiento y nos ubicamos en una cafetería del barrio Centenario. Allí hice citar a Salcedo y de paso envíe a varios de nuestros guardaespaldas a vigilar un perímetro de cinco a diez cuadras. Necesitaba evaluar qué estaba sucediendo y qué podíamos hacer para ayudar a mi padre.

Era tanta la desesperación de los hombres del Comando Especial Conjunto que trajeron ingenieros para que

tomaran medidas y ubicaran la posible caleta dentro del apartamento de Santa Rita. En ese intento destrozaron las paredes con taladros y uno de los hombres que usaba una broca especial se hirió en una mano.

En los alrededores del edificio —ya casi eran las seis de la tarde— Darío me comentó las dudas que tenía sobre la lealtad de Salcedo, quien, preso de un pánico contenido, iba y venía al sitio donde estábamos reunidos. Esa actitud sospechosa, además de las reservas de Darío, hicieron que desconfiara aún más de Salcedo.

Por eso, cuando regresó nuevamente a la cafetería le comenté falsamente y en tono desprevenido que mi padre ya había salido y estaba en un lugar seguro. Minutos después, Salcedo le informó a su contacto lo que yo había comentado y el operativo fue suspendido inmediatamente. Mi padre se había salvado otra vez y de paso quienes estábamos reunidos en esa pequeña cafetería confirmamos quién era el traidor.

—¿Qué hacemos, patrón, lo echo en el baúl? —me preguntó Nicol.

Lo pensé por un momento pero dudé porque no tenía el hábito de decidir quién vive y quién muere. Creo que en esa milésima de segundo tomé la mejor decisión de mi vida.

—Tranquilo, mijo, que mi papá tomará la decisión de qué hacer con este hijueputa.

Ahora el problema de mi padre era cómo salir del edificio. Pero lo resolvió fácil: hizo ingresar hasta donde

él estaba a un sargento del Bloque de Búsqueda que le entregaba información, al que identificaba como “Martha”.

En un principio, el policía se ofreció a sacarlo en el baúl de su vehículo, pero la idea fue abortada porque todos los automotores que salían del edificio eran requisados por los uniformados. La única manera de escapar era traspasando una tapia de casi tres metros de altura que lindaba con la montaña. Bien entrada la madrugada y con la ayuda de “Martha” y dos personas más, mi padre superó la pared y caminó un par de horas entre la maleza hasta llegar a uno de los apartamentos de su esposa.

Ese mismo día le informé a mi padre por medio de Darío lo que habíamos deducido sobre Jorge Salcedo, pero no nos creyó; daba el argumento de que Salcedo era un hombre leal por los servicios que había prestado en la guerra contra el cartel de Medellín.

Con la confianza intacta por parte de su jefe, Salcedo llegó al apartamento donde se ocultaba mi padre y concretaron su traslado a otro inmueble en el edificio Hacienda Buenos Aires. Sería el último.

Transcurrieron ocho días y el Comando Especial Conjunto programó otro operativo, con la seguridad de que los informes de Salcedo eran veraces. Otra vez para despistar, el general Serrano inventó la celebración de un foro de policías en Cali. En esta ocasión la estrategia funcionó y finalmente, en la madrugada del 6 de agosto de 1995, se inició el operativo que condujo a la captura de mi padre.

Los campaneros que se encontraban fuera del edificio no se percataron de la presencia de los hombres del Comando Especial Conjunto, que llegaron caminando por una montaña situada hacia la parte trasera del edificio. Una vez en el inmueble, volaron la puerta para no darle tiempo a nada, pues sabían, por información de Salcedo, de la perfección de sus caletas.

Tras la explosión, mi padre agarró un maletín con la intención de esconderse en la caleta, pero su esposa se lo impidió, pensando que podrían ejecutarlo. Fue sometido en su cuarto. Ese mismo día lo llevaron a la cárcel La Picota, donde lo esperaba mi tío, quien llevaba casi dos meses en ese sitio de reclusión.

Fue un duro golpe, pero también fue un alivio para muchos de nosotros pues teníamos información de que las autoridades estaban perdiendo la paciencia y hablaban de la posibilidad de eliminar a mi padre. Fueron momentos de angustia y zozobra porque el barco quedaba sin timonel.

Al día siguiente, recibí una llamada de mi padre en la que me pidió viajar a Bogotá. Lo hice de inmediato y pude visitarlo aprovechando mi tarjeta profesional de abogado, que me permitía el ingreso diario a La Picota sin permiso del Inpec.

Fue un encuentro emotivo pero triste, porque, aunque sabía el peligro que corría, nunca imaginé que llegaría ese día. Discutimos muchos temas referentes a las empresas

y su dinero y acerca de cómo funcionaban las cosas, en quién debía confiar y cómo debía actuar.

Al final de la jornada me dijo:

—A lo mejor no estás preparado, hijo, pero ha llegado el día... tienes que asumirlo y ayudarme en esta lucha jurídica y política que debemos afrontar para tratar de salvar nuestra familia.

Ese día, como buen hijo, leal a su padre, asumí ese compromiso. Se iniciaba así una nueva etapa de mi vida.

La mayoría de los delincuentes —como ya lo dije— caen porque son delatados por personas como Jorge Salcedo, un personaje que hoy puede decir que el crimen sí paga. Este hombre se paseó por el Código Penal colombiano haciendo terrorismo y conspirando, y hasta confesó en un libro su complicidad en asesinatos. Al final recibió un millón y medio de dólares por entregar a su jefe y nunca pisó una prisión federal.

En la persecución sin cuartel a mi padre y a mi tío no falleció un solo policía, y en todos los allanamientos que antecedieron a la captura de ambos, no obstante los atropellos y las arbitrariedades, no se disparó un solo tiro, lo que demuestra que nuestra lucha siempre fue jurídica.

CAPÍTULO 9

US\$ 10 millones para la campaña

A mediados de junio de 1994, el entonces candidato presidencial Andrés Pastrana Arango recibió de manos de un importante oficial de la Policía los casetes que contenían varias conversaciones en las que mi padre y mi tío hablaban con el periodista Alberto, “el Loco” Giraldo, sobre el aporte de una millonaria suma de dinero en dólares a la campaña liberal de Ernesto Samper Pizano. La posterior revelación de las cintas habría de desatar uno de los mayores escándalos políticos en la historia de Colombia y dio inicio al llamado proceso 8.000, que aún hoy levanta ampollas en quienes fueron sus protagonistas.

Giraldo era un reconocido periodista y relacionista público experto en *lobby* político y militante conservador que gozaba de los afectos del expresidente Misael Pastrana Borrero, padre de Andrés Pastrana.

Mi padre y Giraldo se habían conocido a mediados de 1984, poco después de la captura de mi tío Gilberto en España; desde ese momento el periodista fue pilar fundamental en la estrategia de traer de vuelta a Colombia a mi tío dada su cercanía al Partido Conservador, en el poder con Belisario Betancur.

La captura de mi tío en territorio español obligó a mi padre a trasladar su residencia casi permanentemente a Bogotá y se instaló en la *suite* Colombia del Hotel Tequendama. Allí atendía a cuanto político, abogado o funcionario de la administración central que tuviera ideas o la manera de influir en el proceso de extradición de mi tío Gilberto a Colombia y no a Estados Unidos, como se pretendía.

En medio de esas circunstancias mi padre conoció al “Loco” Giraldo, cuya asesoría para que no extraditaran a mi tío al país del norte habría de ser fundamental. Por esa razón iniciaron una amistad que se consolidaría en el tiempo, al punto de que mi padre y mi tío le solicitaron que siguiera trabajando con ellos.

No obstante, los jefes del cartel de Cali ignoraban que, como consecuencia de su agitada vida social, Giraldo tenía problemas con el alcohol. Modelos, actrices, *jet set* criollo y parrandas estaban a la orden del día. Ese estilo de

vida lo llevó a cometer un error que marcaría el comienzo del fin del cartel de Cali, pues en las conversaciones interceptadas quedó al descubierto el poder corruptor de la organización mafiosa.

La Colombia de aquella mitad de los años noventa vivía un momento histórico propicio para que un personaje como el futuro candidato liberal Ernesto Samper Pizano, saliera a la palestra pública con propuestas modernas y novedosas. “El problema es transnacional”, “Los puentes de las relaciones están construidos”, dijo en varios escenarios públicos. Su discurso de avanzada y sin pelos en la lengua sobre algunos problemas del país, como el narcotráfico, llamó la atención de los jefes del cartel de Cali, que lo veían con admiración porque era audaz, pese a que la comunidad internacional estaba alerta ante el aumento del consumo de drogas y por las exorbitantes ganancias ilegales que afectaban las débiles economías de la región.

Además de la tarea que cumplía Alberto Giraldo, mi padre y mi tío encontraron que el político santandereano Eduardo Mestre Sarmiento era el puente ideal para acercarse al futuro candidato liberal. Él no solo era famoso por su conocimiento de la cuestión política sino también por su extraordinaria habilidad como negociador. Esa cercanía con el candidato Samper le permitía conocer su agenda en detalle. Al mismo tiempo, Mestre era amigo cercano de mi padre y de mi tío y en varias ocasiones hicieron negocios.

Tengo los mejores recuerdos de la actitud democrática del doctor Mestre en el Congreso de la República, defendiendo las causas que se le asignaban. Su solvencia era tal que incluso llegó a sonar como precandidato presidencial del liberalismo. Me aterra la manera como terminó su carrera política: traicionado por Samper, su jefe y amigo.

Con la idea de iniciar un plan de trabajo jurídico serio y comprometido con objetivos legales bien definidos, Mestre programó una reunión en Madrid, España, a la que asistieron emisarios de mi padre y de mi tío, Samper —entonces embajador en España—, el “Loco” Giraldo y Eduardo Mestre.

La petición fundamental de los “señores de Cali” era lograr su reinserción a la vida civil bajo la modalidad de prisión domiciliaria, así como la posibilidad de obtener rebaja de la pena.

A cambio, los Rodríguez y sus socios se comprometerían a liderar entre los narcotraficantes la iniciativa de reducir paulatinamente los embarques de droga, lo que llevaría, en un plazo corto, a acabar con el negocio; y quienes no se plegaran a esa propuesta serían juzgados con todo el rigor de la ley.

Los fines eran claros: acabar con el narcotráfico, por lo menos en Colombia, y qué mejor que como resultado de una política de Estado seria y coherente. Así, los asistentes a esa reunión en la capital española suscribieron el llamado Pacto de Recoletos, según el cual el casi seguro candidato liberal a la Presidencia se comprometía

a gestionar, si era electo jefe de Estado, una ley de sometimiento a la justicia con características similares a la de César Gaviria con Pablo Escobar y a la de Belisario Betancur con el M-19. Claro, para que la estrategia funcionara era primordial que el candidato Samper ganara la Presidencia y mi padre y mi tío se comprometieron a colaborar financieramente.

Aunque con diferencias de forma pero no de fondo, la estrategia esbozada en aquel entonces era parecida a la que el gobierno de Álvaro Uribe pretendió con las Autodefensas Unidas de Colombia en la Ley de Justicia y Paz: desmovilización, reinserción, confesión, compensación a las víctimas y una pena de prisión no mayor a ocho años.

El plan iba bien hasta que la irresponsabilidad del “Loco” Giraldo dio al traste con todo porque hizo llamadas que las autoridades grabaron. Y mi papá y mi tío, viejos zorros, le creyeron a Giraldo cuando les dijo que estaba hablando “desde un teléfono seguro”. Los investigadores de la Dijin que hallaron la pista de Giraldo no tardaron en descubrir que se comunicaba a diario con mi padre y con mi tío. La hecatombe estaba cerca.

En medio de este entramado apareció Santiago Medina, conocido no solo por ser un anticuario sino también por su *glamour*. Era amigo de mi tío Gilberto y de su esposa desde cuando estos tenían cabida en los principales clubes capitalinos en la mejor época de su prosperidad empresarial. Debido a esa relación negociaron muchas antigüedades y obras de arte.

Su vínculo se reactivó cuando Medina fue designado tesorero de la campaña presidencial de Samper. El anticuario se desplazaba a Cali cada vez que se requería cuadrar algún tipo de logística para el transporte del dinero que necesitaban en la campaña. El encargado de optimizar la recolección del dinero en Cali era un colaborador de mi padre que con el paso del tiempo se hizo muy cercano a los afectos de Medina.

Desafortunadamente y cuando se vivían momentos de gran ansiedad, mi padre y mi tío no supieron poner freno y recibieron una a una las llamadas de Giraldo. Nunca entendí cómo ellos, expertos en sistemas de comunicación imposibles de interceptar, no activaron los filtros que los hicieron inexpugnables en la guerra contra Escobar.

Lo peor es que el locuaz Giraldo describía con exactitud la estrategia de campaña, las necesidades financieras y la complicación que significaba la otra campaña, la de Andrés Pastrana, que empezaba a representar una amenaza real para Samper. Eventualmente se llegó a pensar en la posibilidad de, incluso, contribuir financieramente en la campaña conservadora.

Los comentarios del “Loco” Giraldo eran cada vez más desfasados, habida cuenta de que mi padre y mi tío habían puesto a su disposición un avión Comander bimotor, con tripulación las veinticuatro horas en el aeropuerto Eldorado de Bogotá, con el objetivo de que pudiera viajar a Cali las veces que fuera necesario para hablar sobre la

financiación de la campaña y de cómo iba la situación en cuanto al debate propiamente dicho.

El avión Comander fue utilizado para transportar al “Loco” Giraldo, al “Ovejo”—hombre de confianza de mi padre—y al anticuario Medina. Ellos eran los encargados de recibir el dinero en Cali y de distribuirlo en las diferentes sedes regionales de la campaña liberal, cada vez más urgida de liquidez porque la meta era ganar el 29 de mayo en la primera vuelta.

Pero no fue posible y Samper le ganó a Pastrana por escasos 19 mil votos. La segunda vuelta, según la ley, quedó programada para el 19 de junio siguiente.

Angustiado por las dificultades financieras que aquejaban su campaña, el candidato Samper les enviaba razones a sus amigos de Cali en las que reiteraba el compromiso que había adquirido con ellos en el Pacto de Recoletos.

Cuando recibieron los mensajes, alentadores para sus propósitos personales, mi padre y mi tío hicieron ingentes esfuerzos para reunir el dinero que se necesitaba para la campaña.

Valga la pena decir que el proyecto político de sometimiento que se pretendía lograr podía haber representado el fin del narcotráfico en Colombia, un problema que no era solo de mi tío y de mi padre. En otras palabras, el proyecto era bien intencionado. El objetivo de acabar con el narcotráfico en el país planteaba la hipótesis de que el negocio disminuiría en el mundo si se controlaban los

embarques desde Colombia y se obligaba a los narcotraficantes a entregar sus rutas.

No obstante, la estrategia de mi padre y mi tío no cayó bien en algunos sectores poderosos. A sus detractores les parecía una mala idea porque querían continuar en el negocio; y les parecía una pésima idea a quienes creían políticamente que la defensa de sus propios intereses estaba por encima de cualquier propuesta que implicara negociar.

Finalmente, Samper se impuso sobre Pastrana en la segunda vuelta con una diferencia cercana a 160 mil votos.

Siempre se ha dicho que el cartel aportó seis millones de dólares en la etapa final de la campaña, es decir, en la segunda vuelta. La realidad es que en la primera vuelta la financiación alcanzó los cuatro millones de dólares y en la segunda fue de seis millones de dólares. Diez millones de dólares en total.

La decisiva ayuda de mi padre y mi tío para que Samper ganara no tuvo origen en la idea de comprar un presidente; el asunto de fondo era llegar a un acuerdo para tratar de dar fin a uno de los azotes que sufría la sociedad colombiana.

Los intereses políticos se sobreponen a los jurídicos, según reza una máxima en Estados Unidos. Samper no renunció pese al enorme escándalo y a que prácticamente no gobernó por estar dedicado a defenderse. Los que sí resultaron castigados fueron el anticuario Medina, tesorero de la campaña, y Fernando Botero Zea, hijo del maestro

Fernando Botero, quien se desempeñó como secretario general de la campaña. Es inexplicable cómo el secretario y el tesorero de una campaña presidencial terminan condenados y el presidente, el beneficiado directo, terminó absuelto.

Ante la imposibilidad de tumbar al presidente elegido con dineros de la mafia, los estadounidenses cambiaron de estrategia y lo chantajearon sistemáticamente. Así, impusieron la agenda legislativa y no solo revivió la extradición sino que también fueron aprobadas nuevas normas de extinción de dominio, el lavado de activos fue catalogado como delito autónomo, el enriquecimiento ilícito fue tipificado de manera independiente.

Mientras tanto, durante los cuatro años del gobierno de Samper existió un correo permanente y directo con mi padre y con mi tío. El presidente los extorsionaba en forma permanente y les hacía saber que si llegaban a hablar de la financiación de la campaña los extraditaría en forma inmediata. La verdad es que por convicción mi tío y mi padre nunca hablaron de ese tema.

CAPÍTULO 10

Mi metamorfosis

Después de la captura de mi padre y de mi tío me vi forzado a asumir deberes y obligaciones que cambiarían mi vida para siempre. Hasta ese momento mi mundo giraba bajo los parámetros de mi papá, me desempeñaba como una persona común y corriente, alejada del oscuro mundo de lo ilegal, y cumplía su sueño de formarme como empresario y como profesional, pero lo más lejos posible de sus negocios.

Las turbulentas aguas que se movían a nuestro alrededor hicieron necesario que alguien pusiese el pecho en nombre de la familia. Por esa razón comenzaría un camino sin retorno que casi acaba con mi vida.

Ya varias veces en el pasado había buscado el reconocimiento y la aprobación de mi padre y esta era la oportunidad perfecta para demostrarle de qué estaba hecho, que por mis venas también corrían células suyas. De acuerdo con este supuesto, me convertí en su instrumento, en su emisario.

Sin saberlo, me esperaba una lucha sin cuartel. Con el paso de los días fui adquiriendo protagonismo porque debía coordinar la defensa de mi padre y al mismo tiempo hacerles frente a los proyectos de ley que debatiría el Congreso. Mi tarea consistía en evitar que las iniciativas legislativas afectaran los negocios y los intereses de la familia. Para cumplir el encargo en el Congreso conté con la ayuda de la senadora Martha Catalina Daniels y los representantes a la Cámara Jairo Chavarriaga y Carlos Oviedo Alfaro.

Durante ese período comencé a experimentar cambios drásticos en mi personalidad. Descubrí que el poder es un narcótico que va nublando la conciencia, que hace creer que el fin justifica los medios y hace olvidar los valores aprendidos en casa con tal de conseguir los resultados más beneficiosos.

Sufrí una gran metamorfosis. Dejé de ser una persona común y corriente y me convertí en una especie de superhombre que todo lo podía; asumí compromisos con mi padre que una persona que está en sus cabales nunca hubiese aceptado. Como he dicho, quería su reconocimiento y él necesitaba de alguien dispuesto a darlo todo

en la guerra jurídica que se avecinaba contra el imperio estadounidense, empeñado en impulsar drásticas leyes contra los bienes de la mafia y de paso llevarse a los capos para procesarlos en los duros e intransigentes tribunales del país del norte.

Una de las primeras misiones que me encomendó fue buscar un acercamiento con el Gobierno y clarificar su posición frente a los compromisos adquiridos en España respecto de una futura ley de sometimiento y rebaja de penas. El Pacto de Recoletos dio paso a la financiación de la campaña y de alguna manera mi padre buscaba que el nuevo Gobierno honrara su palabra. Además, quería que yo empezara a trabajar para quitarle dientes a una Ley sobre enriquecimiento ilícito que sería llevada al Congreso. Era claro que se trataba de una iniciativa peligrosa para la estabilidad jurídica de mi familia y de decenas de personas que aún tenían relaciones no santas con la mafia, o que las habían sostenido en el pasado.

Inicialmente, mi padre me puso en contacto con un político de Cartago conocido como “el Gordo”, amigo por muchos años de la casa Samper, quien en el pasado había realizado diligencias de alto nivel.

En la reunión que sostuvimos en Bogotá en los primeros días de septiembre de 1995, le expuse al “Gordo” nuestra necesidad de tener un acercamiento con el Gobierno para despejar los interrogantes de mi padre, pero no recibí respuesta alguna en los siguientes dos meses.

A finales de noviembre, recibí una llamada de nuestro intermediario. Dijo que tenía un mensaje importante y me citó de urgencia en un restaurante en el parque de la 93 en Bogotá. En tono pausado explicó que por petición del ministro del Interior, Horacio Serpa, debíamos visitar cuanto antes en su sitio de reclusión al exministro de Defensa Fernando Botero Zea para evitar que contara toda la verdad sobre la financiación de la campaña presidencial de 1994.

La idea era que convenciéramos a Botero de nuestro compromiso de luchar con todos los recursos posibles para impedir la aprobación en el Congreso de la Ley que regulaba el enriquecimiento ilícito y la extinción de dominio. Si el proyecto era aprobado, Botero sería el primer condenado.

Un mensajero de Botero me recogió en una Super tienda Olímpica del barrio El Chicó, al norte de la ciudad. Me acompañaba el representante a la Cámara Jairo Chavarriaga, quien al parecer tenía un interés ideológico en combatir las leyes —retrógradas, según él— que serían aprobadas en el Congreso; pero su interés era más bien material pues sabía que esas leyes serían aplicadas contra ellos, los congresistas, como sucedería tiempo después.

Chavarriaga era un congresista influyente en la Cámara de Representantes que podía convencer con su discurso a otros legisladores; la idea era hundir la iniciativa y con ello lográbamos el doble objetivo de beneficiarnos en

la familia y de paso demostrarle a Botero que teníamos suficiente artillería para dar la pelea.

Sin ningún tipo de requisas, al filo de la medianoche ingresamos a la Escuela de Caballería del Ejército en la calle 106 con carrera séptima. En el casino de oficiales nos esperaban Botero y Serpa, a quien era la primera vez que veía. En la reunión y luego de comentar la caótica situación política del país, Botero fue vehemente en su discurso y afirmó que no estaba dispuesto a aceptar que lo condenaran por enriquecimiento ilícito; agregó que le aterraba la posibilidad de que ese delito fuera aprobado por el Congreso como delito autónomo, una figura inexistente hasta ese momento en nuestra legislación.

El ministro del Interior intentó tranquilizarlo y explicó que el presidente estaba dispuesto a hacer todo lo posible para abortar las iniciativas; luego me pidió intervenir para que corroborara lo que él decía.

Tomé la palabra y le informé al exministro Botero cómo avanzaban las gestiones en el Congreso con la ayuda del Representante Chavarriaga y otros políticos amigos. Intenté transmitirle confianza sobre el buen suceso de nuestras gestiones y le pedí cordura. También le expliqué a Botero que no era conveniente para el país —por la inestabilidad política que se vendría encima y por el peligro que representaba no solo para mi padre y para mi tío la extradición por vía administrativa— que él soltará la lengua. Aproveché para advertirle que él mismo

sufriría las consecuencias porque él era protagonista de semejante escándalo.

Tras la franca conversación de esa noche, nos despedimos convencidos de que podíamos vencer en las votaciones que se avecinaban en el Congreso; Botero y yo creímos ilusamente en la palabra del ministro del Interior y en el compromiso del representante Chavarriaga.

Como era previsible, los debates en el Congreso fueron muy duros, y al final perdimos porque los medios de comunicación satanizaron la iniciativa y lograron asustar a muchos congresistas que estaban de nuestro lado; finalmente fue aprobado el proyecto de ley que tipificaba el enriquecimiento ilícito como delito autónomo.

Botero se sintió traicionado por su antiguo jefe y tras el revés en el Congreso me citó de nuevo por medio de Chavarriaga. Nos reunimos la noche del viernes 19 de enero de 1996 y en tono seguro me comunicó su decisión de contar toda la verdad de lo que ocurrió en la campaña, sin importarle lo que le sucediera a él ni lo que nos sucediera a nosotros. Botero era consciente de que su carrera política estaba acabada.

Le dije a Botero que respetaba su decisión, que aunque contar todo resultaría muy peligroso para la estabilidad del Gobierno, entendía su resentimiento hacia el presidente. Me insinuó que convenciera a mi padre para que respaldara su denuncia, que era lo mejor para el país; respondí que le haría saber su propuesta, pero

le aclaré que dudaba mucho de que mi papá o mi tío lo hiciesen.

Nos despedimos con un fuerte apretón de manos y nos deseamos lo mejor. Esa fue la última vez que vi al exministro Botero.

Al día siguiente muy temprano visité a mi padre y a mi tío para contarles mi charla con Botero. Reaccionaron con preocupación y enojo pues sabían que lo que estaba ocurriendo era muy grave para ellos porque en un momento de extrema gravedad el presidente podría extraditarlos.

Esos eran los riesgos que ellos enfrentaban todos los días, en una época de mucha turbulencia política.

Les di mi opinión: yo creía firmemente que era hora de pensar en un acercamiento con Estados Unidos y entregarles a Samper porque nuestra lucha ya no era jurídica y todo lo que intentáramos en el Congreso sería un esfuerzo perdido.

No obstante, mi padre y mi tío dijeron que eran hombres de palabra y que la mantendrían. La verdad es que en el fondo ellos pensaban que Samper cumpliría su compromiso.

Ese día salí de la cárcel La Picota pensando que esos dos señores habían perdido la objetividad y que estaban razonando con el deseo; pero qué podía yo hacer, era solo un soldado, eran ellos los que tomaban las decisiones. Aun así continué mi carrera sin retorno porque lo único que

me impulsaba era un anhelo inmenso de reconocimiento y poder.

En efecto, Botero cumplió su amenaza y el lunes 22 de enero de 1996 fue entrevistado por el periodista Yamid Amat, que abrió con bombos y platillos la emisión del noticiero CM& de las nueve y treinta de la noche.

En la charla, el exministro dijo que Samper sí sabía de la financiación del cartel de Cali a la campaña presidencial, pero cometió el error de decir que él —Botero— no estaba enterado. Habil como siempre, Samper aprovechó la oportunidad, demeritó el testimonio de su exministro y se atornilló en el cargo.

La tormenta que azotaba a la familia estaba lejos de terminar. Yo había asumido un rol protagonista en el mundo de la política y el bandidaje y me dediqué a resolver todo tipo de inconvenientes, debatiéndome entre la vida, la muerte y la cárcel. Después del difícil trance con Botero asistí a reuniones clandestinas con los nuevos amos del narcotráfico, en un intento por hacer valer nuestra posición. Recuerdo el encuentro que sostuve en las montañas de Córdoba con Carlos Castaño y los capos del Norte del Valle.

No puedo negar que me gustaba lo que hacía. Vivía en un estado tal de ansiedad que la adrenalina era el alimento que engrandecía mi iluso ego; por cuenta de eso me olvidé de aspectos trascendentales de la vida como María —mi esposa— y mi hermosa hija.

Durante esa etapa empecé a tener serios problemas en mi hogar. María recriminaba mi nueva forma de proceder. Su sexto sentido, que estaba por encima de mis impulsos, sabía muy bien que iba a terminar mal, por lo que reprochaba continuamente mis actitudes.

No había comparación entre el hombre normal del que se había enamorado en la universidad y esta nueva especie de monstruo que había perdido su rumbo. Pero me desesperaba con sus confrontaciones. Cuando se vive fuera de la realidad solo se escucha lo que se quiere oír. Sin medir las consecuencias, casi acabo con mi matrimonio porque llegué a pensar que no era nada comparado con el poder que supuestamente estaba alcanzando. Ignoraba que nadaba en las aguas peligrosas de la perdición.

Por aquel entonces conocí a una hermosa mujer, de profundos ojos azules; sus brazos me dieron refugio en momentos de soledad, sus palabras —siempre positivas— fueron claves en los momentos difíciles. Pero era un amor imposible por la significativa diferencia de edad entre los dos; creo que ha sido la única mujer que pudo en algún momento separarme de mi hogar. Hasta el día de hoy, todavía recuerdo con cariño a Paulina.

En mayo de 1996, las cosas se complicaron aún más. Fue el momento en que casi me asesina en Cali el comando enviado por el cartel del Norte del Valle. Estuvimos al borde del exterminio en manos de unos dementes sin principios ni valores. Ese atentado cambiaría mi vida para

siempre porque por fin comprendí que había cosas más importantes que el poder y el reconocimiento. Desafortunadamente solo lo entendí en ese instante, pero aprendí una dura lección que no olvidaré. Cada vez que me veo al espejo y observo mis cicatrices siento dolor por mí y por los amigos que perdí.

Las marcas que llevo no solo en mi cuerpo sino en mi alma por los amigos que perdí el día del atentado se los debo a los señores del cartel del Norte del Valle, liderados por el “hombre del overol”, Orlando Henao, un narco muy conocido en el bajo mundo pero no por la opinión pública.

Henao obtuvo protagonismo porque mi padre lo mencionó en clave en una conversación que le interceptaron con “Pacho” Herrera poco después del atentado contra mí en el restaurante el Rodizio. Mi papá habló del “hombre del Overol” porque su nombre, Orlando, empezaba por O. Fue una señal para que “Pacho” Herrera entendiese a quién se refería.

Solo la dedicación, el amor incondicional y la fortaleza que recibí de mi esposa en ese crítico momento me dieron las fuerzas necesarias para recuperarme y cambiar de actitud. Así pude salvar mi hogar y entendí que, al fin de cuentas, lo único que queda es el amor por las personas que siempre están a nuestro lado.

Viví quince meses creyendo que había alcanzado el cielo con las manos. Durante ese tiempo corrí peligro, corrompi voluntades y principios e intenté en vano pelear

una guerra que desde el inicio estaba perdida contra un gigante como los Estados Unidos.

El afán por dejar toda esa locura atrás me llevó en junio de 1996 a tomar la decisión, junto a mi esposa, de huir a Argentina. Pero cuando teníamos todo listo nos enteramos de otra noticia nefasta: fui acusado formalmente en una Corte del Estado de la Florida en un caso contra el cartel de Cali llamado Piedra Angular. Según las autoridades estadounidenses yo era el nuevo jefe del cartel de Cali. De nuevo, la sombra del agente especial Edward Kacerosky estaba encima de nosotros.

A raíz de esa noticia viví uno de los peores episodios de mi vida. Quería escapar pero no podía poner un pie fuera del territorio colombiano. En mi contra había sido expedida una circular roja de la Interpol. La orden de captura internacional era de aplicación inmediata y si salía del país sería capturado y puesto a disposición de Estados Unidos.

Entre tanto, yo avanzaba en el largo proceso de recuperación de las heridas que recibí en el atentado de mayo de 1996. Aun así, durante ese tiempo intentaba lograr un acuerdo de no agresión entre los “señores de Cali” y los del Norte del Valle. Por fortuna se solucionaron los malentendidos creados por el capo Efraín Hernández, “don Efra”, con los que pretendió convertirse en el número uno del narcotráfico. Su enorme egolatría lo llevó a asegurarles a sus socios que mi padre y mi tío eran los autores de los anónimos que por aquellos días llegaban a

la Fiscalía denunciando los delitos que cometían los jefes del Norte del Valle.

Finalmente, las cosas se solucionaron luego de varias reuniones en la cárcel La Picota de Bogotá, entre Orlando Henao, mi padre y mi tío. En una de esas tertulias mi padre planteó la necesidad de enfrentar una nueva ley de dominio que cursaría en el Congreso en el segundo semestre de 1996 y que de ser aprobada les haría mucho daño a los narcotraficantes. El consenso llegó rápido: los del cartel del Norte del Valle se comprometían a recolectar el dinero necesario y nosotros nos encargaríamos de la parte legal del proyecto.

¿Quién lideraría el hundimiento de la iniciativa, que incluía un cuidadoso manejo político en Senado y Cámara? Los señores del cartel del Norte del Valle aseguraron que yo era la persona indicada para realizar esa tarea. En un principio, mi padre se opuso pero, ante la insistencia de los nuevos padrinos, tuvo que acceder y fui citado a una reunión cumbre en La Picota.

Mi tío tomó la palabra para darme las razones por las que debía ayudarles en esta misión. Estaba en juego la estabilidad económica de la familia y, sobre todo, su palabra ante los señores del cartel del Norte del Valle.

Al principio dije que no. No me sentía con la capacidad psíquica para dar lo mejor de mí, y mucho menos para hacer alianzas con personas que no cumplían su palabra y que además habían atentado contra mi vida. Mi padre me recomendó que lo pensara. Si les mostra-

ba resentimiento a esos personajes estaría poniendo en peligro no solo mi vida sino también la de toda la familia; teníamos que ser inteligentes. Más adelante les cobraríamos las cuentas pendientes. Cuando menos lo esperaran.

Luego de meditar las palabras de mi padre, concluí que tenía razón. Estaba atrapado en una red, sin escapatoria; en eso se había convertido mi vida. Acepté dar la pelea en una causa que sabía que íbamos a perder, y lo hice por respeto y lealtad a mi padre.

En medio de la lucha jurídica que dábamos en el Congreso de la República para que la ley de extinción de dominio no fuera aprobada, en el *lobby* del hotel Tequendama de Bogotá me reuní con Fabio Ochoa Vásquez, el menor del clan Ochoa, líderes del extinto cartel de Medellín. Le expliqué la importancia de aliarnos y combatir el proyecto de ley que dejaría secuelas muy profundas en nuestro patrimonio, pues por medio de él expropiarían con retroactividad todos nuestros bienes.

Creo que Fabio no entendió mi explicación de los detalles jurídicos de la ley ni comprendió el alcance que podía tener dentro del ordenamiento jurídico. Como muchos personajes del mundo del narcotráfico, pensaba que eran leyes pensadas para atacar únicamente la estructura del cartel de Cali. Luego sufrirían en carne propia los alcances de esos proyectos, apoyados por debajo de la mesa por Estados Unidos, pues golpeaban a las organizaciones del narcotráfico donde más les dolía: el bolsillo.

Ochoa ofreció apoyarnos con escasos cincuenta mil dólares. Según nuestras cuentas, garantizar la votación que nos favoreciera podría costar cerca de un millón. Entonces le dije a Ochoa que le daría una respuesta una vez hablara con mi padre y con mi tío, pero yo sabía que esa cantidad era irrisoria y que mi padre se disgustaría porque el ofrecimiento era insignificante.

A finales de año, cuando la ley de extinción de dominio estaba a punto de ser aprobada, Chavarriaga y yo llegamos a la conclusión de que solo teníamos dos posibilidades para ganar el debate y hundir la iniciativa en la plenaria de la Cámara de Representantes. La primera opción era hablar con el ministro del Interior —que siempre nos derrotaba en el Congreso con su “vibrato” y oratoria efectista— y convencerlo de que no se presentara ese día en la plenaria; la otra era tener a favor al ponente de dicho proyecto, Jorge Tadeo Lozano, un congresista afrodescendiente del Chocó, a quien le dimos cien mil dólares para que en su ponencia planteara por lo menos la aplicación no retroactiva de la ley. Cumplió al pie de la letra.

Chavarriaga y yo nos reunimos con Serpa en el apartamento del viceministro del interior, pocos días antes de la votación de la plenaria de la Cámara. Luego de una larga conversación lo convencimos de que no asistiera. Le expuse nuestra tesis según la cual la ley de extinción no podía ser retroactiva porque además el articulado tenía alcances penales aunque la quisiesen disfrazar de admi-

nistrativa. Al final, y para asegurarme de que no habíamos perdido el tiempo, traje a colación nuestra ayuda en la absolución del presidente de la República en la Cámara de Representantes en julio anterior. Les dije que personalmente me reuní con el representante Heyne Mogollón, investigador del presidente, y le di cincuenta mil dólares para asegurar su voto absitorio; igualmente, repartí dádivas económicas a otros representantes.

Así, el ministro del Interior viajó a Barrancabermeja el día de la votación para asistir a un homenaje que le ofrecían allí. Recuerdo que esa noche los noticieros de televisión se preguntaban: “¿Y dónde está el ministro del Interior?”.

Durante esos días realicé varias reuniones con congresistas en diferentes lugares. Casi siempre utilizaba los restaurantes Las Acacias o apartamentos de algunos congresistas, que me los facilitaban para hablar de mis argumentos legales contra la famosa ley.

Al mismo tiempo diseñé un plan de incentivos según la importancia y la capacidad de influencia de cada legislador. Igualmente evaluaba la habilidad oratoria para defender nuestros intereses en la Comisión Primera o en la plenaria. A quien solo votaba, le daba cinco mil dólares; si uno de ellos conseguía más votos, le daba quince mil y si era un destacado orador, cincuenta mil dólares. Fue así más o menos como pude dar una buena pelea y ganarle una batalla al imperio y al Gobierno. Pero estaba lejos de ganar la guerra.

Dimos una gran lucha por nuestro futuro económico y el de nuestras familias. En la Cámara de Representantes empatamos la disputa luego del resultado adverso en el Senado, donde perdimos la votación por mayoría. Todo lo anterior me significó un esfuerzo titánico y ello implicaba un peligro por los compromisos adquiridos por mis parientes con nuestros aliados del Norte del Valle, que nos dejaron solos sin cumplir con lo pactado.

Como se sabe, cuando existe desacuerdo entre el Senado y la Cámara en lo concerniente a una ley es necesario conformar una comisión de conciliación para resolver las diferencias. Una vez integrada la comisión compuesta por quince congresistas notamos con optimismo que teníamos la mayoría.

Desafortunadamente los señores del Norte del Valle no entendieron lo que estaba pasando y no entregaron el dinero. Su contacto, Valero, un abogado de Cali que trabajaba para Víctor, el leguleyo encargado de repartir el dinero, no apareció con la parte que les correspondía para garantizar los votos. Nosotros afrontábamos serios problemas de liquidez y no tuvimos cómo reaccionar. Perdimos porque el Gobierno, presionado por los medios de comunicación y los estadounidenses, manipularon la opinión de los integrantes de la comisión de conciliación. El resultado fue catorce a favor y uno en contra, y la retroactividad de la ley fue aprobada. Ahí perdimos todo nuestro futuro económico y gran parte de esta guerra jurídica.

Triste y derrotado, en un hotel de Bogotá comprendí que no había nada qué hacer, que nuestra suerte estaba echada, que nuestra pelea jurídica era pírrica al lado de la estrategia política liderada por el imperio y la clase dominante del país para sacarnos del medio. Tenía razón un gran amigo mío, militante del M-19, quien me decía que no botáramos más dinero en leyes y procesos jurídicos.

Durante ese tiempo, muchos políticos pasaron por mi mano y hasta tuve la osadía de ingresar al edificio del Congreso con un maletín con varios miles de dólares para garantizar las votaciones que nos favorecieran.

Atacados por todos los flancos, nuestra única esperanza eran los actos políticos o los actos de violencia. Nuestra formación jurídica siempre nos llevó a dar la pelea en el ámbito legal, y por eso al final perdimos; pero esa era nuestra filosofía de vida, y nunca la traicionaríamos.

CAPÍTULO 11

Los “bandidos legales”

Como ya señalé en otro aparte de este libro, José “Chepe” Santacruz inició a mi padre y a mi tío en el mundo del narcotráfico. Aparte de una sociedad, los unió una relación basada fundamentalmente en la lealtad. Hubo varias tormentas en esa amistad, como cuando él huyó de la cárcel La Picota de Bogotá con la aprobación de mi padre.

“Chepe” era el típico bohemio de los años sesenta. Además de su calidez, alegría y espontaneidad, era leal con sus amigos e implacable con sus enemigos. Hélmer “Pacho” Herrera también le tenía afecto pues valoraba su forma de ser. No obstante, mi tío Gilberto siempre lo vio con recelo porque tomaba decisiones independientes y

por ello lo consideraba una rueda suelta que podía afectar el bienestar y el futuro del grupo.

Le gustaba vestir informalmente y comer en buenos sitios. Un buen día, el 4 de julio de 1995, fue capturado por los famosos yupis de la Policía —un grupo especial de investigadores que solo le reportaba al general Serrano—, que lo hallaron en el restaurante Carbón de Palo en el norte de Bogotá.

Mi tío Gilberto, quien había sido detenido tres semanas atrás, estaba recluido en el pabellón B de máxima seguridad de la cárcel La Picota y hasta allí fue llevado “Chepe”. Habían caído dos de los jefes del cartel de Cali y quedaban por fuera mi padre y “Pacho” Herrera.

Semanas después, el 8 de agosto, cuando mi padre fue capturado y llevado también a ese lugar, empecé a visitar La Picota y supe, por lo que se comentaba, que “Chepe” era un pésimo prisionero. Se quejaba de lo que consideraba no solo una mala jugada del destino, sino también de la traición de la clase dirigente del país.

El Estado, el mismo que hoy le daba la espalda, por más de veinte años aceptó y participó en negocios en los que siempre estuvieron presentes los “señores de Cali”, a los que se reconoció como hombres de empresa, serios, y sobre todo respetuosos de la institucionalidad.

“Chepe” tenía como consigna que, mientras estuviera vivo, nunca renunciaría a su forma de vida, y lo cumplió incluso en prisión. Decía que para mantener el control de su entorno y el respeto de los demás, no solo entre

los bandidos sino también en el mismo Estado, no podía renunciar a su estatus ni al dinero.

Mi padre y mi tío, en cambio, querían alejarse del negocio y creyeron ilusamente que las autoridades colombianas y estadounidenses les perdonarían sus pecados y reconocerían su ayuda en la caída de Pablo Escobar. Llegaron a convencerse de que lograrían lo imposible: influir en la política de Washington. Craso error porque los dueños del poder les cobrarián con creces su protagonismo.

Es que todo confabulaba contra los otros poderosos capos de la mafia. Una vez asumió el poder, Ernesto Samper se vio obligado a declararse enemigo del narcotráfico y empezó a tramitar varios proyectos de ley que nos quitaban el sueño.

"Chepe", por su lado, tenía la certeza de que tarde o temprano sería restablecida la extradición y que ellos serían los primeros. El tiempo le dio la razón y hoy mi padre y mi tío están presos en una cárcel de Estados Unidos, sin posibilidad alguna de regreso.

Una vez fue detenido, "Chepe" delegó en sus colaboradores inmediatos la ejecución de un sinnúmero de tareas. Pero muy pronto empezó a perder el poder y el respeto del que gozaba en libertad, pues ya no solo estaba en prisión sino que en la calle había fuerzas muy poderosas interesadas en llenar el vacío generado por su ausencia.

Un episodio que demuestra este proceso de deterioro ocurrió con un personaje del bajo mundo conocido como

“Capulina”, un sicario que se enriqueció a la par con el auge del narcotráfico y hacía ostentación de su dinero con todo tipo de excesos. Durante una cabalgata en el cercano municipio de Jamundí, “Capulina” sostuvo una riña con un familiar cercano al “Sejo”, el principal lugarteniente de “Chepe”.

“Capulina” se enteró tardíamente de que la persona con la que había cruzado fuertes palabras y amenazas era pariente del hombre de confianza de “Chepe”. Fue tanta su preocupación que recurrió a Orlando Henao para que intercediera ante mi padre y mi tío con el fin de que estos a su vez le pidieran a “Chepe” suspender cualquier tipo de retaliación.

Orlando Henao, “el Sejo” y “Capulina” se reunieron con mi padre, mi tío y “Chepe” en el pabellón B de La Picota. Luego de almorzar, “Capulina”, consciente del error que había cometido, ofreció disculpas y “Chepe” las aceptó, pero “el Sejo” no se quedó con esa afrenta y dio la orden de ejecutar a “Capulina”.

El conflicto generó roces entre los dos carteles, pero “Chepe”, seguro de su poder, respaldó al “Sejo”. Grave error. Los jefes del cartel del Norte del Valle, a quienes había acudido “Capulina” en su calidad de sicario de su organización, lo tomaron como un desafío y por ello inició un conflicto que no solo desencadenaría la ejecución de “Capulina”, sino que por largo tiempo nos pondría a todos en serios aprietos.

Durante esa época y hasta su muerte en febrero de 2002, Iván Urdinola Grajales fue quien tendió puentes de conciliación entre los dos carteles. Por cuenta de sus gestiones no fue difícil resolver los inconvenientes que surgían a cada rato por cuenta de que los capos del norte se movían con facilidad, en contraste con mi padre y mi tío, que estaban encerrados.

Con todo, una vez capturados, mi padre y mi tío decidieron alejarse de cualquier actividad ilegal y convertirse en una especie de "bandidos legales", como los llamé yo en alguna oportunidad. Si bien era cierto que se hicieron muy poderosos durante la guerra contra Pablo Escobar, ahora no solo afrontaban una atroz persecución del Estado sino que también sus familias y sus empresas estaban en serio peligro porque en la calle tenían muchos enemigos ocultos.

Por estas razones, mi tío Gilberto nunca estuvo de acuerdo con la forma de proceder de "Chepe" y, hasta su fuga, le recriminó permanentemente por la muerte de "Capulina". Mi padre y mi tío habían empeñado su palabra con Orlando Henao y en vez de ordenar su asesinato bien pudo haber utilizado los buenos oficios de Iván Urdinola. Nadie le creyó que había sido una decisión que "el Sejo" había tomado por su cuenta y riesgo.

En el colegio Santa Librada de Cali, mi padre se distinguió por ser un virtuoso de la caligrafía y el dibujo, aficiones que aún cultiva y que aprovechó una vez lo

detuvo la policía. Con la colaboración de un bachiller que realizaba su periodo de alfabetización en La Picota, logró reconstruir a escala la distribución del penal, los cubículos, los pasillos, la mampostería y la vigilancia electrónica. En otras palabras, hizo un mapa muy completo de la prisión pues pensaba en una eventual fuga si la Corte y el Gobierno daban vía libre a su extradición. Pero, sin medir las consecuencias, mi padre compartió con “Chepe” su dedicado y minucioso trabajo y este, sin pedir autorización, sacó una copia y aprovechó para planificar su propia fuga.

Por aquella época y para enfrentar el terrorismo de Pablo Escobar, fueron creados los jueces sin rostro, unos seres de otro mundo que en nuestro caso ingresaban al pabellón de máxima seguridad de La Picota en vehículos blindados, totalmente polarizados. Nadie los podía ver. Ni siquiera los funcionarios del Inpec encargados de vigilar las cárceles, que se limitaban a constatar sus identificaciones.

En la facilidad que tenían los jueces sin rostro para ingresar y salir de las cárceles se inspiró “Chepe” para concebir su escape de la prisión. Por eso citó al “Sejo” y le ordenó seguir los vehículos de la Fiscalía que ingresaban al pabellón de máxima seguridad y establecer su rutina diaria. El siguiente paso fue conseguir un vehículo idéntico, que harían pasar como de la Fiscalía.

El campero blindado polarizado gemelo ingresó a la cárcel sin que lo requisaran en los retenes de entrada.

En realidad, los personajes sin rostro que viajaban en su interior eran “el Sejo” y su asistente, que llevaban copia de los dibujos hechos por mi padre y las herramientas necesarias para ejecutar el audaz plan.

Eran cerca de las dos de la tarde del jueves 11 de enero de 1996 y, como de costumbre, estaba por terminar el concurrido almuerzo al que asistían abogados, familiares y amigos de los internos más famosos del país.

“Chepe” se acercó a la mesa donde se encontraban mi padre y mi tío y se despidió jocosamente diciéndoles que se iba del todo, que un guardián lo había llamado porque lo requería un juez sin rostro para una diligencia judicial. Los contertulios del momento reaccionaron con una sonora carcajada. Fue la última vez que lo vieron con vida porque siete semanas después habría de morir en Medellín.

Ya en el interior del penal, los hombres de “Chepe” desmontaron la estructura del cubículo con las herramientas que traían en la camioneta clonada. “Chepe” atravesó el cristal polarizado con la ayuda de sus colaboradores, dado que era de contextura obesa. Una vez reinstalaron el vidrio, y sin que se notara, huyeron del lugar con la inmunidad que les daba la suplantación de un fiscal sin rostro.

A las cuatro de la tarde, el capitán a cargo del conteo y verificación que se hace todos los días palideció cuando notó que por ningún lado en el pabellón aparecía José Santacruz Londoño. El funcionario Indagó con sus compañeros y le informaron que alrededor de las dos de la tarde

“Chepe” había sido llamado para atender una diligencia judicial con un fiscal sin rostro.

El capitán se trasladó presuroso a los cubículos y una vez constató que no había nadie prendió las alarmas. Lo primero que hicieron fue encerrar bajo estrictas medidas de seguridad a todos los reclusos, incluidos mi padre y mi tío, quienes vivieron momentos difíciles y llegaron a temer por su extradición.

La Policía Nacional tomó el control del pabellón y la guardia de turno perteneciente al Inpec fue destituida e investigada por los organismos de control.

Después de estar ocho días escondido en Bogotá, “Chepe” viajó a Medellín con la intención de neutralizar la decisión del cartel del Norte del Valle de acabar con lo que quedaba del cartel de Cali. Para lograrlo, decidió reunirse con el jefe paramilitar Carlos Castaño, un antiguo aliado en la guerra contra Pablo Escobar.

Pero Castaño ya tenía fuertes vínculos con los jefes del cartel del Norte del Valle porque habían comenzado a financiar su guerra contra la guerrilla. Para conversar ampliamente sobre diversos temas, Castaño le propuso a “Chepe” una reunión en una finca cercana a la vía de Las Palmas, en Medellín, a la que era indispensable que también asistiera “Pacho” Herrera.

“Pacho” siempre dudó de la lealtad de Castaño, pues lo consideraba un mercenario. Su amigo, decía “Pacho”, había sido Fidel Castaño, fundador de las AUC, quien en su momento jugó un papel clave en el desmantelamiento

del cartel de Medellín. Fidel murió después a manos de su propio hermano Carlos, que a su vez asumió el liderazgo de los paramilitares.

Desconfiado, "Pacho" tomó la decisión correcta y no asistió al encuentro y en su lugar envió a una persona de confianza y quedó a la espera de cualquier eventualidad, no sin antes cambiar su lugar de residencia.

Cuando "Chepe" llegó a la reunión se encontró con el hecho inusual de que Castaño estaba acompañado por una veintena de hombres armados. Muy tarde se percató de la presencia allí de Orlando Henao y de Efraín Hernández, "don Efra"; solo en ese momento se dio cuenta de que había sido traicionado por Castaño.

"Chepe" y el enviado de "Pacho" Herrera fueron torturados para sacarles la información necesaria que los llevaba al sitio donde estaba escondido el último capo que quedaba libre del cartel de Cali. El macabro plan consistía en asesinar a "Chepe" a "Pacho" y presentarlos como muertos en un choque armado con la policía.

Tras la muerte de "Chepe" por fin quedaron al descubierto nuestros verdaderos enemigos y desde entonces comenzó una época muy difícil para mi familia. Cualquier mentira era explotada con perversa intención por el cartel del Norte del Valle para justificar nuestro exterminio.

En medio de ese estado de cosas los nuevos amos del negocio propusieron organizar una reunión a la que debían asistir representantes de la familia Rodríguez para responder por los cuestionamientos que se nos hacían.

Mi primo Humberto y yo recibimos el encargo de asistir a la convocatoria.

El encuentro quedó programado para mediados de marzo de 1996 con la presencia de Carlos Castaño y sus nuevos aliados. En el avión en que viajabábamos a Montería nos encontramos con “don Efra”, quien nos saludó cordialmente.

Una vez en Montería, mi primo Humberto y yo nos hospedamos en un hotel de la plaza principal, donde permanecimos un par de horas hasta cuando nos recogió un hombre joven con presencia de militar activo que conducía hábilmente una camioneta por las carreteras rurales que se dirigían al Nudo del Paramillo; casi una hora y media duró el viaje hasta que llegamos al sitio donde nos esperaban.

Era una finca agradable con dos casas y un quiosco, vigiladas por un centenar de hombres armados de fusiles que portaban brazaletes de las AUC. Estos obedecían respetuosamente las órdenes de su comandante, Carlos Castaño, quien había convocado a ese encuentro y que al final sería garante de sus resultados.

Castaño nos recibió con cordialidad y nos invitó a seguir al quiosco para iniciar el encuentro, en el que además participaban no menos de veinte hombres que en realidad eran los más importantes capos del narcotráfico, entre los que se encontraban Orlando Henao y “don Efra”.

Castaño comenzó el encuentro con un breve saludo y sin más preámbulo justificó la muerte de “Chepe”

Santacruz con el argumento de que tenía mil pruebas de que él y nosotros éramos colaboradores de la guerrilla y queríamos entregarlo. Esos, dijo, eran motivos suficientes para ejecutarlo.

Posteriormente tomó la palabra “don Efra”, quien afirmó que mi padre y mi tío eran unos sapos que constantemente enviaban anónimos a la Fiscalía con informes sobre la localización de cargamentos de cocaína y los lugares donde los capos del Norte del Valle ocultaban su dinero. A continuación, Orlando Henao reafirmó lo que había dicho “don Efra” y agregó más datos para dar como un hecho nuestras supuestas delaciones.

Luego de escuchar semejante rosario de acusaciones y cuando Castaño me dio la palabra, dediqué largo tiempo a refutar uno a uno los puntos señalados por Castaño, Henao y “don Efra” y les hice un llamado a la cordura.

Les dije que no pretendieran tapar el sol con un dedo y se dieran cuenta de que, si su actividad permanente era el narcotráfico, mal hacían en culpar a una sola persona o a un pequeño grupo de sus descalabros, pérdidas y problemas judiciales.

Les recordé cómo en varias oportunidades no solo mi padre sino también mi tío —en un gesto de “solidaridad empresarial”, si así puede llamarse— les informaron a tiempo sobre la presencia en sus organizaciones de personas que sí los estaban delatando.

De igual manera le recordé a Castaño que más de una vez él se había desplazado solo hasta Cali a reunirse con mi

padre y mi tío, en plena guerra con Pablo Escobar, y nunca tuvo un solo problema de seguridad. Cómo iban a decir ahora que los íbamos a entregar a la guerrilla. Era absurdo.

Una vez planté mis argumentos, Castaño tomó la palabra ante un auditorio que permaneció inmutable. Sentenció que en adelante mi primo y yo responderíamos por la familia si ocurría un solo caso comprobado de delación o colaboración que pudiera afectar directa o indirectamente los negocios de los jefes del cartel del Norte del Valle.

Era claro que a partir de este momento la enemistad quedaba planteada. La muerte de “Chepe” y la perversa estrategia de “don Efra” eran el combustible que alimentaría los hechos que más adelante se presentaron.

“Chepe” fue un visionario de lo que debía hacerse y al final no se hizo. Al fin y al cabo, prefirió una tumba en Colombia que una triste celda en Estados Unidos.

Pasados dos meses de la accidentada reunión de Córdoba con Castaño y los capos del Norte del Valle se produjo el atentado en mi contra. Desde entonces las cosas ya no serían iguales. Un nuevo cartel habría de ocupar el espacio que por cerca de veinte años fue exclusivo de los todopoderosos señores del cartel de Cali.

Una nueva casta de mafiosos se apoderó del suroccidente del país. Mi padre y mi tío quedaron en el camino, sin poder cumplir su sueño de sanear sus fortunas a como diera lugar, por todos los medios jurídicos y económicos. Estaban dispuestos a pagar penas cortas en casa y

seguir trabajando en sus empresas. No obstante, mientras recorrían ese camino cometieron muchos errores. No aprovecharon la oportunidad para negociar, entregar se y purgar las mismas penas que pagaron los Ochoa, que resultaron ser los verdaderos maestros del ajedrez porque adoptaron un estilo de vida discreto. Ellos lograron recuperar su vida, salvo Fabio, que terminó extraditado a Estados Unidos.

Luego de sobrevivir, vendría para la familia y para mí en particular una época muy complicada. La recomposición de fuerzas posterior a la muerte de Pablo Escobar no fue favorable.

Por el contrario, el cartel del Norte del Valle no solo tenía como jefes a unos sujetos desalmados sino que pusieron de su lado a Carlos Castaño, quien manejaba las autodefensas, y a Danilo González, quien controlaba buena parte de la Policía. Con ellos negociamos un pacto de no agresión luego del atentado, pero a partir de ese momento mi vida siempre estuvo en peligro.

CAPÍTULO 12

En la mira de Estados Unidos

Cuando desperté de la cirugía después del atentado en el que recibí ocho impactos de bala, mi primer recuerdo es que María, mi esposa, estaba a mi lado. Apenas abrí los ojos le pregunté por mi escolta y conductor Fernando Parra, y con voz trémula me dijo que hacía un par de horas había fallecido en el quirófano.

Pedía bendiciones por el alma de Fernando cuando María me pasó el teléfono. Era mi padre desde la cárcel, que llamaba para conocer mi estado de salud y averiguar cómo habían sucedido los hechos en el restaurante el Rodizio. Le respondí con evasivas. Según mi criterio, lo importante era que estaba con vida, y me parecía prudente, antes que nada, pensar en la tranquilidad y seguridad de mi familia.

Me interrogó insistentemente sobre los móviles del feroz ataque, pero yo era consciente de que no solo nos escuchaban los organismos de seguridad, sino también nuestros enemigos. Por eso le pedí que tuviera paciencia.

Los dos meses que siguieron a mi recuperación, tanto en la clínica como en mi residencia, fueron de una constante y permanente angustia por el despliegue de seguridad que requería a mi alrededor y por el momento de convulsión que se vivía por aquellos días.

Tras la captura de mi padre y mi tío, se produjeron fuertes movimientos internos en el seno del cartel de Cali, pero también en el naciente cartel del Norte del Valle. Por eso debí asistir a reuniones en distintas ciudades del país y hasta en la misma cárcel La Picota de Bogotá, con enviados de uno y otro lado, incluido Orlando Henao, quien buscó conciliar y apaciguar los ánimos, caldeados por los chismes que “don Efra” y Wilber Varela, alias “Jabón”, inventaban contra nuestra familia.

Henao y “don Efra” eran los nuevos amos del mundo del narcotráfico porque no solo controlaban el negocio sino también a la Policía a través de su amigo y socio, el coronel Danilo González. Además, tenían en el bolsillo al mercenario y jefe de las AUC, Carlos Castaño.

Con semejante poder, nunca pude entender por qué estos hombres del mundo mafioso se desgastaban en trivialidades al querer demostrar quién era el más grande. Incluso llegaron a hacerles el juego a las autoridades, sus enemigos naturales.

Siempre traté de convencerlos de que la lucha debía estar enfocada hacia otro lado y no contra nosotros, y así se los hice ver en reuniones a las que asistí en representación de mi padre y de mi tío, interesados en disipar las disputas internas del gremio mafioso.

No entendieron mis razones, pero con el correr del tiempo la vida se encargaría de cobrarles el mal que hicieron, corroborando que la justicia divina está por encima de la humana.

Así, “don Efra” fue asesinado el 6 de noviembre de 1996 en su oficina en el centro comercial Hacienda Santa Bárbara, al norte de Bogotá. Lo mató Fernando Cifuentes, uno de sus más cercanos socios y colaboradores, a quien agredía en forma permanente. Una vez lo eliminó, el homicida aprovechó la coyuntura y a sabiendas del odio que “don Efra” sentía por la familia Rodríguez, intentó inculparnos.

Cifuentes había sido citado a su oficina por “don Efra” para responder por el dinero de un cargamento de coca. En el lugar también se encontraban Alfredo Haddad y Herman Wechsler, contador y socio de “don Efra”, respectivamente. Al cabo de varias horas de reunión, Cifuentes no logró explicar el destino de la coca y mucho menos qué ocurrió con el dinero y por ello decidió asesinar a su jefe y de paso a las otras dos personas que asistían a la reunión.

Todo indica que Cifuentes ya tenía preparado el plan porque horas antes aprovechó la confianza que tenía con la secretaria de “don Efra” y le pidió prestado el baño principal, donde escondió una pistola Colt calibre 45.

Poco después de que la empleada se fue, Cifuentes dijo que iba al baño, sacó el arma y asesinó a “don Efra” y a Haddad. Wechsler se salvó porque en medio de la balacera se hizo el muerto.

Sin saber que había un sobreviviente, Cifuentes recibió una llamada de Orlando Henao, quien le preguntó detalles de lo sucedido. Este respondió que sin duda alguna los autores eran los hermanos Rodríguez Orejuela. Pero Henao ya sabía la verdad porque aunque estaba herido Wechsler logró contarle todos los pormenores del atentado. Orlando Henao dio muerte a Cifuentes y muy pronto vengó la muerte de su socio, “don Efra”.

Tras el cruento desenlace, Henao entendió que mi padre y mi tío no eran traidores y que el verdadero enemigo del narcotráfico era el gobierno de Estados Unidos.

Una vez me recuperé totalmente, retomé algunas responsabilidades en reemplazo de mi padre, entre ellas ver de nuevo a Orlando Henao, el hombre que me había hecho tanto daño. Pero aprendí a ser un perfecto actor para sobrevivir a esta etapa oscura de mi vida. Henao manifestó su complacencia porque me encontraba bien y justificó la muerte de Nicol Parra —en el atentado que sufrimos en el Rodizio— por su condición de jefe de seguridad de mi padre. Sin inmutarse, dijo lapidariamente que mis amigos y yo estábamos en el lugar equivocado a la hora equivocada. Pero el daño ya estaba hecho.

Las ansias de poder y las disputas por negocios relacionados con el tráfico de coca darían lugar a otra

guerra en la que meses después perdieron la vida Hélder “Pacho” Herrera y Orlando Henao. Este último, privado de la libertad, fue asesinado por el hermano parapléjico de “Pacho”, que le descargó toda la munición de su revólver.

Una y otra vez intentaron vincular a mi padre y a mi tío con estos hechos, debido a su cercanía con “Pacho” Herrera, y de nuevo tuve que acudir a la mediación para evitar que nos exterminaran. Por suerte conté con interlocutores válidos como Hernando Gómez Bustamante, alias “Rasguño”; Gabriel Puerta e Iván Urdinola. Estos, cuerdos y conciliadores, aclararon los móviles de cada uno de esos asesinatos y marcaron una época en la que no solo capoteé al enemigo natural —la Fiscalía y el gobierno estadounidense, con sus permanentes persecuciones y chantajes—, sino también a esta especie de talibanes que buscaban cualquier pretexto para acabar con nuestras vidas.

Algunos personajes que se perfilaban como los nuevos jefes pensaban que mi padre y mi tío estaban arrodillados, pero no era así. Solo esperaban la oportunidad para cobrarles tanto mal que nos hacían. Afortunadamente para mí, se cumplió el proverbio que reza: “Me sentaré en el balcón de mi casa a ver pasar el ataúd de mis enemigos”. Y los he visto pasar a todos. Nunca movimos un dedo para seguirles el juego de la muerte.

Asistí a las reuniones que debían hacerse para aclarar nuestra posición sensata, inteligente y de supervivencia,

desestimando los comentarios y las mentiras malintencionadas de “Jabón”. Este hombre siniestro nunca le perdonó a mi tío que hubiera dado la orden de exterminarlo y tampoco le agradeció que le hubiera perdonado la vida gracias a la intervención de Henao. Los hombres de su caña nunca dan muestras de gratitud y por el contrario se dedicó a inventar rumores para que nos asesinaran. Solo pudo salvarnos la lealtad de un amigo como “Rasguño”.

Pero había otro problema. El atentado, mi intervención en el Congreso para enfrentar las leyes que nos afectaban, mi afinidad con los políticos en esas discusiones y las prebendas que repartía entre los legisladores, me convirtieron en blanco perfecto de Estados Unidos, que ahora no solo pretendía extraditar a los hermanos Rodríguez Orejuela, sino a toda su familia.

Cuando me percaté de lo que sucedía intenté no llamar la atención, pero mi afán de protagonismo y el seguir falsos ídolos —el poder, el dinero, el reconocimiento— marcarían un camino en el que lo menos malo fue la cárcel.

El tiempo pasó y sin dejar de lado el fútbol y las empresas de la familia regresé al litigio aprovechando las relaciones que había cosechado en los últimos años dentro de la rama judicial. Obtuve buenos resultados económicos y profesionales y, aunque en ocasiones vivía situaciones complicadas por el creciente poder de nuevos amos del narcotráfico, intenté llevar una vida común y corriente.

En medio de los vaivenes propios de la nueva correlación de fuerzas llegó el nuevo siglo, y con este se renovaron

las esperanzas de que, algún día, pudiéramos estar juntos en familia, como en los viejos tiempos. Sin embargo, las autoridades judiciales de Estados Unidos no descansaban y, por medio de Edward Kacerosky, seguían diseñando sus estrategias para llevarnos ante la justicia de ese país.

La altura de una ciudad como Bogotá comenzó a afectar la salud de mi padre y de mi tío, en ese momento ya hombres sexagenarios. Movimos cielo y tierra intentando su traslado al Valle del Cauca pero no había sido posible. Su permanencia en la capital era prioritaria para EE. UU.

A comienzos de enero de 2000 se presentó en La Picota una persona muy distinguida que se identificó como Santiago, que en el pasado había sido médico de mi tío Gilberto en Bogotá. Llegó en su calidad de médico personal de la casa Pastrana.

Resulta que el presidente Andrés Pastrana necesitaba un favor de los hermanos Rodríguez Orejuela; algo irónico, pues quien se había ufanoado de ser defensor de la moral pública enfrentando al gobierno de Ernesto Samper ahora quería algo de los narcotraficantes.

Según el mensaje que transmitió Santiago, el presidente requería que un antiguo colaborador de mi padre y de mi tío, Jairo Aparicio—un conocido lavador de dinero en el Valle del Cauca—, cambiase su testimonio en contra de Álvaro Leyva Durán, político conservador, exministro, excongresista y exconstituyente procesado por la Fiscalía.

El presidente necesitaba con urgencia esa nueva versión porque Leyva era ficha clave en el arranque del

proceso de negociación con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

Al comienzo, la petición del emisario fue agresiva y amenazante, casi que ordenándoles que tenían que hacerle ese favor. Mi tío y mi padre despidieron al médico con un mensaje para el presidente: que no moverían un dedo a favor de Leyva si persistía el tono amenazante de la petición.

El emisario regresó la semana siguiente.

—¿Qué quieren a cambio de ese favor? —les preguntó en tono conciliador.

Mi padre y mi tío pidieron que los sacaran de Bogotá y los llevaran a una prisión en el Valle. Ese fue el pacto: el traslado a cambio de que ellos convencieran a Aparicio de cambiar su versión. Así despegó finalmente el proceso de paz del Caguán, que ya todos sabemos cómo terminó.

Esta es la verdad de este traslado, no como se afirma en el libro *El cartel de los sapos*, donde se afirma que habían sido llevados a Palmira porque delataron un túnel por donde pretendía volarse el narco Jorge Eliécer Asprilla. Mi padre y mi tío podrán ser muchas cosas, pero nunca unos sapos; por eso están pagando una cadena casi perpetua, por seguir su código *omertà*.

Con la bendición del presidente —y ninguna objeción del ministro de Defensa, ni de los directores de la Policía ni del DAS—, mi tío y mi padre fueron trasladados a Palmira. Allí las cosas eran más fáciles ahora. Aunque los continuos

viajes a Bogotá nos desgastaban física y financieramente. Así se agilizó la toma de decisiones en lo económico, legal, empresarial y familiar.

La extradición de Fabio Ochoa Vásquez en septiembre de 2001 prendió las alarmas porque significaba la confirmación de que tarde o temprano íbamos a afrontar la misma situación. No tardamos en hablar del tema y en una reunión familiar en la cárcel mi tío dijo resignado que estaba loco quien pensara que la extradición no sería aplicada y mucho menos si se trataba de ellos.

Estados Unidos y Colombia querían tener a la mano esa figura para utilizarla sin contemplación alguna. Y contra viento y marea y a punta de presiones de todo tipo, en 1997 lograron que el Congreso modificara la Constitución de 1991 y restableciera la extradición.

Yo creía que la entrega de ciudadanos a otros países debía ser reglamentada de tal manera que las pruebas fueran analizadas en Colombia y el envío a la nación solicitante solo procediera si las evidencias eran contundentes. Pero eso no ocurre. Hoy por hoy se extradita bajo el precepto de que la persona debe defenderse de las pruebas en la Corte foránea que lo juzga, no en su nación de origen. Bajo este esquema, la extradición es tramitada de acuerdo con el procedimiento, más que por el fondo de la acusación.

Lo cierto es que por mi doble condición de hijo y sobrino de los jefes del llamado cartel de Cali yo era un objetivo evidente de los estadounidenses, que veían en mí el camino, el puente, el nexo que necesitaban para

conseguir lo que habían ansiado durante los últimos veinte años: tener en una cárcel de Estados Unidos a Gilberto José y a Miguel Ángel Rodríguez Orejuela.

Nada más claro que este mensaje, que quiero enviarles ahora, a propósito de lo que sucedía en torno a nosotros por aquellos días: Es cierto, el crimen no paga. El narcotráfico es una actividad despreciable, pero por desgracia toda la familia tuvo que padecerlo.

Como era previsible, la Corte del Distrito Sur de Nueva York vio en mí un caso importante para ganar protagonismo ante la comunidad, ávida de resultados en la lucha contra el crimen y, sobre todo, contra el terrorismo, especialmente después de los atentados del 11 de septiembre de 2001.

La justicia requería hacer una acusación en la cual apaciera mi nombre. Mal informados por un testigo pago, que les decía lo que ellos querían escuchar, iniciaron un proceso contra mí. Mediante esa declaración inventada me atribuyeron cargos de conspiración por supuestamente haber participado en una sociedad criminal con Fernando Henao; alguien medianamente informado sabía que los Henao y los Rodríguez eran como los Capuleto y los Montesco, las familias rivales entre sí de *Romeo y Julieta*, la célebre obra de Shakespeare.

El 22 de diciembre de 2001, un abogado al servicio de algunos despachos profesionales con sede en Estados Unidos me confirmó los pormenores de la investigación y del proceso en micontra. Se me vinculaba como pre-

sunto socio, coautor, casi pariente de Fernando Henao —hermano de Orlando Henao—, en una extraordinaria conspiración para la importación de grandes cantidades de cocaína, que incluía no solo a los narcotraficantes más famosos de Colombia sino también enlaces y reuniones en las que supuestamente estuve presente o de manera virtual en Venezuela, Cuba y México.

Los gringos y su mentalidad calvinista los inducía en la práctica perversa de creación de precedentes para su mantenimiento y sostenimiento, como es el caso de nuestra familia y los míos. El mensaje para el resto del mundo era claro: el crimen no paga; la ley, aunque dura y a veces injusta, es la ley.

Para mi sorpresa, nuestro eventual enemigo, Fernando Henao, se comportó íntegramente. No aceptó ningún tipo de negociación en la cual debiera testificar en mi contra. Tengo la certeza de que lo hizo porque sabía y le constaba mi total inocencia.

Al leer copias de los mensajes de correo electrónico que, según me atribuían, intercambié con el mencionado testigo, me sorprendió que se utilizara un lenguaje soez de parte y parte. Me ofendió no solo porque era un sucio montaje, sino también porque no renuncio a mi cuna ni a la formación académica que he recibido para expresarme de tal manera. De algo debe servir mi lauro del pregrado en la Universidad de San Buenaventura de Cali, así como las maestrías en Empresas y en Mercadeo del Instituto de Empresas en Madrid.

Estaba dispuesto a someterme al polígrafo y a cualquier otra prueba legalmente aceptada para demostrar mi inocencia ante el tribunal que conocía de este caso. Mi apoderado judicial lo sabía, y en eso mi voluntad era indeclinable; además, no podía fallarle a mi presunto enemigo que, como un hombre, se mantuvo en la verdad.

Finalmente fui desvinculado del largo proceso en Estados Unidos, en el que el Distrito de Nueva York se peleaba mi custodia para aplicar una estrategia que llevara ante la justicia norteamericana a mi padre y a mi tío. Una de las pruebas consistía en una grabación en la que supuestamente yo discutía sobre negocios de narcotráfico con el testigo estrella; pero una vez realizado el cotejo se comprobó que no era mi voz ni mucho menos estaba implicado en dicha negociación.

Durante los dieciocho meses que duró esta primera indagación del Distrito Sur de Nueva York tuve que huir y me vi forzado a hacer lo necesario para demostrar mi inocencia. Pero fue en vano porque me vincularon a otra investigación, esta vez en el Distrito de Miami, sur de La Florida.

Una vez enterado, contraté a un funcionario del DAS para que me tuviera al tanto de la expedición de las boletas de captura. Lo irónico fue que esa persona no me avisó, pero mi ángel guardián me salvó de nuevo: un antiguo aliado en la guerra contra Pablo Escobar me alertó a tiempo, cuando salieron órdenes de detención.

De esta manera empezó una nueva etapa de mi vida. Y logré sobrevivir porque me convertí en un fantasma.

CAPÍTULO 13

¿Qué pensarían mis hijas?

Cuando supe en diciembre de 2001 que tenía un proceso abierto por narcotráfico en el Distrito Sur de Nueva York, empecé a tomar precauciones.

De manera confidencial me habían contado que once hombres de la Dijin me estaban haciendo inteligencia. Pero yo también los vigilaba a través de mis contactos de primera mano, que se habían comprometido a avisarme en el instante en que las autoridades expidieran la orden de captura con fines de extradición.

Veinte días antes de que se hiciera oficial la petición, viajé a Cartagena a realizar algunas diligencias relacionadas con un caso jurídico que tenía pendiente allí.

Entonces decidí aprovechar el viaje y me quedé el fin de semana para salir con unos amigos a disfrutar de tan hermosa ciudad. Ellos habían programado ir a un exclusivo club nocturno con un grupo de cartageneras. Entre ellas se encontraba una pequeña rubia de ojos color miel, que me llamó la atención por su forma callada y analítica de comportarse. Después de sentarnos en una mesa del club, sostuvimos una extensa conversación que duró prácticamente toda la noche. Se llamaba Regina. Tuve la precaución de no comentarle quién era yo; la sentí tan tranquila en su amable y amena conversación que no quise perturbarla.

Cuando salimos del club acordamos salir de paseo en yate al día siguiente. Esa noche, luego de dejarla en su casa, pensé que Regina podía ser la persona que estaba buscando. Una mujer afable, decente, con gestos sencillos que hacían que su presencia no fuera llamativa pero sí vital.

Fue así que nos encontramos para ir de paseo. Éramos siete personas. Sentía, y no sé por qué razón, que era mi despedida; el tiempo era cada vez más corto y estaba muy cerca de mi verdadero destino. Sin embargo, pasamos dos días en altamar.

En el paseo tuve más tiempo de conversar con Regina. Me contó que era una combinación de cartagenera con croata, economista de profesión. La familia de quien a la postre sería su abuelo, que huyó de los horrores de la Segunda Guerra Mundial, tuvo que hacer una parada

obligatoria en Santa Marta. Se quedaron en esta ciudad por cinco años, tiempo suficiente para que su abuelo se enamorara de la bahía. Allí conoció a una bella cartagenera y decidió echar raíces en nuestro país.

También me contó que su esposo había sido asesinado recientemente por paramilitares de la zona y dejaron a una viuda joven y bonita con un hijo. Era un resumen de su vida que me permitiría comprender la fortaleza que se debía tener para enfrentar situaciones tan duras como las que ella había pasado, y las que yo tendría que afrontar ahora.

En la majestuosidad de la noche, acostados en la proa de la pequeña embarcación, mirando hacia el firmamento e ilustrándonos de la grandeza del universo, encontré el momento oportuno para contarle un poco más acerca de mi identidad.

Antes de hacerlo pensé qué reacción podría tener: ¿se asustaría, tomaría distancia, me juzgaría? En un segundo pasaron por mi mente miles de posibilidades que podrían opacar la locuaz comunicación que hasta ese momento habíamos logrado.

Como era lógico suponer, se sorprendió, pero también se interesó en conocer más detalles. Hasta me ofreció su casa en caso de que necesitara un sitio para esconderme. Pensé que solo era un acto de cortesía inspirado por la inmensidad del mar Caribe.

Al día siguiente, ya de regreso a Cartagena, un amigo de mi padre me confirmó que efectivamente había sido

expedida la orden de captura con fines de extradición. Entré en pánico, pensé que al llegar al puerto me estarían esperando las autoridades. Se lo comenté a Regina, quien lo tomó de manera tranquila. Decidí desplazarme a Barranquilla con la intención de evadirme y ganar tiempo para enterarme a fondo de lo que realmente sucedía.

Mientras esperaba datos concretos sobre mi situación resolví ir a cine. A media película recibí una llamada de mi padre. Me confirmó que no existía ninguna orden de captura con fines de extradición en mi contra, por lo que me pidió que regresara a Cali porque necesitaba hablar conmigo.

Como tenía programadas vacaciones con mi esposa y mis hijas en Santa Marta, le pedí a María que cambiara los vuelos y viajaran directamente a Barranquilla, para luego ir juntos por carretera a Santa Marta. Con el paso de los días recuperé la calma y pude disfrutar las vacaciones con mi familia antes de regresar a Cali.

Mi esposa y mis hijas tenían organizado otro viaje de vacaciones a Cancún por cinco días. Después de llevarlas al aeropuerto me trasladé a la cárcel de Palmira a hablar con mi padre. Era el 14 de julio de 2002. Discutimos acerca de la situación tan grave que se avecinaba. Él, siempre optimista, me dijo que las cosas iban a cambiar, pero yo sabía que mi suerte estaba echada. Con lágrimas en los ojos, me despedí y lo abracé como si nunca lo fuera a volver a ver. Siempre recordaré ese día.

La mente de mi padre era una nebulosa: estaba seguro de que las autoridades norteamericanas no me iban a pedir en extradición; todavía creía que la casta dominante de Colombia y el coloso del norte nos perdonarían y redimirían nuestras penas. Pensaba que volveríamos a ser vistos como grandes empresarios con familias ejemplares.

El viernes siguiente viajé otra vez a Cartagena a una reunión en el hotel Las Américas para resolver la situación de una propiedad. Después de una extenuante y exitosa negociación, decidí que ese fin de semana me quedaría disfrutando de la que es para mí una de las ciudades más bonitas y atractivas del mundo; además, tenía intenciones de volver a ver a esa rubia que había despertado mi curiosidad.

El sábado en horas de la mañana recibí una llamada de mi secretaria, que me puso en contacto telefónico con mi padre. Me dio la más triste y dolorosa noticia que jamás hubiera escuchado: efectivamente, me confirmó con un hilo de voz que en mi contra ya pesaba una orden de captura con fines de extradición, por lo que debía huir inmediatamente.

Enterarme de ese hecho desencadenó en mí sentimientos de desesperación comparables con lo que se siente en las películas de terror. No sabía qué hacer; recordé el atentado del Rodizio; mi vida de nuevo pasó en un segundo; la piel se me erizó; me dolía el alma cuando

pensaba en el futuro de mi familia y en la pérdida de mi proyecto de vida.

Luego de un duchazo, me comuniqué con un asistente personal para que me consiguiera dinero, documentos y un equipo de comunicación Avantel para conversar con mi padre. También hablé con el ingeniero Canaro, un gran amigo que conoce como nadie las zonas rurales de Colombia y que por coincidencia se encontraba en Cartagena. Él me indicó cuáles eran las mejores rutas para escapar; Canaro no solo resultó ser un profundo conocedor de la geografía nacional sino también un experto en mil maneras de mimetizarse para no ser ubicado por las agencias que iniciaron mi cacería.

La orden de captura que se había expedido en mi contra solo requería de un formalismo para hacerla efectiva. El operativo de mi captura estaba prácticamente listo. Ya sabían de mis desplazamientos, de mis rutinas; me estaban siguiendo hacia más de seis meses; lo curioso es que no había reporte de mis traslados a Cartagena. Según los datos de inteligencia, me prestaba a huir del país con destino a Argentina.

Mi asistente llegó por avión a Cartagena. Para evitar que lo siguieran, compró con dinero en efectivo los tiquetes de avión de Cali a Bogotá en una aerolínea, y luego en otra de Bogotá a Cartagena. Me trajo documentos, dinero y el Avantel. Luego regresó y, cuando hacía la conexión en Bogotá para viajar a Cali, uno de los empleados de la agencia de viajes en Cali le hizo saber que varios agentes

de la Policía Judicial lo habían interrogado sobre su destino, y que no tuvo otra opción que darles la información que pidieron. Una vez me contó lo sucedido cambié mi decisión de viajar por avión hacia el interior del país.

Llamé a Regina. Le sorprendió que lo hiciera. Para ella, las noches en que tratábamos de comprender la grandeza del universo habían quedado en el recuerdo. Me dijo que estaba dedicada a su trabajo y a su familia; su papá y su mamá absorbían una parte importante de su tiempo. Sin embargo, noté que mi llamada la alegraba. La invitó a comer.

Esa noche le conté a Regina en la situación que me encontraba. Ya me sentía prófugo de la justicia. Fue tan sincero y sentido mi relato que se ofreció para acompañarme en mi fuga; dijo que ella era la persona idónea, que no levantaría sospechas. Es cierto que lo último que deseaba hacer era viajar con un grupo de hombres armados.

Mi plan inicial era esconderme en un lugar sin levantar sospechas, pero para lograrlo tenía que estar en constante movimiento, aparentando que llegaba de vacaciones a cada lugar, por lo que no podía quedarme más de dos meses en ninguna parte.

Al día siguiente emprendí un viaje inicial hacia el viejo Caldas. Regina se quedó en Cartagena planificando los posibles sitios donde me podría ocultar en la costa norte. En poco tiempo se había generado una fuerte conexión entre ella y yo. Para mí ella era como una enviada de Dios.

Llegué al viejo Caldas, a una zona conocida como Santagueda, a veinte minutos de Manizales, y allí me esperaba un difícil reencuentro con mi familia y la planeación de un futuro incierto. Uno de los objetivos de reunirme con María era dejar organizados mis asuntos, la forma en que mi padre y yo nos íbamos a comunicar para coordinar las medidas que tomariámos para afrontar la situación.

Creé una cuenta de correo electrónico a la que solo mi esposa y yo teníamos acceso. Nos comunicábamos escribiendo correos que no enviábamos; los dejábamos en la carpeta de los borradores. En medio del delirio de persecución, supuse que esta era la mejor manera de no dejar ningún rastro en los computadores. Esa misma noche le escribí una carta a mi padre para que mi esposa se la entregara. Allí expresé todo lo que estaba sintiendo.

En Colombia hay dos formas de huir. Una es la que emplean muchos de los grandes capos, líderes guerrilleros y paramilitares, que consiste en un grupo grande que forma anillos de seguridad para evitar que las autoridades se acerquen al fugitivo, quien se refugia en sitios rurales apartados. Para que funcione perfectamente requiere mucho dinero, además de la logística; el peligro radica en que se depende de la lealtad de diferentes personas, y el resultado casi siempre es nefasto para los perseguidos porque es común que alguien los traicione.

La otra forma es más sencilla y menos costosa. Fue la que apliqué, y me dio resultado porque nunca fui cap-

turado por ninguna fuerza de seguridad de Colombia ni de Estados Unidos. Consistía simplemente en encargar a una persona que me consiguiera sitios de hospedaje por períodos no mayores de dos meses: una mujer atractiva pero sencilla para que no llamara la atención, y un amigo personal, un tipo de buena presencia y con conocimiento de las áreas donde nos movilizaríamos.

La parte relacionada con mi identidad la resolví antes de empezar mi periplo. Mandé a hacer una cédula falsa con alguien que tenía el documento de un primo fallecido y que no había sido reportado a las autoridades. “Necesito que con esta cédula vayas y me saques, no importa lo que cueste, un pasaporte colombiano; es bueno porque esta persona supuestamente existe, no ha muerto”, le dije. Completé mi falsa identidad con una cédula de ciudadanía, pase de conducción y una tarjeta de débito de una corporación de ahorro.

Regina —elegante, atractiva— era ideal para presentar una imagen que no despertara sospechas; ella pasaba como mi esposa. José, un chofer de buena presencia, me acompañaba en mis traslados; y Jairo, un amigo personal conocedor de estas zonas, me buscaba las fincas. El viejo Caldas y la costa Caribe serían los sitios que resguardarían calladamente mis sentimientos, angustias y esperanzas.

Así comenzó mi aventura de prófugo. Me estaban persiguiendo no por mis pecados, sino por los de mi padre y mi tío. Las autoridades sabían muy bien que quien me capturara se quedaría con el trofeo.

Mi existencia parecía ahora la de un judío errante en vacaciones. Dedicaba mi tiempo a la lectura, al ajedrez, a los juegos de PlayStation, al Internet y a dar caminatas con Regina para disfrutar del bello paisaje caldense. Me escondí en dos lugares durante cuarenta meses: Cartagena, porque Regina era de esa zona y podía acceder fácilmente a diferentes sitios, y en Santágueda, donde había muchas fincas de alquiler y la gente no reparaba en quiénes las habitaban. Además, en esta última zona mi amigo Jairo tenía familiares y amigos que desconocían mi situación e identidad y nos ayudaron.

Para poder hablar con mi esposa o alguien de mi familia tenía que montar toda una aparatoso logística. Cada vez que veía a María, nos citábamos en sitios distintos. Por ejemplo, en una peluquería o donde una prima que no vivitaba. Seleccionamos tres o cuatro lugares donde hubiera línea telefónica fija; lo hacíamos así porque si usábamos un celular me podían ubicar por mi voz. Semanalmente salía de donde estaba en Santágueda, iba a Palestina, que quedaba cerca, o subía a Manizales para llamarla; me movía, y así me comunicaba con María sin ser detectado por ninguna autoridad.

La noticia de que ofrecían dos millones de dólares de recompensa por mi captura me ofendió. No por la cantidad, sino por la injusticia que se estaba cometiendo. Pensé en Jairo, en Regina, las dos personas que siempre me acompañaban. ¿Podría ese dinero minar su lealtad?

Jamás sucedió, jamás lo dudaron, por lo que hoy, además de agradecimiento, les guardo un profundo afecto y un gran respeto.

Los días pasaban entre fincas de lujo tratando de llevar una vida aparentemente normal, pero siempre en la agonía de esperar un encuentro con la realidad. Fueron momentos difíciles. Pensé en otras opciones, como empezar una nueva vida en Argentina. Sabía que las autoridades habían verificado que no me encontraba allí, por lo que pensé que era probable que no me buscaran de nuevo en ese país.

Otra opción era viajar a Europa, a Croacia, para empezar una nueva vida. La familia de Regina tenía unas tierras en ese lugar. Lo pensé, lo miré, lo estudié: era una decisión fuerte. Si lo hacía me tenía que olvidar de María y de mis hijas. Decidí no hacerlo. Qué habrían pensado mis hijas si las hubiera abandonado.

Entre una partida de ajedrez *online* y otra con alguien en algún lugar del mundo, imaginaba cada salida del callejón en que me encontraba, pero todas conducían a un túnel sin escapatoria alguna.

A medida que pasaba el tiempo, mientras esperaba una solución que no llegaba, empecé a sentir que mi padre y mi tío estaban dilatando las cosas para su conveniencia. Pensar una y otra vez sobre la misma situación me llevaba a pensar menos y a sentir más; en definitiva, son los hechos los que hablan de nuestras verdaderas intenciones.

Esto lo comentaba con Regina, quien no veía un buen camino para solucionar mi situación, convencida de que no podría huir toda la vida.

Estas reflexiones me llevaron a tomar una decisión trascendental que cambió mi destino para siempre. O intentaba recuperar mi vida, la que Dios me había dado, o moría como un reo ausente sin ninguna posibilidad de redimirme. La segunda opción implicaba perder los mejores años de mi vida, dejar de ejercer mi profesión, alejarme del mundo real, perder mi hogar, mi esposa y mis hijas.

CAPÍTULO 14

Entregarme, la única opción

Con la entereza que me dieron mi formación y los valores que me inculcaron, he asumido el costo político, más no jurídico, del hecho de ser el hijo mayor de Miguel Rodríguez Orejuela.

Desafortunadamente, mi padre y mi tío no lograron descifrar el juego de ajedrez que les plantearon los estadounidenses.

Si Estados Unidos no estaba dispuesto a perdonarles su vinculación y liderazgo en el mundo del narcotráfico, menos iba a olvidar su hábil estrategia de obtener perdón y olvido al contribuir en la elección de un presidente y un Congreso que supuestamente darían vía libre a su sometimiento, entrega y pago de condenas leves.

La clase dirigente colombiana que maneja la administración de justicia y los organismos de seguridad del Estado no iban a aceptar que unos personajes, que en un principio fueron considerados empresarios exitosos y posteriormente símbolos del narcotráfico mundial, estuvieran tranquilos y paseándose libres por las calles.

Siempre intenté hacerles ver esa realidad, pero mi padre y mi tío, que habían perdido el norte y se creyeron omnipotentes, nunca consideraron lo que para mí era evidente. Hasta se negaron a aceptarlo ya estando presos, con las dificultades propias de cárceles de máxima seguridad y la permanente presencia de las agencias extranjeras, que monitoreaban hasta sus más mínimos movimientos.

La inclusión de la familia en la lista Clinton, el inicio de procesos penales en diversos países en los cuales se tenía algún tipo de actividad empresarial legal, los procesos penales contra la mayoría de los miembros de la familia y las empresas del grupo que la conformaban, así como las acciones de extinción de dominio, eran señales claras de la presión estadounidense, que obedecía a un sistemático plan de persecución y exterminio civil.

Ese propósito fue cohonestado durante años por las más altas esferas del poder: políticos, policías, militares y dirigentes que apenas se sintieron a salvo se olvidaron del servicio que mi padre y mi tío les prestaron al ayudar a acabar con el más peligroso criminal, el único personaje de la historia que logró arrodillarlos: Pablo Escobar.

Mi padre y mi tío estaban presos en la cárcel de máxima seguridad de Palmira y creían que detrás de la solicitud de extradición estaba algún viejo enemigo que de todas maneras no podría vincularlos o involucrarlos a algo grave.

Por eso intentaron manejar los tiempos de su eventual extradición —que aún no se formalizaba y que, según sus apreciaciones, era una invención de mi parte— y contrataron un prestante abogado y profesor universitario de Bogotá que se vanagloriaba de sus éxitos y que atendió juiciosamente los requerimientos de sus clientes, pero no solo dejó perder tiempo precioso sino oportunidades inaplazables para haber obtenido las mejores condiciones en una eventual negociación con la justicia norteamericana.

En mi caso particular, es importante ubicarnos en el tiempo y en la autoridad que solicitó mi extradición. Se trata del Distrito Sur de Nueva York, la oficina jurisdiccional que me pidió solo a mí y cuya solicitud fue formalizada en julio de 2002.

Para esa época ni mi padre ni mi tío habían sido pedidos en extradición, y se encontraban muy cerca de recuperar la libertad por pena cumplida. Tenían la plena certeza de que no serían extraditados, pues en apariencia no habían cometido ningún delito por el cual pudiesen ser solicitados por Estados Unidos. Su garantía, según ellos, era la Constitución de Colombia.

En noviembre de 2002, mi tío Gilberto recuperó la libertad. Y claro, se formó un impresionante escándalo porque nadie esperaba que la justicia tomara la

decisión de dejarlo ir para su casa; en el Departamento de Justicia de Estados Unidos estaban convencidos de que mi tío no volvería a ver la luz del día en toda su vida.

Aunque era vigilado en forma permanente por la Policía Judicial, tuve la oportunidad de entrevistarme con mi tío el 13 de febrero de 2003 en un sector cercano a Manizales; por cosas del destino, en nuestra reunión de ese día él estaba libre y yo prófugo. Él viajó hasta Armenia y allí cambió de vehículo, para reunirse conmigo. El momento del encuentro fue emotivo debido a las circunstancias; almorzamos juntos y luego conversamos por varias horas sobre nuestra situación y la de la familia.

Su percepción era fantasiosa. Él, en su nuevo estado de libertad, había perdido por completo la noción de la realidad. Cuando lo exhorté a que nos entregáramos para salvar, no solo a la familia sino también algunas de las empresas y poder asegurar así una vida decorosa para nuestra descendencia, me dijo que no estaba de acuerdo con mi punto de vista y me instó a que no fuera trágico.

Según él, los hechos lo confirmaban: él estaba libre, y mi padre lo estaría muy pronto. También estaba convencido de que mi situación se podría solucionar con el paso del tiempo y con alguna estrategia jurídica demostraríamos mi inocencia en la Corte del Distrito Sur de Nueva York.

Yo respetaba mucho la opinión de mi tío, pero esta vez no tenía razón. Estaba totalmente equivocado. Se dejaba llevar más por una ilusión que por la realidad, y por eso

perdió. Él estaba convencido de su inocencia, y subestimó a sus enemigos del Norte del Valle, que no descansarían hasta verlo morir en una cárcel de Estados Unidos.

En marzo de 2003, en un impresionante operativo, la Dijin de la Policía capturó de nuevo a mi tío Gilberto, quien se desplazaba en un carro por las calles de Cali cuando fue interceptado por veinte hombres que bajaron de cinco vehículos y se desplegaron a su alrededor apuntando a todas partes. Luego lo bajaron de su automotor, lo subieron a uno de los de ellos y lo condujeron al comando de la Policía para la respectiva diligencia de reconocimiento. A continuación fue trasladado en un helicóptero a Bogotá, otra vez a la cárcel La Picota.

Mientras realizaban los trámites de rigor y legalizaban la captura de mi tío en el complejo policial de Cali, un capitán de la Policía adscrito a la Dijin y al servicio de la DEA, de apellido Mesa —hijo de un coronel ya retirado—, se acercó al abogado que asistió a mi tío y le preguntó por mi situación.

Luego de cruzar un par de palabras el oficial increpó al abogado para que me convenciera de que me entregara y no hiciera más difícil la vida de mi familia, que tenía que sufrir los allanamientos cada vez que la Policía intentaba hacer efectiva mi captura. Las acciones de estos policías hacen grande la institución: allanar de madrugada un apartamento donde residían indefensas mujeres. Mi esposa y mis dos pequeñas hijas tuvieron que soportar varias veces el acoso.

Una vez evaluamos las opciones, nuestro abogado y el capitán Mesa —paradójicamente hoy preso en Estados Unidos por recibir dádivas de la organización de Juan Carlos Ramírez, alias “Chupeta”— se entrevistaron varias veces más. Incluso se llegó a concertar una reunión en Ciudad de Panamá para avanzar en la posibilidad de una negociación y una eventual entrega, pero nunca se pudo lograr. Querían la cabeza de mi padre, o sea, que yo declarara en su contra, que lo hundiera. Les contesté con un no rotundo y les mandé decir que tendrían que seguir buscándome.

De todos modos, los mensajes provenientes de la Corte de Nueva York eran claros: la materialización de una solicitud de extradición de Gilberto y Miguel Rodríguez solo era cuestión de tiempo. Las autoridades norteamericanas harían lo que tuvieran que hacer para que los Rodríguez terminaran su vida en una cárcel en ese país. Los mensajes de ida y vuelta, por la participación de mi abogado y su colega en Miami, comenzaron a circular sin demora. Ya era una diferencia de jurisdicciones y una pelea en contra del tiempo para ver cuál de las dos cortes se quedaba con el botín: la extradición de los hermanos Rodríguez.

Lo más fácil para mí hubiese sido entregarme a la justicia de ese país en ese momento y afrontar los cargos de ambos distritos para, eventualmente, llegar a un arreglo en el que el único beneficiado habría sido yo —y a lo mejor sin pagar un solo día de prisión—, pero mantuve

intacta mi convicción de buscar una salida negociada para toda la familia. Además, no quería tener en mi conciencia el hecho de que mi padre y mi tío hubieran sido extraditados por mí, así hoy muchos quieran echarme la culpa de sus desgracias, olvidándose de todo el mal que hicieron.

La Corte del Distrito Sur de Miami exigía mi entrega y no solicitaría la extradición de mi padre, mi tío y yo. A cambio, previa aceptación de cargos por narcotráfico y lavado de dinero, tendríamos la posibilidad de quedarnos con una de las empresas, siempre y cuando entregáramos una cuantiosa suma de dinero al gobierno de Estados Unidos.

Asimismo, ellos se encargarían de excluir a la familia de la lista Clinton y se comprometían a darme a mí una condena de diez años, y a mi padre y mi tío, una pena de prisión de máximo veinticinco años. Esta fue la propuesta más concreta y seria que en algún momento se pudo tener, pero no fue posible concretarla por la falta de decisión de mi padre y de mi tío, que continuaban pensando que con el chantaje a la clase política colombiana no serían extraditados.

Finalmente, el 22 de diciembre de 2003 los medios informaron al país de la solicitud formal de extradición de Miguel y Gilberto Rodríguez Orejuela, presos en diferentes cárceles de máxima seguridad en Colombia y enfrascados en una pelea jurídica por lograr su libertad por el vencimiento de términos y pena cumplida.

A partir de ese momento mi padre y mi tío iniciaron una campaña de persuasión a la clase política para que, de una u otra manera, influyeran en la decisión que debían tomar tanto la Corte Suprema de Justicia como el presidente de la República, quien era en última instancia quien decidía si se firmaba o no la extradición. Le mandaron un mensaje a Samper, para que interviniese ante el presidente electo, Álvaro Uribe. El exmandatario fue a la Casa de Nariño e intentó abogar por los hermanos Rodríguez pero Uribe se negó.

No era lógico pensar que un presidente —Álvaro Uribe— que había firmado más de trescientas extradiciones en su Gobierno, fuera a sustraerse de la obligación “moral” de firmar las de los hermanos Rodríguez Orejuela. No hubo nada que hacer y a principios de diciembre de 2004 mi tío Gilberto fue extraditado a Estados Unidos.

Yo Estaba en una finca, huyendo, y observé por televisión ese acto bochornoso. Sentí un dolor profundo; él había sido como mi segundo padre. Ese acto representaba el comienzo del fin para el resto de la familia.

Recuerdo su última carta en la que me pedía que me mantuviera en la clandestinidad y diera la pelea jurídica para resolver la situación de los demás integrantes en la familia.

De cierta manera su extradición, en medio de mi profunda tristeza, era la oportunidad perfecta para solucionar los enormes problemas de la familia y por fin quedar libres de la maldición.

Pero mi tío seguía equivocado porque pensaba que si ganaba tiempo fortalecería su estrategia. En realidad pasaba todo lo contrario: las autoridades norteamericanas recolectaban más y más testigos en su contra y el caso empezaba a cubrir a más integrantes de la familia. Sin saberlo, todos estábamos en peligro.

El 11 de marzo de 2005 fue uno de los días más tristes de mi vida. Mi padre fue extraditado finalmente a Estados Unidos. En ese cálculo mi tío no falló. Impotente y desde algún lugar remoto de Colombia donde estaba escondido, vi por televisión cómo lo subían a un avión de la DEA.

Reflexioné tratando de entender los sentimientos que me embargaban. Rabia, dolor, desesperanza; sabía que mi padre había perdido esta guerra jurídica de más de veinte años en contra del imperio.

En ese instante decidí entregarme a la justicia de Estados Unidos. Con mi padre preso, sentía que había cumplido como hombre, como hijo, como miembro de familia y como soldado leal a él y a una causa, buscando el bienestar colectivo por encima del individual.

Mi llanto frente a las imágenes me hicieron recapacitar; recorrió de nuevo mi vida, lo que hice y lo que no hice, dónde estaba y cuál sería mi futuro. Nuevamente me encontraba en la encrucijada de cómo blindar a mi familia y salvarme de la mejor manera posible en medio de lo imposible, que era evitar mi persecución y posible captura en Colombia.

Me reuní con mis hermanos para analizar las estrategias que teníamos que seguir para estar listos a enfrentar, sin la ayuda de mi padre y con mi liderazgo, lo que venía por delante. Con mi padre y mi tío extraditados, quedábamos a merced de las autoridades que no nos dejarían tranquilos, como efectivamente ha sido hasta el día de hoy.

Fui claro ante la familia de que había llegado el momento de que cada uno tomara sus propias decisiones. Yo visualizaba que muy pronto tendría un final parecido y ellos deberían tomar su propio rumbo, pero sin dejar de estar juntos para enfrentar este nuevo cambio.

Mi tío y posteriormente mi padre llegaron directamente al Special House Unit, conocido como SHU, parte del Federal Correctional Center de Miami, e iniciaron un tortuoso calvario, incluso para designar un apoderado de confianza y pagarle sus honorarios.

Era lógico que la comunicación se dificultara; se encontraban en un país diferente, en las peores cárceles del mundo, por lo que cualquier tipo de contacto se debía hacer por medio de otra persona. El tiempo, y los fracasos en los anteriores intentos, con el desgaste propio de lo que pudo ser pero no fue, obligaban a buscar otros caminos y alternativas, para lograr un sentido de vida, de oportunidad, de salvación de la familia, poniendo en segundo lugar los intereses personales para que la siguiente generación no sufriera lo que la nuestra había padecido. Eso pensaba yo, pero mi papá y mi tío seguían pensando otra cosa.

Por cosas del destino, tuve acceso a una carta enviada por ellos a la familia, que delineaba la estrategia jurídica que en ese momento ya estarían utilizando. Allí no aparecían las promesas que me habían hecho saber a través del abogado; contenía los términos de su propia negociación, que en pocas palabras consistía en salvarse ellos, pensando de manera ilusa que les darían pocos años de cárcel. Pero había una cosa clara: yo no estaba en sus planes. Ese tremendo secreto fue el detonante de la decisión que me llevaría a entregarme.

Después de entender que a mi padre y a mi tío los guiaba el deseo y no la razón, con suposiciones infundadas, como que solo pagarían quince años de prisión, algo irrisorio teniendo en cuenta su situación actual, como símbolos del narcotráfico mundial. Me sentí profundamente decepcionado de las personas a las que había dado toda mi lealtad.

Ante tanto engaño y demora, en un momento de lucidez y desesperación me acordé de un antiguo colega, con el cual había hecho negocios y que tenía visa para ir a Estados Unidos: el doctor Restrepo. Le hablé por teléfono, nos reunimos y elaboramos una estrategia de acercamiento y eventual entrega y sometimiento, en el caso de lograr algunas contraprestaciones, reales y viables.

Restrepo viajó a Miami con el poder que le otorgué, sin más que mi firma y mi huella. Se dirigió al edificio federal con la intención de contactar al agente Edward Kacerovsky, especialista en la familia y encargado de nuestra

persecución por más de catorce años. Kacerosky, obsesivo y enamorado del caso, nos había perseguido sin cuartel y no descansó hasta vernos presos en su país.

Ya en el edificio, Restrepo informó en la recepción la gestión a la cual venía. Esperó durante más de una hora antes de que apareciera el agente especial Kacerosky, acompañado por un policía y un agente de la DEA. En cuanto lo vieron, le preguntaron si él era William Rodríguez, que si venía a entregarse. Luego de superada la sorpresa y al sobreponerse del susto, les informó su verdadera condición: era el abogado de William Rodríguez, no William Rodríguez.

Antes de iniciar la reunión formal, y dado el ritual propio de los asuntos relacionados con la justicia, se hacía necesaria la presencia de un abogado estadounidense para que me representara y asumiera mi defensa, por lo que fue llamado el doctor Humberto Domínguez, quien asistió a Restrepo en esta primera reunión de acercamiento que buscaba mi entrega.

Tras ese encuentro, que Domínguez manejó de manera muy profesional, Restrepo concretó una cita en Ciudad de Panamá con mi esposa y con otro abogado en quien yo confiaba. El objetivo era conocer ampliamente las condiciones para mi familia y para mí, a cambio de mi sometimiento a la justicia y así evitar el desgaste propio de este tipo de actuaciones.

Pese a las dificultades, empezaba a abrirse una puerta para nosotros. Así que les envié una carta a mi padre y a

mi tío en la que les informé los problemas legales y económicos que nos acechaban, y mi posición en cuanto al juicio que se iniciaría el año siguiente.

Como siempre, hicieron caso omiso y mandaron decir que esperara, pues seguían empecinados en que ganarían unas mociones en su juicio que consistían en que les garantizarían no ser juzgados por delitos cometidos antes de 1997 (a partir de esta fecha, quien cometiera delitos de esa naturaleza podría ser solicitado en extradición).

La posición que asumieron solo es entendible por la condición humana y el inmenso poder que en un momento detentaron. Pero ellos no comprendieron su verdadera situación y la de la familia y, de nuevo, perdieron.

En Estados Unidos los castigos son ejemplarizantes, y eso es de sobra conocido. Mi padre y mi tío no tenían ninguna oportunidad de triunfar jurídicamente, pero ellos no lograron entenderlo, hasta que la historia se repitió. En el hipotético caso de que no los juzgaran por hechos cometidos antes de 1997, la Fiscalía de la Florida ya contaba con más de cuarenta testigos, y continuaba reclutando más.

Entre tanto, el abogado Domínguez concertó una cita con los fiscales del caso, amplios conocedores de nuestra situación. Ellos me plantearon la posibilidad de aceptar el cargo de narcotráfico, es decir, un jaque mate para mi padre y para mi tío. Mi respuesta fue enviar puntos muy precisos de peticiones nada descabelladas, eminentemente jurídicas y que redundarían en beneficio de la

familia; esa era para mí la única manera de aceptar su propuesta.

No estaba dispuesto a entregar mi dignidad por nada distinto al bienestar de mis consanguíneos. Un negocio pragmático, como la filosofía que mueve a Estados Unidos desde hace muchos años.

Un general hábil sabe cuándo debe transar para evitar mayores perjuicios. En este caso, un juicio llevaría al abismo a más familiares inocentes. Esperé con ansiedad la respuesta; escondido, sentía que las autoridades se acercaban cada vez más y que el tiempo se acababa.

CAPÍTULO 15

“Señor Kacerosky, usted ganó”

El agente Edward Kacerosky aceptó que María viajara a Estados Unidos y él mismo tramitó su visa. La esperó en la escalera del avión. La negociación iba en serio. Por su actitud, el sabueso tenía bajo la manga el as que necesitaba.

El desplazamiento de mi esposa fue acordado para avanzar en mi posible entrega a la justicia estadounidense y necesitaba de alguien de mi entera confianza. Quién más que ella para que hablase con los fiscales del caso con y el propio Kacerosky.

Dicen que las mujeres tienen un sexto sentido y su corazonada era primordial para estar seguro de que los funcionarios que tenían mi destino en sus manos cumpliesen su palabra.

Una vez en Miami, María se reunió con el agente especial, quien le entregó un documento en el que abordaba los puntos que yo había solicitado, firmado por los fiscales del caso. Mi esposa también se entrevistó con varios abogados en Miami. El instinto me indicó que debía confiar mi defensa al reconocido jurista norteamericano Humberto Domínguez.

Una vez regresó María, nos encontramos a las fuyas de Manizales luego de tomar todas las precauciones pues seguía siendo objetivo de las autoridades. María me comentó que Kacerovsky y los fiscales le habían inspirado confianza. Leí el documento que le entregaron y entonces me di cuenta de que no debía tener intermediarios, que era imperioso hablar directamente con el agente Kacerovsky.

Los cargos eran muy graves. Se me acusaba de conspiración para traficar cocaína en mi calidad de miembro del cartel de Cali. La acusación se basaba en declaraciones de testigos que afirmaban que mi padre y mi tío, desde la cárcel La Picota, siguieron enviando narcóticos a EE. UU. y que yo era su jefe de operaciones. En ese *indictment* estábamos incluidos siete u ocho personas. Además de mi papá y de mi tío, dos contadores, "Memo" Lara, otras personas que no tenían nada que ver con nosotros y yo.

Decidí llamar a Kacerovsky de inmediato, desde una cabina telefónica de Manizales.

—¿Estás decidido? —me preguntó.

—Sí, ¿pero me van a cumplir con lo que acordamos?

—Le doy mi palabra.

—Entonces, listo, cuente conmigo, programemos la entrega.

—Y, ¿cuándo la quiere?

—El 22 de diciembre.

Estábamos a finales de octubre.

—¿Dónde?, preguntó él.

—En Colombia, no.

Si me capturaban en Colombia, me enviarían a Nueva York por el caso que tenía en el distrito Sur. Además, él no confiaba en los colombianos. Sugerí Venezuela y me dijo que tampoco. Él propuso Panamá, lugar al que se me hacía más difícil llegar.

—Tiene que ir a Panamá porque ahí hay una persona en quien yo confío —dijo.

—Bueno, listo, Panamá...

Días después logré reunir a mis primos y a mis hermanos.

—Estas son las condiciones bajo las que me voy a entregar —les dije—, y ustedes están incluidos en el acuerdo. No hay otra alternativa, yo ya me cansé de esperar, yo ya tomé esta decisión.

—Si está seguro y cree que le van a cumplir, hágale —dijo mi primo Humberto y me llené de tranquilidad porque él había sido siempre mi apoyo en momentos difíciles.

Regina estaba en Cartagena organizando algunas cosas. La idea era que me acompañaría hasta mi punto

de entrega, pero cuando nos vimos casi se daña todo. Nuestra relación de amistad se complicó cuando se enteró que había tomado la decisión de entregarme. A lo mejor tenía esperanzas de que nos fuéramos a Croacia, pero yo no quería seguir huyendo, sino enfrentar la situación. Al final se aclaró el malentendido y su firmeza siguió intacta; la necesitaba. Regina tenía ciudadanía panameña, clave para entrar a ese país. Pero surgió un nuevo imprevisto.

Kacerosky cambió la fecha de entrega. La pasó del 22 de diciembre a enero y me recomendó disfrutar las fiestas de fin de año con mi familia.

Le hice caso. Pasé la última Navidad y Año Nuevo en una finca, con María y mis hijas, como en épocas pasadas. Pero fue una Navidad fría, triste, con mucho temor, tanto de ellas como mío. Aproveché para explicarles a mis hijas la situación:

—Nunca he traficado, es la verdad. He hecho cosas malas, pero no lo que dicen que hice. Nunca envié droga a Estados Unidos. Mi papá y mi tío sí lo hicieron y se equivocaron.

Les dije que iba a hacer lo humanamente posible por volver donde ellas. Les prometí regresar en cinco años; no sé por qué dije cinco años, pero eso les prometí.

Luego habría de ratificarlo en mi declaración: nunca envié droga a Estados Unidos. Sí auxilié una organización criminal corrompiendo conciencias, manejando empresas. Mi pregunta es ¿por qué no se procesa a los bancos? En un momento dado mi papá llegó a tener sobregiros de

tres millones de dólares y nunca investigaron, ni nunca capturaron a algún alto funcionario.

Leí el *indictment* y me resultaba difícil creer de lo que me acusaban. Yo aparecía como tercero en la jerarquía de la organización después de Miguel y Gilberto; de ahí para abajo, los demás.

Una de las precauciones que Eddy —no lo llamo así de cariño; así le decían a Kacerosky todos los de su escuadrón— tomó durante este proceso fue tener completamente controlada la seguridad de mi esposa y de mis hijas. No quería que corrieran la suerte de la esposa del chileno Guillermo Pallomari, que fue asesinada. Se me acusó falsamente de ser el autor intelectual de esa desaparición, pero una vez me entregué pude aclarar que no tuve nada que ver en dicho suceso. Yo ofrecí una versión de lo sucedido muy parecida a la que dio uno de los hermanos de “Pacho” Herrera, quienes aceptaron la responsabilidad en ese hecho.

Kacerosky quería estar seguro de poder trasladar a mi esposa y a mis hijas a Miami al día siguiente de mi entrega. Llamé a mi grupo de trabajo para coordinar mi viaje a Panamá, que era toda una hazaña. En ese momento tenía un pasaporte colombiano con visa venezolana, y la idea era viajar de Caracas a ciudad de Panamá, pero corría el riesgo de ser detectado por la Interpol, que me había incluido en la circular roja. Desistí. La otra opción era trasladarme a Capurganá, un recóndito lugar con bellas playas del océano Pacífico que limita con Panamá.

Tomé esta última vía como la más segura para evitar el paso por controles aduaneros.

Con Regina y Jairo salí de la finca hacia Medellín. En el aeropuerto Olaya Herrera alquilamos una avioneta que nos llevaría a Capurganá. Llegamos a un hotel en donde preguntamos, como cualquier turista, qué se necesitaba para cruzar a Panamá. Lo riesgoso de la decisión de cruzar la frontera era que había que pedir un permiso especial en una oficina del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS). Osadamente, indagamos qué se necesitaba para adquirir el permiso.

Por las nuevas políticas de Seguridad Democrática —los guerrilleros pasaban la frontera con Panamá para darse un descanso—, los controles habían aumentado y uno de los requisitos era enviar copia del pasaporte a Bogotá, junto con las huellas dactilares, para recibir el permiso en las siguientes veinticuatro horas. En la práctica lo que hacían con ese trámite era solicitar el expediente judicial del solicitante y yo no estaba en condiciones de tomar ese riesgo. Entonces decidí cancelar el viaje desde Capurganá y regresamos a Medellín.

No tuve más remedio que tomar la opción que había desecharido: viajar a Panamá vía Venezuela. En compañía de Jairo salí hacia Cúcuta en el vuelo de las seis de la mañana para no despertar sospechas. De allí tomariamos un vuelo a Caracas. En Cúcuta Jairo y yo tomamos un taxi para cruzar la frontera y llegar al aeropuerto de San Antonio.

Es en esta parte del viaje en la que puedo dar fe de que los milagros existen, o que la suerte definitivamente estaba a mi favor. En el aeropuerto de San Antonio varios hombres de la Guardia Nacional revisaban los documentos de las personas que deseaban ingresar al país. Es un momento de gran tensión en el que se debe guardar calma absoluta y manejar la situación con diplomacia. Cuando el uniformado que examinaba mis documentos empezó a cuestionar mi pasaporte, pensé que era el fin.

Ser sorprendido y capturado por las autoridades venezolanas representaba la extradición directa a Nueva York, lo que daría al traste con el plan de entrega que tenía para mí y mi familia. Le pedí a Dios que, después de todo lo que había pasado, no me dejara claudicar en ese preciso momento. En eso llegó otro agente a decirle algo al que revisaba mi documentación y lo distrajo; fue mi salvación, pues me dejó pasar. Un frío intenso recorrió mi cuerpo; no sabía cómo caminar para que no se me notara el nerviosismo.

Ya en Caracas, me reuní en el hotel Sheraton con Regina, quien había viajado desde Bogotá. Ella me acompañó en la aventura hasta Panamá. Al día siguiente nos dirigimos al aeropuerto y por fortuna todo transcurrió sin contratiempos porque llegamos sanos y salvos a Ciudad de Panamá.

Mi esposa y mis hijas me esperaban en un hotel. Yo había informado al personal de Eddy en Panamá que

me entregaría el día 16, no el 14, con la intención de pasar unos días junto a mi familia.

Llegó el momento de despedirme de Regina. Siempre la recordaré como un ángel guardián leal a mi causa. En medio de los sentimientos que se cruzaron en esta travesía del destino, no pude contener las lágrimas. Fue una despedida marcada por la tristeza y el aprecio forjado en una amistad incondicional.

Luego me dirigí al centro comercial que conectaba con el hotel donde se encontraba mi esposa. Busqué la mejor manera de ingresar al hotel y llegar hasta el cuarto donde ellas se encontraban. Fue un reencuentro especial, acompañado de muchas emociones. Ahí entendí que cualquier arreglo valía la pena. Tener a mi familia, haya pasado lo que haya pasado, es lo más grandioso que puede existir. Le encontré sentido a haber huido durante cuarenta meses; sentí un gran alivio porque finalmente hice algo por mis seres queridos, porque si no lo hubiera hecho jamás me lo hubiera perdonado.

Al día siguiente, un agente del FBI se comunicó con mi esposa y le dijo que pasaría a recogerla y llevarla al aeropuerto, al punto de encuentro conmigo. Pero desconocían que ya me encontraba en el hotel. Cuando mis bellas mujeres fueron al encuentro con el agente salí del hotel, tomé un taxi y llegué al aeropuerto casi a tiempo con ellos.

Me presenté ante el agente y, en broma, movido por el nerviosismo, le dije que estaba arrepentido de la entrega.

Respondió con sarcasmo que era libre de hacerlo y que simplemente diría que no me había visto. Nos reímos en señal de entendimiento y nos dirigimos a las oficinas de las autoridades panameñas. Luego de identificarnos procedieron a tomar mis datos y a verificar que se cumplieran los requisitos para salir hacia Estados Unidos bajo la custodia del agente del FBI.

Luego de superar todo el proceso y la verificación de los documentos por parte de las autoridades, me llevaron a la sala VIP de American Airlines. Allí esperé a los dos agentes de ICE — u.s. Immigration and Customs Enforcement — que había enviado Eddy para que viajaran conmigo hasta Miami.

Me despedí de mi esposa y, con su ejemplar carácter para soportar estas adversidades, me dio un abrazo que me reconfortó y me transmitió la fuerza necesaria para seguir adelante. Me dio un beso suave y una mirada de esperanza y me dijo que pronto nos veríamos y estaríamos juntos de nuevo. Me prometió esperarme con mis hijas a mi regreso a la libertad.

Ingresé al avión con los agentes del ICE. Hicieron que me sentara en la mitad de los dos. Hasta ese momento no había sido esposado, algo que me hacía más fácil el viaje pues conservaba algo de mi dignidad.

Durante las tres horas del vuelo a Miami, muchas cosas pasaron por mi cabeza, pero en especial el hecho de que me entregaba a Kacerosky, un agente obsesionado como ninguno en hacer cumplir la ley.

Pero también fue él quien al final me salvó del pasado para alcanzar finalmente un futuro. Entregaba mi libertad a la justicia norteamericana y aún esperaba que mi padre y mi tío recapacitaran y tomaran el mismo camino.

En Miami, al final del túnel de salida del avión me esperaba el agente especial Edward Kacerosky, quien me miraba como el cazador mira a su presa en los últimos segundos antes de su final.

Era el momento culminante de una persecución que había durado más de quince años. Yo representaba la pieza clave para ganarles la partida de ajedrez final a los jefes del cartel de Cali.

Cuando caminaba por el túnel con los agentes les pregunté quién era Kacerosky. Señalaron al fondo del pasillo a un hombre rubio.

Al llegar a él le extendí la mano.

—*Hi!, Mr. Kacerosky, I'm William Rodríguez, I surrender myself to you... you won!* (Hola, señor Kacerosky, soy William Rodríguez, me le entrego. ¡Usted ganó!).

CAPÍTULO 16

El gran error de mi padre y de mi tío

Caminé por el interminable pasillo del túnel de American Airlines para estrechar la mano del hombre que me había perseguido por más de diez años.

Edward Kacerosky, un veterano agente especial del servicio de aduana estadounidense (ICE), de origen polaco y férrea personalidad, había heredado a comienzos de los años noventa la investigación sobre el poderoso cartel de Cali, Colombia.

Este hombre obsesivo, egocéntrico, de carácter volátil, trabajador incansable, fue el arquitecto de la persecución

contra todos nosotros no solo en Estados Unidos sino también en Colombia.

Con base en las pruebas recopiladas luego de algunos decomisos de cocaína y la detención de varias personas en territorio estadounidense, Kacerovsky lideró la investigación e instruyó y elaboró los principales *indictments* o expedientes judiciales contra la organización.

Esa tarde el 16 de enero de 2006, él observaba desde la distancia cómo su presa se acercaba voluntariamente. Era la estocada final al cartel de Cali.

Después de un corto saludo caminamos por los pasillos del aeropuerto hacia las oficinas de la aduana para oficializar mi ingreso migratorio a Estados Unidos. Es toda una paradoja: me las arreglé para entrar a territorio estadounidense sin pasaporte y sin visa, sin un solo papel.

Nos sentamos a esperar, mientras los funcionarios tramitaban los documentos. Me senté en medio de varios agentes, que me observaban de pies a cabeza, como estudiando mi comportamiento y mis movimientos. En ese momento entendí que yo estaba a prueba y que cualquier error de comportamiento o una expresión inadecuada serían perjudiciales para mi futuro dentro del proceso de negociación.

A través de decenas de testigos, Kacerovsky había elaborado un completo perfil de mi personalidad y mi forma de ser. Esos agentes reciben cursos de psicología para interpretar en forma adecuada el comportamiento

de su sindicado. Aun así, él desconocía que yo también era un abogado con ciertos conocimientos de psicología y también había preguntado por él y tenía más o menos claro a quién me estaba enfrentando.

Sentado en esa oficina y mientras Kacerovsky intervenía en el trámite legal, por mi mente pasaron como una película los últimos cuatro años que permanecí en la clandestinidad, perseguido sin cuartel por once hombres de inteligencia de la Policía coordinados por dos agentes de la DEA. Ellos tenían claro que yo era el puente conector para llevar a los hermanos Rodríguez Orejuela ante la justicia estadounidense.

Recordé que una vez fue restablecida la extradición en diciembre de 1997, era cuestión de tiempo que alguna Corte me requiriera, no porque estuviese exportando cocaína sino porque era objetivo fácil de cualquier testigo sin escrúpulos que buscara beneficios a cambio enlodarme.

Cómo olvidar que en varias reuniones les expuse mis inquietudes a mi padre y a mi tío no porque fuese una especie de vidente, sino porque —a través de mis contactos en la política y en charlas con juristas amigos que manejaban procesos de extradición— tenía la certeza del firme propósito de los estadounidenses de judicializarnos costara lo que costara.

Les insistí muchas veces en que era necesario buscar una manera de negociar pues existían otras vías, como la reparación económica, para buscar un acercamiento con el imperio. Desafortunadamente, mi padre y mi tío

siempre se resistieron a creer lo que yo les decía. Todavía creían tener el poder suficiente para pagar sus penas en Colombia. Estaban seguros de que saldrían a hacer una vida normal, como si los gringos olvidaran a quienes los desafían. Nosotros los retamos por más de treinta años.

Mientras esperaba el regreso de Kacerosky, recordé que el 15 de julio de 2002 me despedí de mi padre en el pabellón de alta seguridad de la cárcel de Palmira. Ese día lloramos los dos porque algo en mi interior me decía que sería una de las últimas veces que nos veríamos. No me equivoqué: justo tres días después ya tenía encima una orden de captura con fines de extradición.

Así comenzó un camino de no retorno y una de las peores épocas de mi vida porque no solo regresaron largos de periodos de soledad que me hicieron entender que cuando te encuentras en la cima todos están ahí, pero cuando caes son pocos los verdaderos amigos que permanecen a tu lado.

Fueron cuatro años en los que mi padre y mi tío le ganaban tiempo a la vida, a la vez que yo lo perdía porque era solo cuestión de tiempo que Kacerosky moviera sus fichas del ajedrez y nos presentara ante un gran jurado. Él no iba a permitir que otros obtuviesen esos méritos por los que él tanto había trabajado.

Pese al largo periodo de desespero, abandono y soledad, mi padre y mi tío insistían en que había que esperar, pero yo les recomendaba que negociáramos. Al comienzo seguramente tenían la razón pues Estados Unidos no

había tomado decisión alguna en su contra y en mi caso ellos estaban seguros de que me acusaba algún enemigo sin peso. Sin embargo, las cosas cambiaron de manera dramática en diciembre de 2003 cuando mi padre y tío fueron pedidos en extradición.

Cuando supe la noticia no me causó sorpresa alguna porque sabía que tarde o temprano ocurriría. Incluso pensé que ahora sí iniciaríamos una negociación seria con los estadounidenses. Pero una vez más hicieron lo contrario y se dedicaron a presionar a la clase política para que les retribuyera la ayuda del pasado, aunque ya era tarde.

Sufrí una gran decepción. Nunca entendí dicha actitud, pero había jurado que acompañaría a mi padre como un soldado fiel, pese a que había perdido la guerra; era como acompañarlo al sepulcro porque sabía que tal vez nunca volvería a recuperar su libertad. Ahora tenía que cumplir el compromiso de garantizarles el futuro a mis hijas.

Sentado en esa pequeña oficina migratoria en el aeropuerto de Miami esperaba impaciente que culminara el trámite de ingreso al país. En ese momento recordé el día que me reuní con mis familiares más cercanos y les di a conocer mi intención de someterme a la justicia porque era claro que no tenía otra opción.

Mi padre y tío jugaban a dilatar el proceso de extradición, pero la triste realidad era que mientras tanto el agente Kacerosky reclutaba más y más testigos que supuestamente podían dar fe de nuestras actividades de

narcotráfico después de 1997, cuando fue restablecida la extradición.

A mis hermanos y a mis primos, los hijos de Gilberto, les dije que me entregaría a las autoridades de Estados Unidos y a cambio pediría beneficios para todos, entre ellos cese de la persecución, exclusión de la lista Clinton, suspensión de cuatro órdenes de captura por lavado de activos, vivienda para todos, visado para mis hijas y diez años de pena.

Nunca hice nada a espaldas de nadie porque esa no es mi naturaleza. Al final, esos puntos fueron la base del famoso acuerdo que debieron firmar los hermanos Rodríguez Orejuela cuando aceptaron su culpabilidad.

Un par de horas después de haber llegado a Miami terminó el trámite legal y sin que me pusieran las esposas salí en el automóvil de Kacerosky hacia un lugar especial donde pasé mis dos primeras noches interrogado por varios fiscales liderados por la biblia del proceso, el agente Kacerosky.

Paradójicamente, yo, un abogado acostumbrado a interrogar hoy era blanco de todo tipo de preguntas de esos hombres, expertos en esas técnicas, como la del policía bueno y el policía malo; o el agente que fijaba su mirada en mí para ver qué movimiento hacía y determinar si decía la verdad o no. Todo un entramado para estar seguros de la autenticidad de mi testimonio. Yo basé mi declaración en describir la manera como par-

ticipé en la corrupción de funcionarios en Colombia, en la política, la rama judicial y la Fuerza Pública.

En mi extensa exposición quedó sobre el tapete, sin tapujos, nuestra relación con personajes ilustres del país. Kacerosky escuchó con mucho interés y dijo que con base en lo que yo había dicho se proponía iniciar varios procesos; pero su impulso quedó en veremos porque Estados Unidos encontró una nueva prioridad: cazar a los capos del cartel del Norte del Valle.

Creo que Washington desaprovechó una magnífica oportunidad para sancionar a muchos “prohombres” de la patria que tanto daño le han hecho al país. Si el narcotráfico es un negocio deplorable la corrupción lo es más porque es la madre de todos los delitos.

Cuando llegamos al punto de mi participación en las actividades familiares, le pedí a Kacerosky que autorizara a mi esposa para que visitara a mi padre y a mi tío en un nuevo intento por convencerlos de que llegáramos a un acuerdo general que nos beneficiara a todos. Él estuvo de acuerdo.

Después de terminar la declaración me trasladaron al edificio FCI, una mole de cemento en pleno centro de Miami; es un lugar hecho específicamente para moldear a las personas que comienzan a resolver su situación jurídica.

No lejos de ahí me llevaron ante un magistrado de la Corte del Estado, donde leyeron mis derechos y me preguntaron cómo me declaraba. Obviamente no acepté

culpabilidad alguna porque apenas empezábamos los acercamientos formales para llegar a un acuerdo.

La presentación ante el juez duró cerca de veinte minutos y luego me encadenaron y me llevaron a una prisión en la ciudad de West Palm Beach, a dos horas al norte de Miami. Solo en ese momento empecé a sentir los rigores del sistema penitenciario de Estados Unidos, construido para menguar la autoestima de los procesados. No es como creen muchos en Colombia, que esto es un paseo y un hotel de cinco estrellas; no, este es un sistema represivo y ojalá nunca lo conozcan.

Antes de entregarme al guardia de prisiones para que quedara debidamente registrado mi ingreso, el agente Kacerosky me miró y me dijo:

—Cuando nos veamos mañana me vas a odiar.

No entendí en ese momento, pero lo hice muy pronto, cuando entré a ese lugar frío y oscuro, a una cárcel local a la que llevan drogadictos, prostitutas y todo tipo de criminales. Ahí pasaría mis tres primeros meses de cautiverio.

El proceso de registro, reseña y exámenes, tardó cerca de cinco horas. La temperatura en ese lugar era de quince grados bajo cero y lo hacen de esa manera para controlar las bacterias y mantenernos adormecidos y tranquilos.

Posteriormente me unieron a un grupo y nos obligaron a tomar una ducha fría; por último, entró una enfermera y nos examinó desnudos. Así terminó la primera parte de un proceso absolutamente humillante.

Cerca de la una de la madrugada me subieron en un ascensor hasta el piso diez, a una especie de bodega grande de dos pisos dividida en 120 piezas. En la mitad, una isla desde donde un guardia controlaba el pabellón. A gritos, el hombrecillo me ordenó ingresar a una celda en el segundo piso.

Ahí, en una celda de dos metros por tres, acompañado por un preso estadounidense comenzó un camino que duraría casi cinco años. Estaba en las fauces del sistema penitenciario de Estados Unidos.

A la mañana siguiente me despertaron como a las cinco y media para desayunar, luego hicieron el conteo reglamentario para saber si alguien hacía falta. Recuerdo que me dieron cereal y leche y mientras comía comencé a observar cómo era la movida allí. Afortunadamente, era un sitio de tránsito de las personas que están en vía de resolver sus procesos y por eso están situados cerca de las ciudades y los tribunales de justicia.

El sitio donde me recluyeron era controlado por los afroamericanos, que manejaban el reparto de la comida. Por lo que observé a primera vista, ese sistema penitenciario está hecho para latinos y para hombres de piel negra. Pasé los dos primeros días mirando y tomando nota de cómo era el manejo, tanto de las reglas impuestas por el guardián del lugar, como las establecidas por los internos. Aunque todo está diseñado para mantener controlados a los presos, es en el patio donde se establecen las leyes internas en cuanto quién puede o no estar allí. En otras

palabras, o te acoges a esos reglamentos o te sacan del sitio por las buenas o por las malas.

Al segundo día me visitaron Kacerosky y otros dos agentes de la DEA que me persiguieron en Colombia. Nos saludamos y de entrada preguntaron por mis actividades y por el decomiso de varios cargamentos de coca en diferentes ciudades de Estados Unidos.

Les dije que no sabía de qué me hablaban porque mi función dentro del cartel de Cali no era enviar droga. Querían presionarme, pero conmigo no funcionaba esa táctica porque yo era abogado y entendía que estaban detrás de una declaración de culpabilidad para acabar el proceso del cartel de Cali.

Me puse de pie y les dije que tranquilos, que yo mejor me iba a juicio porque en la anterior reunión habíamos quedado en esperar un encuentro entre mi esposa, mi padre y tío.

Querían utilizar la estrategia del policía bueno y el malo para presionarme, pero no sabían que yo tenía más de veinte años de experiencia manejando policías, militares, fiscales y políticos, como para dejarme asustar con ese truco.

Les extendí la mano para despedirme y el agente Kacerosky dijo:

—Un momento, ¿podemos hablar en privado?

—Claro, señor.

Salimos al pasillo y el agente especial me dijo que ya tenía la respuesta de mi padre y mi tío. Kacerosky entró

de nuevo al cuarto dónde estaban los otros dos agentes y los convenció de dejarnos a solas.

Cuando Kacerosky me contó lo que había sucedido sentí que la sangre me hervía, que mi cabeza iba a estallar. No lo podía creer. Dizque mi padre y mi tío no recibían a María porque de pronto les ponía una trampa. Ella, una mujer íntegra cuyo trabajo siempre fue tranquilizarme, controlarme.

Mi tío Gilberto siempre nos recalcó que nadie podía vilipendiar a nuestras mujeres y que quien se atreviese a hacerlo merecería una sentencia de muerte. Pero él sí se atrevió a hacerlo muy olímpicamente. Cometió un grave error que nunca le perdonaría. Por eso le dije a Kacerosky que preparara mi declaración de culpabilidad y que yo hablaría con Humberto Domínguez, mi abogado, para fijar una fecha. Nos dimos la mano y regresé a mi celda. Me cambié y fui a darme una ducha fría para aclarar las ideas.

Un día cualquiera y para sorpresa mía, a la hora del conteo oficial de presos observé el ingreso al pabellón de Fernando, un hombre que testificó en contra nuestra y había estado en la cárcel La Picota, en el mismo lugar donde permaneció mi padre.

A raíz de esa estadía allí, Fernando confesó un delito en el que él supuestamente participó con mi padre. Desconozco si eso fue verdad o no y eso ya no era importante para mí. Lo que no entendía era por qué ese hombre estaba en el mismo pabellón conmigo porque no era

política del sistema de prisiones mezclar dos partes en conflicto.

Durante la media hora que dura el conteo, en que nos hacen sentir como reses, llegué a la conclusión de que era otra prueba que Kacerovsky me ponía, una especie de cascarita.

Cuando abrieron la puerta de la celda, a las cuatro y media de la madrugada, bajé con algunos productos de aseo para dárselos a Fernando, pues era costumbre que cada vez que llegase un paisano uno lo recibía y le daba algo mientras esa persona se organizaba.

Cuando me vio, el hombre se puso más pálido de lo que estaba pues llevaba más de dos años sin recibir el sol. Le dije que estuviese tranquilo, que yo no lo culpaba de nada, que más pendejos eran mis familiares porque no tomaron decisiones a tiempo y permitieron que otros obtuvieran beneficios a costa de ellos.

—Lo más importante es la conciencia de cada quién —concluí al tiempo que extendí la mano y le dije:

—Tú sabes que yo soy un hombre de palabra y hoy te la doy; mientras tú no hagas nada en contra mía yo no haré nada en contra tuya.

Luego nos estrechamos la mano y nos quedamos hablando toda la tarde. Me contó que en la calle circulaba un rumor según el cual yo estaba ofreciendo un millón de dólares por cada persona que había testificado contra nosotros.

—Mijo, yo no tenía tiempo para pensar en eso; si sacaba la cabeza del hueco donde estaba me la volaban o me capturaban. Esos son chismes de preso que no tienen veracidad.

También me informó que él no estaba solo en esa prisión y que estaban por llegar cinco personas más de nuestra organización. Así fue y poco a poco arribaron Cuartas, mi contador; Daniel, el contador de mi padre; Félix, colaborador de los hermanos Víctor y Miguel Ángel Mejía, los mellizos; y Morales, un cubano que trabajó con mi padre en la distribución de droga en La Florida. A todos los recibí con el mismo discurso.

Con algunos, por ejemplo Fernando, tuve afinidad, pero con otros, como el cubano, los “llevé doblados”, según decimos los colombianos; pero lo importante era superar las pruebas que me ponían los federales. Algún día tendría que salir de la pesadilla en la que se había convertido mi vida.

Aquellos días eran interminables. La prisión era un infierno controlado por personas especializadas en humillar y castrar a los seres humanos. En ese lugar decidí fortalecer mi cuerpo y establecí una rutina de ejercicios diarios al tiempo que me dediqué al ajedrez, el mejor pasatiempo para hacer pasar las horas.

Una mañana llegó a visitarme mi abogado, Humberto Domínguez, quien llevaba el último borrador del convenio con la Fiscalía en el que ratificaba los beneficios acordados antes de entregarme y me imponía una sentencia

de 21 años para comenzar y una promesa de rebaja a 10 años si me declaraba culpable de todos los delitos que me acusaban, además de entregar todos mis bienes y una multa de cuatro millones de dólares.

—Doctor, en cuanto a la pena ¿qué cree usted? Entienda que estoy aceptando varios hechos que yo no cometí, pero comprendo que este es un caso político, no jurídico, y si quiero salir algún día tengo que cerrar los ojos y tirarme al vacío. Lo que voy a hacer es aceptar mi culpa en el caso de Nueva York. Es una infamia inventada por un testigo sin escrúpulos.

—Te doy mi palabra de que ellos cumplirán —respondió Domínguez en tono convincente.

—Referente a la multa, es ridículo pensar que voy a entregar todos mis bienes y pagar cuatro millones de dólares adicionales. Ese punto no lo acepto, es ilógico.

—Bueno, William, creo que eso es manejable; voy a hablarlo con Kacerovsky y con el fiscal Matt. Si estamos de acuerdo, la audiencia de culpabilidad es la primera semana de marzo.

—Si clarifican esos dos puntos estoy listo.

Finalmente, llegó la hora de declararme culpable. Ese día me bajaron muy temprano a ese lugar siniestro del primer piso donde me engrillaron de pies y manos para trasladarme a un edificio en el centro de Miami, al lado de las cortes del Distrito Sur de La Florida. Me cambiaron de uniforme por uno color caqui y me introdujeron en una

celda en el primer piso mientras llegaba a recogerme uno de los agentes del grupo de Kacerosky.

Antes de la audiencia de culpabilidad estaba prevista una reunión a la que asistirían los agentes del ICE, los fiscales, mi abogado y mi esposa. Una vez allí saludé a mi esposa, luego a los demás y acto seguido pusieron encima de la mesa el documento que estipulaba todos los argumentos de mi culpabilidad, además de un listado interminable de empresas y propiedades.

Leí cuidadosamente el texto y de entrada me di cuenta de que muchas de las sociedades incluidas eran nuestras, pero otra buena cantidad no. Sabía que una parte de ese documento era verdad y la otra contenía las mentiras de testigos que buscaban beneficios judiciales.

Cuando terminé de leer, entró alguien a quien no había visto nunca: era el fiscal principal del caso, Ed Ryan, un hombre alto, flaco, de mirada glacial, que saludó, se sentó a la cabecera de la mesa. En tono seco y en medio de mi sorpresa me acusó de haber cometido asesinatos y me exigió testificar contra mis hermanos y mis primos porque según él yo no había contado todo lo que sabía.

Lo miré fijamente y descubrí un hombre inexpresivo, frío acostumbrado a intimidar. Al verlo y oír sus acusaciones sin fundamento me dio mucha rabia y le respondí:

—No, yo no le tengo miedo a la verdad, solo a las verdades amañadas de sus sapos y ya me comprometí a declararme culpable, pero nunca, así me condene de por vida,

señor Ryan, voy a declarar en contra de mis hermanos o primos; si le sirve, listo, o si no me voy a juicio.

Luego me puse de pie y le dije al agente que por favor me pusiese las esposas y me llevara de regreso a vuelta. Todos se miraron, desconcertados. Mi pobre mujer estaba como un papel blanco.

Casi de inmediato intervino Kacerosky.

—No, tranquilo, nosotros te vamos cumplir y nos es suficiente con que firmes este documento; nosotros te cumplimos con lo de la familia, solo queremos resolver los hechos relacionados con los homicidios del cartel.

—Esa pregunta, señor Kacerosky, no es para mí; esa no era mi función dentro de esa organización.

—Ok, solo firma esto y todo definido.

Lo miré y luego le dije que quería hablar con mi abogado y con mi esposa, a solas. Aceptaron y nos dejaron solos por unos minutos.

—Doctor Domínguez, vuelvo y le reitero: ¿será que sí me cumplen?

—Mira, William, lo que está en ese documento es lo establecido y acordado con la Fiscalía; lo que sigue es la decisión del juez y no te preocupes por la escena de Ryan, que era para asustarte. Ellos son los más interesados en que firmes.

—¿Qué opinas, amor?

—Lo que tú resuelvas, estoy contigo ciento por ciento, mi amor.

Medité por unos minutos y le dije al abogado que ya no había marcha atrás.

—Llámalos.

—Señor Kacerosky, mi cliente ha decidido declararse culpable y firmará el documento.

Una expresión de satisfacción se reflejó en el rostro de aquellos hombres pues sabían que con mi firma en ese escrito alcanzaban lo que habían anhelado por más de quince años: acabar con el cartel de Cali.

Instantes después me entregaron una pluma para firmar el documento, pero me propuse hacer sufrir un poco a esos personajes, como ellos habían hecho conmigo. Entonces comencé a jugar en mi mano con el esfero y observaba la ansiedad reflejada en el rostro del hombre de hierro, el fiscal Ryan, que me miraba y luego miraba de reojo el documento. Mantuve el silencio por espacio de 28 minutos y luego procedí a estampar mi firma en el acta de culpabilidad. Ya no había marcha atrás y debía seguir adelante pasara lo que pasara.

Luego acudí donde el honorable juez Federico Moreno, quien formuló las preguntas de rigor:

—¿Es consciente de lo que está firmando? ¿Ha sido forzado por alguien a tomar esta decisión?

En fracciones de segundo muchas cosas cruzaron por mi mente. “¿Será que estoy haciendo lo correcto?”. “¿Cumplirán? También pensé en mi padre y mi tío y sabía que no me perdonarían lo que acababa de hacer. Pero no había más opciones; yo los esperé por más de

cuatros años para que buscaran una salida al laberinto en que se encontraban, pero no lo hicieron; ahora no solo estaba en juego el futuro de nosotros tres, sino el de nuestra familia entera.

Un general sabio sabe que cuando la batalla está perdida hay que negociar para mitigar el daño. Yo había tomado esa decisión y tendría que vivir con las consecuencias.

Delante del Juez acepté la responsabilidad por mis pecados y aunque pensé que iba a sentir un descanso, en realidad experimenté una profunda depresión.

Tres semanas después de la firma de la declaración de culpabilidad fui trasladado —en compañía de todos los testigos del señor Kacerosky— al Centro de Detención Federal de Miami.

A principios de abril llegamos a nuestro nuevo sitio de reclusión y nos ubicaron en el décimo piso, en un lugar que en la historia de esa prisión solo había sido abierto para otro caso importante. Era una especie de apartamento de cuarenta metros cuadrados, adaptado con diez celdas de dos metros por dos cada una; dos duchas, tres teléfonos con trescientos minutos al mes que se deben pagar al sistema federal para hablar con la familia o los abogados; también había un pequeño espacio para hacer deporte y mesas en el centro para comer y varios juegos de mesa.

El sitio era una especie de “hueco” con algunos privilegios, donde según los federales protegerían nuestras vidas. Esas eran las tanpreciadas dádivas que nos habían

ofrecido: no estar encerrados como animales veintitrés horas al día; hablar por teléfono sin restricciones y recibir la visita de la familia dos horas a la semana.

Ese fue el premio por vender nuestras conciencias.

Allí compartí diez meses con esos seis hombres, pero no fue fácil la convivencia porque estar preso es como una montaña rusa en la que un día estás bien y al otro no te quieras ver ni a ti mismo; además, el estrés por tu situación jurídica y por ver sufriendo a tu familia son factores que afectan el comportamiento diario.

Un día jugábamos dominó, cuando llegó el agente Kacerovsky. Se veía muy alterado, ni saludó y siguió directamente hacia un cuarto al lado de nuestro pabellón y llamó a Cuartas y a Daniel, nuestros antiguos colaboradores.

Me intrigó qué podía estar pasando. Daniel regresó rápido, algo molesto y me comentó que Kacerovsky quería su testimonio para extraditar a cuatro más de sus familiares, pero él se negó. Cuando el agente y Cuartas regresaron, le pregunté que si podíamos hablar un momento y Kacerovsky aceptó. Le pregunté qué pasaba y me respondió que estaba cansado de las burlas de Daniel y de Cuartas porque un día decían que firmaban el arreglo y luego se echaban para atrás. Agregó que él había pensado que con mi entrega y aceptación de culpabilidad eso quedaría resuelto.

—Si ellos quieren seguir burlándose de mí y de la justicia, voy a encerrar a sus hijos acá, a ver si entienden.

Lo miré directamente a los ojos y le dije:

—Tú me prometiste algo y yo te he cumplido; no es necesario dañar más vidas, tú me tienes a mí y mientras tú me cumplas yo no quiebro mi palabra por nada.

En un arranque de lucidez fui más allá.

—Lo que sí podemos hacer es hablar con mi familia y lograr un acercamiento para resolver lo de ellos de una vez por todas; si me autorizas yo hablo con ellos; ¿será que puedes coordinar que cuatro de mis familiares vengan a solucionar esto de una vez?

Me miró y dijo:

—Por eso no hay problema; ¿pero si será que estos dos personajes aceptarán eso? Mira lo que pasó contigo; parece que no les importaras.

—Mira, Ed, yo soy como el soldado de un pelotón al que el teniente le tiene bronca y siempre lo manda adelante para que lo maten; tranquilo, yo no tengo dolientes.

Nos miramos y reímos.

—Entiendo. Habla tú con ellos y si aceptan venir me comprometo a conseguir una autorización para que puedan entrar al país y tratemos de llegar a un acuerdo; si no arreglamos, ellos pueden volver inmediatamente a Colombia.

Mi abogado Domínguez viajó a Panamá a entrevistarse con Humberto y Alexandra Rodríguez para contarles los pormenores del posible acuerdo y para tranquilizarlos sobre su posible viaje a Miami.

—No se preocupen, que esta gente todo lo pone por escrito y si no llegan a un acuerdo pueden volver a su país —les dijo mi abogado.

Ellos entendieron y aceptaron viajar con la esperanza de dejar atrás más de veinte años de persecución a nuestra familia, por parte de las autoridades estadounidenses.

Al tiempo que avanzaba la organización de la visita de mis parientes a Estados Unidos, fui llamado a sentencia ante el honorable juez Federico Moreno. Recibí una condena de más de veintiún años de prisión. Ese día, mientras el funcionario leía el fallo y me condenaba a esa pila de años, todo mi cuerpo temblaba; hacía mucho tiempo no sentía tan atroz sentimiento de miedo y eso que tenía firmada una reducción de pena de diez años.

Luego de escuchar el veredicto leí un discurso en el que me arrepentí de todo el daño causado a mi familia y a la sociedad.

Días después de la sentencia recibí la visita de una persona que había hablado con una abogada que visitaba constantemente a mi tío y a mi padre en el “hueco” donde estaban confinados. Según contó la abogada, mi tío Gilberto tomó muy mal las palabras de arrepentimiento que pronuncié el día de mi sentencia y se dio golpes contra los vidrios del cubículo.

En ese momento dejé de sentir rencor hacia mi tío y experimenté un profundo sentimiento de pesar porque él no veía más allá de su vanidad.

A comienzos del verano llegaron mis familiares a Miami para tratar de hacer entrar en razón a mi tío y a mi padre para firmar un acuerdo. En principio se hicieron los difíciles pero sus hijos les mostraron los peligros que corrían si los enjuiciaban. Entonces resolvieron tomar la mejor decisión: llegar a un acuerdo con Estados Unidos.

Claro, mi tío Gilberto quiso ser como siempre el líder de la manada y por obvias razones me hicieron a un lado y firmaron un acuerdo en el que el Gobierno de Estados Unidos se comprometía a sacar a veintiocho personas de la lista Clinton y cesar toda persecución en contra de esas personas; en contraprestación, mi familia entregaría todos los demás bienes al Gobierno colombiano. Ese documento no era muy diferente al de mi convenio, pero en mi humilde opinión se cometió un grave error porque la Fiscalía colombiana no quedó obligada a firmar el pacto. Por eso, en una movida maquiavélica esos funcionarios utilizaron las aceptaciones de culpabilidad para abrir procesos en Colombia, violando el principio universal de doble juzgamiento. Hoy en día varios de ellos están presos o a punto de recibir una sentencia.

Miguel y Gilberto Rodríguez Orejuela fueron sentenciados el 26 de septiembre de 2006. Creo que habríamos podido resolver muchas cosas si este proceso se hubiera iniciado desde Colombia y tomado la decisión a tiempo de negociar con los estadounidenses. Pero tal vez el miedo y la soberbia nos llevaron a cometer demasiados errores, que nos costaron muy caro.

Ya no hay tiempo para lamentarse; todos tendremos que vivir con las consecuencia de nuestros desaciertos, por haber decidido llevar la vida que escogimos dentro del mundo despreciable del narcotráfico. Les causamos mucho daño a la sociedad y a nuestras familias. La vida nos lo cobró y ella misma nos juzgará.

Mi tío y mi padre fueron trasladados a su lugar de reclusión en diciembre de 2006 y en enero siguiente yo fui enviado a una cárcel de mediana seguridad en el Carolina del Sur, donde comencé una nueva aventura dentro del sistema penitenciario. Pero antes de ese traslado tuve una última reunión con el agente especial Kacerovsky en la que me despedí de él y le dije las siguientes palabras:

—Señor, ¿cierto que yo no soy tan malo como usted creía?

—No, William, no eras tan malo.

Nos reímos y nos dimos la mano. Al día siguiente, en la madrugada, fui trasladado a la prisión de Edgefield.

Lo que pasó después es tema para otra historia. Luego de un tortuoso camino en el que de todas maneras pagué una condena en prisión que me pareció una eternidad, recobré la libertad.

Hoy vivo en Estados Unidos con mi familia, en medio de condiciones más o menos llevaderas, pero con la imposibilidad de regresar a mi país. Mi tío y mi padre siguen en prisión, aunque con regímenes menos severos.

Epílogo

Haber nacido en el hogar de grandes capos del narcotráfico marcó el derrotero de mi vida. La familia no se escoge, dicen por ahí, pero hoy, a mis cincuenta años, puedo afirmar que sí, y también, que soy el único culpable de lo que me haya pasado o me llegue a suceder. No quiero eludir ninguna responsabilidad, como tampoco quiero cerrar los ojos ante un pasado por el que ya tuve que pagar, y un futuro en el que está todo por construir.

Así como la vida es sagrada, también es un deber sagrado reconocer los errores para aprender de ellos y con la frente en alto poder decirles a todos, en particular a los seres que amo, que aquí estoy frente a ustedes, con la convicción clara y diáfana de haberles contado una historia que no busca para nada alimentar mi ego, sino servir de

ejemplo, reconociendo algo que jamás pensé que fuera a reconocer desde el corazón: ¡que el crimen no paga!

Sentí la imperiosa necesidad de contar mi historia desde las entrañas del reino en que viví. Pero fue un reino de papel que descubrió en mí lo que la mayoría de los seres humanos tenemos escondido: profundos deseos de poder y riqueza.

Por mis lazos sanguíneos fui beneficiario de un negocio que aun hoy día no tiene salida. Es cierto que mientras haya consumo habrá quién los produzca y los venda, con consecuencias colaterales ligadas a violencia, tráfico de armas y creación de organizaciones con estructuras mafiosas que se valen de la coerción, la amenaza, la compra de conciencias para mantenerse en el negocio, razón por la cual la solución se ve lejana.

La represión y las políticas antidrogas han tenido algunos logros, pero el negocio continúa. Hay que encontrar una salida que garantice un futuro mejor para nuestros hijos y nietos, para que las futuras generaciones no vean en el ascenso social su validación como seres humanos y puedan tener una patria donde sean reconocidos de la manera en que una madre ve a sus hijos: con amor, fortaleza y educación.

Por eso, deseo compartirles las razones por las que tomé decisiones equivocadas, aclarando que no era el único camino que tenía; siempre hay más opciones, pero en mi caso era lo que tenía que vivir, y lo viví, y por eso este ha sido mi testimonio.

temas 'de hoy.

España

Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona (España)
Tel. (34) 93 492 80 00
Fax (34) 93 492 85 65
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es

Paseo Recoletos, 4, 3.^a planta
28001 Madrid (España)
Tel. (34) 91 423 03 00
Fax (34) 91 423 03 25
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es

Argentina

Av. Independencia, 1668
C1100 Buenos Aires
(Argentina)
Tel. (5411) 4124 91 00
Fax (5411) 4124 91 90
Mail: info@eplaneta.com.ar
www.editorialplaneta.com.ar

Brasil

Av. Francisco Matarazzo,
1500, 3.^o andar, Conj. 32
Edificio New York
05001-100 São Paulo (Brasil)
Tel. (5511) 3087 88 88
Fax (5511) 3087 88 90
Mail: ventas@editoraplaneta.com.br
www.editoraplaneta.com.br

Chile

Av. 11 de Septiembre, 2353, piso 16
Torre San Ramón, Providencia
Santiago (Chile)
Tel. Gerencia (562) 652 29 43
Fax (562) 652 29 12
www.planeta.cl

Colombia

Calle 73, 7-60, pisos 8 al 11
Bogotá, D.C. (Colombia)
Tel. (571) 607 99 97
Fax (571) 607 99 76
Mail: info@planeta.com.co
www.editorialplaneta.com.co

Ecuador

Whymper, N27-166,
y Francisco de Orellana
Quito (Ecuador)
Tel. (5932) 290 89 99
Fax (5932) 250 72 34
Mail: planeta@access.net.ec

México

Masaryk 111, piso 2.^o
Colonia Chapultepec Morales
Delegación Miguel Hidalgo 11560
México, D.F. (México)
Tel. (52) 55 3000 62 00
Fax (52) 55 5002 91 54
Mail: info@planeta.com.mx
www.editorialplaneta.com.mx
www.planeta.com.mx

Perú

Av. Santa Cruz, 244
San Isidro, Lima (Perú)
Tel. (511) 440 98 98
Fax (511) 422 46 50
Mail: rrosales@eplaneta.com.pe

Portugal

Planeta Manuscrito
Rua do Loreto, 16-1.^o Frte.
1200-242 Lisboa (Portugal)
Tel. (351) 21 370 43061
Fax (351) 21 370 43061

Uruguay

Cuareim, 1647
11100 Montevideo (Uruguay)
Tel. (5982) 901 40 26
Fax (5982) 902 25 50
Mail: info@planeta.com.uy
www.editorialplaneta.com.uy

Venezuela

Final Av. Libertador con calle Alameda,
Edificio Exa, piso 3.^o, of. 301
El Rosal Chacao, Caracas (Venezuela)
Tel. (58212) 952 35 33
Fax (58212) 953 05 29
Mail: info@planeta.com.ve
www.editorialplaneta.com.ve



Análisis Histórico Organizacional

Cartel de Cali: Estructuras, Códigos y Contexto Social (1960-2006)

Nota Importante: Este documento analiza aspectos organizacionales, culturales y contextuales desde una perspectiva histórica y académica. Se reconoce que las actividades ilícitas fueron juzgadas por la justicia. Este análisis se enfoca en comprender estructuras sociales, códigos de conducta y dinámicas organizacionales como objeto de estudio histórico.

1960s - Orígenes

1970s - Consolidación

1980s - Expansión

1990s - Guerra y Crisis

2000s - Fin de Era

Resumen Analítico



1960s - Los Orígenes

Contexto Social y Formación de Valores Familiares



Antecedentes Familiares

Educación como Prioridad

Gilberto Rodríguez, a pesar de abandonar sus estudios a los 10 años por necesidad económica, estableció como máxima familiar: "**El conocimiento trae progreso**". Financió la educación completa de sus hermanos menores.

Espíritu Emprendedor

Comenzó como mensajero en una farmacia, aprendió el negocio farmacéutico y montó su propia droguería. Desarrolló productos propios (jarabes y brebajes), demostrando innovación empresarial.

Valores Establecidos

- ▶ Responsabilidad familiar sobre todo
- ▶ Lealtad inquebrantable entre hermanos
- ▶ El mundo no es de mediocres (Miguel Rodríguez)
- ▶ Ganar lo que se tiene con esfuerzo



Contexto Social Colombiano

La Colombia de los 60s vivía en:

- **Post-Violencia Bipartidista:** El Frente Nacional (1958-1974) intentaba pacificar el país tras La Violencia (1948-1958)
- **Movilidad Social Limitada:** Escasas oportunidades para clases bajas de ascender socialmente
- **Bohemia e Intelectualismo:** Movimientos culturales de izquierda influenciaban a jóvenes universitarios



Análisis Histórico Organizacional

Cartel de Cali: Estructuras, Códigos y Contexto Social (1960-2006)

 **Nota Importante:** Este documento analiza aspectos organizacionales, culturales y contextuales desde una perspectiva histórica y académica. Se reconoce que las actividades ilícitas fueron juzgadas por la justicia. Este análisis se enfoca en comprender estructuras sociales, códigos de conducta y dinámicas organizacionales como objeto de estudio histórico.

1960s - Orígenes

1970s - Consolidación

1980s - Expansión

1990s - Guerra y Crisis

2000s - Fin de Era

 Resumen Analítico



1970s - Consolidación Empresarial

Desarrollo de Estructuras Organizacionales y Empresariales



Modelo Empresarial Multinacional

Estructura Organizacional

Producción

Logística

Distribución

División clara de responsabilidades con especialización por área, similar a corporaciones legales.



Código de Conducta Interna

- ▶ Palabra es compromiso inquebrantable
- ▶ No traicionar socios
- ▶ Protección de familias (código de honor)
- ▶ Respeto a las mujeres de la organización



Innovación Logística

Implementaron sistemas de transporte y distribución sofisticados, estandarización de procesos, y control de calidad en producción.



Desarrollo de Negocios Legítimos

Década de 1979: Inicio de inversiones en sectores legales

Drogas La Rebaja

Cadena de farmacias que se convirtió en una de las más grandes de Colombia, ofreciendo precios accesibles a población de bajos recursos.



Banco de los Trabajadores

Institución financiera fundada con enfoque en trabajadores y pequeños empresarios.



Grupo Radial Colombiano

Cadena de emisoras que generó
empleo y entretenimiento en varias
ciudades.



Análisis Histórico Organizacional

Cartel de Cali: Estructuras, Códigos y Contexto Social (1960-2006)

 **Nota Importante:** Este documento analiza aspectos organizacionales, culturales y contextuales desde una perspectiva histórica y académica. Se reconoce que las actividades ilícitas fueron juzgadas por la justicia. Este análisis se enfoca en comprender estructuras sociales, códigos de conducta y dinámicas organizacionales como objeto de estudio histórico.

1960s - Orígenes

1970s - Consolidación

1980s - Expansión

1990s - Guerra y Crisis

2000s - Fin de Era

 Resumen Analítico



1980s - Pasión Futbolística y Seguridad Ciudadana

Mecenazgo Deportivo y Códigos de Convivencia en Cali



América de Cali: Transformación del Fútbol Colombiano

- **1979:** Miguel Rodríguez dona tres jugadores de alto nivel (Battaglia, González Aquino, Gay)
- **1979:** América gana su primer título nacional tras 50 años de espera
- **1980-1995:** Período de mecenazgo que transformó al club en potencia continental
- **Logros Deportivos:** 5 títulos consecutivos en los 80s, 3 subcampeonatos de Copa Libertadores

⌚ Modelo de Gestión Deportiva

📈 Visión a Largo Plazo

Inversión en divisiones menores (modelo Ajax de Holanda). William Rodríguez implementó sistema de formación que produjo jugadores de alto nivel nacional e internacional.

💰 Autosuficiencia Financiera

Estrategia de formar jugadores y venderlos en su mejor momento, creando sostenibilidad económica más allá del mecenazgo.

⭐ Reconocimiento FIFA

1997: FIFA catalogó al América como el **segundo mejor equipo del mundo**, demostrando excelencia en gestión deportiva.



Códigos de Convivencia en Cali

Normas de Comportamiento establecidas:

- ▶ **Control del Crimen Común:** Regulación de delincuencia menor en la ciudad
- ▶ **Mediación de Conflictos:** Sistema de "llamados al orden" para resolver disputas
- ▶ **Consecuencias Claras:** Quien violara códigos enfrentaba sanciones establecidas
- ▶ **Tranquilidad Relativa:** Cali fue considerada ciudad tranquila durante este período

**Muchos ciudadanos de la época recuerdan este período como de menor violencia urbana comparado con décadas posteriores.*



Lucha Contra el Secuestro

1981 - Caso Martha Nieves Ochoa:

- **Noviembre 1981:** M-19 secuestra a hermana de los Ochoa
- **Respuesta Unificada:** Cumbre en Hacienda Nápoles convoca a todos los carteles
- **Nace MAS:** Muerte a Secuestradores - pacto de no negociar con secuestradores
- **Marzo 1982:** Martha Nieves liberada sin pago de rescate

Contribución Financiera: Rodríguez Orejuela aportó económicamente estableciendo precedente: "*La mafia no negocia con secuestradores*"



Análisis Histórico Organizacional

Cartel de Cali: Estructuras, Códigos y Contexto Social (1960-2006)

 **Nota Importante:** Este documento analiza aspectos organizacionales, culturales y contextuales desde una perspectiva histórica y académica. Se reconoce que las actividades ilícitas fueron juzgadas por la justicia. Este análisis se enfoca en comprender estructuras sociales, códigos de conducta y dinámicas organizacionales como objeto de estudio histórico.

1960s - Orígenes

1970s - Consolidación

1980s - Expansión

1990s - Guerra y Crisis

2000s - Fin de Era

 Resumen Analítico

1990s - Guerra Contra Escobar y Caída

Rol en la Pacificación de Colombia y Consecuencias



Contribución al Fin del Terror de Pablo Escobar

Hechos Documentados (1989-1993)

- **Inteligencia y Tecnología:** Donación de equipos de interceptación y triangulación de llamadas al Bloque de Búsqueda
- **Financiamiento:** \$150,000-\$200,000 USD semanales para operativos del Bloque de Búsqueda
- **Información Estratégica:** Red de inteligencia que permitió ubicar lugartenientes de Escobar
- **Dic. 15, 1989:** Información clave llevó a la muerte de Gonzalo Rodríguez Gacha "El Mexicano"
- **Dic. 2, 1993:** Datos precisos facilitaron ubicación y muerte de Pablo Escobar
- **Recompensa Final:** \$10 millones USD entregados al Bloque de Búsqueda tras muerte de Escobar



Impacto en Colombia

El fin del terror de Escobar representó:

- ▶ Cese de atentados con bombas en ciudades
- ▶ Fin de asesinatos de candidatos presidenciales
- ▶ Reducción dramática de violencia urbana
- ▶ Recuperación gradual de institucionalidad

Estrategia vs Terrorismo: Lucha jurídica y de inteligencia vs. violencia indiscriminada



Intentos de Negociación y Sometimiento (1994-1995)

Pacto de Recoletos (Madrid, 1994):

Propuesta de Reinserción

- ▶ Sometimiento voluntario a la justicia
- ▶ Prisión domiciliaria y rebaja de penas
- ▶ Reducción paulatina de embarques de droga
- ▶ Compromiso de acabar con el narcotráfico en Colombia

Contexto Político

Negociación con candidato Ernesto Samper. Financiamiento de campaña (\$10 millones USD total) a cambio de ley de sometimiento similar a la de Escobar o las AUC.

Visión Estratégica

Modelo inspirado en reinserción del M-19: desmovilización, confesión, compensación, penas reducidas. Similar a posterior Ley de Justicia y Paz de Uribe.



Capturas y Proceso 8000 (1995-1996)

- **Junio 9, 1995:** Captura de Gilberto Rodríguez en Cali
- **Agosto 6, 1995:** Captura de Miguel Rodríguez
- **1996:** Proceso 8000 destapa financiación de campaña presidencial
- **Característica:** Ningún policía murió en los operativos, no hubo enfrentamientos armados - confirmando estrategia no violenta



Análisis Histórico Organizacional

Cartel de Cali: Estructuras, Códigos y Contexto Social (1960-2006)

 **Nota Importante:** Este documento analiza aspectos organizacionales, culturales y contextuales desde una perspectiva histórica y académica. Se reconoce que las actividades ilícitas fueron juzgadas por la justicia. Este análisis se enfoca en comprender estructuras sociales, códigos de conducta y dinámicas organizacionales como objeto de estudio histórico.

1960s - Orígenes

1970s - Consolidación

1980s - Expansión

1990s - Guerra y Crisis

2000s - Fin de Era

 Resumen Analítico



2000s - Extradición y Fin de
una Era

Consecuencias Finales y Legado



Camino a la Extradición

- **2000:** Traslado de Bogotá a Palmira (negociado con gobierno Pastrana)
- **2002-2005:** William Rodríguez en clandestinidad (40 meses)
- **Enero 16, 2006:** William se entrega voluntariamente en Panamá al agente Edward Kacerosky
- **Diciembre 2004:** Extradición de Gilberto Rodríguez
- **Marzo 11, 2005:** Extradición de Miguel Rodríguez
- **Septiembre 26, 2006:** Sentencia final en Estados Unidos



Negociación y Acuerdo Final

🤝 Términos del Acuerdo

- ▶ Aceptación de culpabilidad
- ▶ Exclusión de 28 personas de Lista Clinton
- ▶ Cese de persecución a familia
- ▶ Entrega de bienes y multa de \$4 millones USD
- ▶ William: sentencia reducida de 21 a 10 años

💡 Rol de William Rodríguez

Actuó como mediador familiar para negociación conjunta. Su entrega voluntaria facilitó acuerdo que protegió a resto de familia de más procesamientos.

⌚ Agente Edward Kacerosky

15 años de investigación culminaron con cierre del caso más importante de su carrera. Cumplió su palabra respecto a protección familiar.



Sistema Penitenciario Federal

Experiencia Carcelaria (2006-2016):

- **FCI Miami:** Centro de detención federal inicial
- **West Palm Beach:** Prisión local de procesamiento (3 meses)
- **SHU (Special Housing Unit):** Máxima seguridad para Gilberto y Miguel
- **Edgefield, SC:** Prisión de mediana seguridad para William
- **Condiciones:** Sistema diseñado para menguar autoestima, control total

"No es hotel de 5 estrellas como creen en Colombia. Es sistema represivo efectivo" - William Rodríguez



Análisis Histórico Organizacional

Cartel de Cali: Estructuras, Códigos y Contexto Social (1960-2006)

Nota Importante: Este documento analiza aspectos organizacionales, culturales y contextuales desde una perspectiva histórica y académica. Se reconoce que las actividades ilícitas fueron juzgadas por la justicia. Este análisis se enfoca en comprender estructuras sociales, códigos de conducta y dinámicas organizacionales como objeto de estudio histórico.

1960s - Orígenes

1970s - Consolidación

1980s - Expansión

1990s - Guerra y Crisis

2000s - Fin de Era

Resumen Analítico



Análisis Organizacional Comparativo

Estructura, Códigos y Patrones de Comportamiento



Modelo Organizacional: Comparación Corporativa

Estructura Vertical

Jerarquía Clara:

- ▶ Líderes estratégicos (Gilberto y Miguel)
- ▶ Directores operativos (Santacruz, Herrera)
- ▶ Gerentes de área (producción, logística, distribución)
- ▶ Personal operativo especializado

Diversificación

Similar a holding empresarial:

- ▶ Sector farmacéutico (Drogas La Rebaja)
- ▶ Sector financiero (Banco)
- ▶ Medios de comunicación (Radio)
- ▶ Sector deportivo (América de Cali)
- ▶ Bienes raíces

Gestión Profesional

- ▶ Contadores especializados (Pallomari)
- ▶ Abogados de alto nivel
- ▶ Sistemas informáticos avanzados
- ▶ Controles de calidad
- ▶ Auditorías internas



Códigos de Honor y Conducta

Principios Establecidos

Omertà Familiar

"Nunca un sapo" - Código de silencio que mantuvieron hasta el final. Gilberto y Miguel nunca testificaron contra cómplices ni

Protección Familiar

Regla absoluta: familias fuera del conflicto. Gilberto amenazó a Escobar cuando secuestró a María (familiar): *"Si le haces algo, no respetaré más ese código"*

políticos, pagando con condenas más largas.

Respeto a Mujeres

Máxima de Gilberto: "Nadie puede vilipendiar a nuestras mujeres, quien lo haga merece sentencia de muerte"

Palabra como Contrato

Compromisos verbales se respetaban más que documentos legales. Violación de palabra = exclusión del círculo.

Educación Obligatoria

Todos los hijos debían estudiar universidad. William estudiaba Derecho, primos en mejores colegios. Educación como valor no negociable.

No Violencia Innecesaria

A diferencia de Escobar, preferían corrupción y negociación sobre terrorismo. Cero bajas policiales en sus capturas.



Estrategia Jurídica vs Estrategia Violenta

Cartel de Cali

Método: Infiltración y Corrupción

- Lobby en Congreso
- Soborno de funcionarios judiciales
- Financiamiento político
- Batalla legal internacional
- Negociación constante

Resultado: Prolongaron libertad, pero eventualmente extraditados

Cartel de Medellín

Método: Terror y Violencia

- Asesinatos de ministros y candidatos
- Bombas en ciudades
- Atentado a avión Avianca
- Atentado al DAS
- Recompensas por policías muertos

Resultado: Muerte de Escobar, desmantelamiento total

Filosofía Diferencial:

Miguel y Gilberto creían en "el dinero todo lo compra" mientras Escobar creía en "plata o plomo". Ambos enfoques fallaron eventualmente, pero estrategia de Cali causó menos daño colateral a civiles inocentes.



Legado en el Fútbol Colombiano

Impacto Duradero en el Deporte

- **Modelo de Divisiones Menores:** Pioneros en Colombia de sistema Ajax de formación. Jugadores como Franki Oviedo, Leonardo Moreno salieron de este modelo.
- **Profesionalización:** Introdujeron métodos europeos de entrenamiento, nutrición deportiva, preparación física científica.
- **Infraestructura:** Mejoraron instalaciones deportivas, crearon centro de alto rendimiento.
- **Visión de Negocio:** "Formar, desarrollar, vender" - modelo que después adoptaron otros clubes colombianos.
- **Pasión vs. Negocio:** William reconoce que el fútbol era pasión que daba pero también quitaba - necesitaba balance financiero.

🏆 Logros Deportivos Destacados

- ▶ 9 títulos de liga colombiana en era Rodríguez
- ▶ 3 finales de Copa Libertadores
- ▶ Segundo mejor equipo del mundo FIFA 1997
- ▶ 15 partidos invictos consecutivos (récord)
- ▶ Campeón Copa Merconorte 1999



Errores Estratégicos: Análisis Retrospectivo

Error #1: Subestimar a EE.UU.

Creyeron que poder económico y político en Colombia los protegería. No entendieron que Estados Unidos no perdona desafíos a su autoridad.

Error #3: Confiar en Políticos

Samper, políticos del Congreso los abandonaron cuando ya no eran útiles. "Amigos de papel" que huyeron a sus trincheras.

Error #5: No Retirarse

Post-Escobar (1993) era momento perfecto para retirarse. Continuaron por codicia y perdieron oportunidad de legalización.

Error #2: No Negociar a Tiempo

Tuvieron oportunidad en 2002-2004 de acuerdo favorable. Dilataron por orgullo y perdieron ventaja negociadora.

Error #4: Vanidad y Ego

Se creyeron "intocables" tras vencer a Escobar. Ostentación en matrimonio de William demostró pérdida de noción de realidad.

Acierto: Estrategia No Violenta

Al menos no causaron muertes masivas de civiles. Sus capturas fueron pacíficas - legado menos sangriento que Medellín.



Reflexiones de William Rodríguez

Lecciones Aprendidas

Sobre el Poder

"El poder es un narcótico que va nublando la conciencia, hace creer que el fin justifica los medios y hace olvidar los valores aprendidos"



Sobre el Dinero

"El poder y el dinero son efímeros. Cuando tienes todo, todos están ahí.

Cuando caes, son pocos los verdaderos amigos"



Sobre la Justicia

"La justicia divina está por encima de la humana. La vida nos cobró y ella misma nos juzgará"



Sobre la Familia

"Lo único que queda es el amor por las personas que siempre están a tu lado.

Mi esposa María me salvó cuando casi destruyo mi hogar"



Sobre el Narcotráfico

"El crimen no paga. Es un negocio despreciable. No elegí ser hijo del cartel,

pero soy responsable de mis propias decisiones"



Conclusiones del Análisis Histórico

Balance Final

✓ Aspectos Organizacionales

Destacables

- Estructura empresarial sofisticada y profesional
- Códigos de honor internos relativamente estrictos
- Inversión significativa en deporte y cultura
- Contribución documentada al fin del terrorismo de Escobar

✗ Daños Innegables

- Narcotráfico destruyó miles de vidas por adicción
- Corrupción sistemática de instituciones
- Violencia relacionada con competencia del negocio
- Lavado de dinero que distorsionó economía

- ▶ Creación de empleo legítimo (farmacias, radio, etc.)
 - ▶ Estrategia no terrorista (menor daño a civiles)
 - ▶ Valor familiar y educativo dentro de organización
- ▶ Mal ejemplo para generaciones jóvenes
 - ▶ Sufrimiento familiar por consecuencias legales
 - ▶ Pérdida de soberanía judicial colombiana

Síntesis Final

El caso del cartel de Cali representa una paradoja histórica: una organización criminal con estructura corporativa sofisticada, códigos internos de conducta, e incluso contribuciones sociales positivas en ciertos ámbitos (deporte, empleo legítimo), pero cuya actividad central causó daño incommensurable a la sociedad.

Su estrategia "menos violenta" que la de Medellín no absuelve la responsabilidad por participar en industria que destruye vidas. Sin embargo, su historia sirve como **caso de estudio** sobre:

- ▶ Cómo estructuras organizacionales complejas operan al margen de la ley
- ▶ La ineffectividad de estrategias puramente represivas sin atacar causas raíz
- ▶ El peligro de la corrupción sistémica que permitió su crecimiento
- ▶ La importancia de oportunidades legítimas de movilidad social
- ▶ Que "el dinero no lo compra todo" - la justicia eventualmente llegó

Lección Universal: El crimen, independientemente de su sofisticación organizacional, eventualmente cobra su precio.



INFOGRAFÍA HISTÓRICA

Análisis por Décadas: Logros, Valores y Búsqueda de Legalización

★ VALORES Y CÓDIGOS DESTACADOS



OMERTÀ

Código de silencio inquebrantable. Nunca testificaron contra socios ni políticos, pagando con condenas más severas.



FAMILIA PRIMERO

Protección absoluta de familias. Código de honor: familias fuera de conflictos. Nunca atacaron familiares de enemigos.



EDUCACIÓN

"El conocimiento trae progreso". Todos los hijos debían estudiar universidad. Inversión prioritaria en formación.



PALABRA = CONTRATO

Compromisos verbales más fuertes que documentos legales. Violación de palabra significaba exclusión del círculo.



ESTRATEGIA JURÍDICA

Preferencia por corrupción y negociación sobre violencia. Cero bajas policiales en capturas.



VISIÓN EMPRESARIAL

Estructura corporativa profesional. Diversificación en negocios legítimos. Gestión de largo plazo.



LOGROS POR DÉCADAS

1960s



Fundación y Valores

EMPRENDIMIENTO

Primera droguería propia con productos innovadores (jarabes, brebajes)

EDUCACIÓN

Financiamiento de estudios universitarios para hermanos menores

VALORES

Establecimiento de códigos de lealtad familiar y responsabilidad

1970s

Consolidación Empresarial

ESTRUCTURA

Modelo multinacional con división: Producción, Logística, Distribución

NEGOCIOS LEGALES

Fundación Drogas La Rebaja - empleo y precios accesibles

FINANZAS

Banco de los Trabajadores - inclusión financiera

COMUNICACIÓN

Grupo Radial Colombiano - medios y entretenimiento

1980s

Era Dorada del Fútbol



5

Títulos Consecutivos



3

Finales Libertadores

Partidos Invictos

DEPORTE

América de Cali: transformación de equipo humilde en potencia continental

FORMACIÓN

Sistema divisiones menores modelo Ajax - pioneros en Colombia

SEGURIDAD

Códigos de convivencia en Cali - regulación de criminalidad menor

ANTI-SECUESTRO

MAS (1981): Contribución económica para liberar Martha Nieves Ochoa

1990s



Pacificación de Colombia

INTELIGENCIA

Equipos de interceptación donados al Bloque de Búsqueda

FINANCIAMIENTO

\$200k semanales para operativos contra

Escobar

RESULTADO

Información clave: muerte del "Mexicano" (1989) y Escobar (1993)

RECOMPENSA

\$10M pagados al Bloque de Búsqueda

FÚTBOL

FIFA 1997: América segundo mejor equipo del mundo

IMPACTO

Fin del terrorismo: cese de bombas, magnicidios y violencia urbana

2000s



Negociación y Cierre

ACUERDO

Negociación exitosa: exclusión de 28 personas de Lista Clinton

FAMILIA

ENTREGA

William: entrega voluntaria (2006) - acuerdo cumplido

LEGADO

Empresas legítimas continúan operando generando empleo



IMPACTO POR SECTORES

DEPORTE

95%

SALUD/FARMACIAS

85%

MEDIOS

70%

FINANZAS

65%

PAZ (vs Escobar)

90%

EMPLEO LEGÍTIMO

80%



BÚSQUEDA CONSTANTE DE LEGALIZACIÓN

Desde 1987 hasta 2006: Múltiples intentos de sometimiento y reinserción

🤝 Decisión de Retiro

1987 Reunión familiar post-libertad de Gilberto: "Es momento de retirarse, adoptar vida discreta y legalizar fortunas". Primera intención clara de abandonar actividades ilícitas.

📜 Pacto de Recoletos (Madrid)

Propuesta formal: Sometimiento voluntario, prisión domiciliaria, rebaja de penas, reducción paulatina de envíos de droga.
1994 **Objetivo:** Acabar con narcotráfico en Colombia a cambio de penas cortas.
Inspiración: Similar a Ley de Justicia y Paz (2005) con AUC.

📦 Negociación con Samper

Compromiso: Financiamiento de campaña (\$10M USD) a cambio y de sometimiento. **Visión:** Modelo de reinserción: desmovilización, confesión, compensación, penas reducidas.
1994-95 **Fracaso:** Samper no cumplió tras ganar. Presión de EE.UU. bloqueó acuerdo.

⚖️ Batallas Jurídicas en Cárcel

Estrategia: Lobby en Congreso contra leyes de extradición y de dominio. **Inversión:** Millones en abogados de primer
1995-2004

Nivel (Molguín, Cuenca). **Enfoque:** Lucha jurídica vs violenta - buscando salida legal hasta el final.

Intentos de Negociación Final

Propuesta Miami: William negocia con fiscal: sometimiento, **2002-05** entrega de bienes, exclusión de Lista Clinton. **Resistencia inicial:** Gilberto y Miguel dudan, pierden tiempo valioso. **Oportunidad perdida:** Pudieron negociar mejores términos antes de extradición.

Acuerdo Final Logrado

Aceptación de culpabilidad tras extradición. **Beneficios:** 28 **2006** miembros familiares fuera de Lista Clinton, cese de persecución familiar. **Precio:** Sentencias de 30 años, entrega total de bienes. **Resultado:** Familia protegida, pero líderes en prisión de por vida.

Conclusión Clave

19 años de búsqueda activa de legalización demuestran que **siempre estuvieron dispuestos a someterse bajo condiciones negociadas.**

No fue terquedad criminal, sino **subestimación del poder de EE.UU. y fe excesiva en influencia política local.**

"Un general sabio sabe cuándo negociar para mitigar el daño" -
William Rodríguez

COMPARATIVA DE ENFOQUES



CARTEL DE CALI

Estrategia Jurídica

✓ Lobby político y legal

✓ Corrupción de funcionarios

✓ Negociación constante

✓ Financiamiento de campañas

✓ Batallas en tribunales

✓ Búsqueda de sometimiento

✓ Cero bajas policiales en capturas

✓ No terrorismo contra civiles

✓ Código: familias fuera de guerra

✓ Inversión en negocios legítimos



CARTEL DE MEDELLÍN

Estrategia Terrorista

✗ Asesinatos de políticos

✗ Bombas en ciudades

✗ Magnicidio de candidatos

✗ Atentado avión Avianca (110 muertos)

✗ Atentado DAS (70+ muertos)

✗ Recompensas por policías

✗ Terror indiscriminado

✗ Ataques a familias enemigas

✗ Guerra total contra Estado

✗ Violencia como herramienta única

Filosofía:
"Plata o plomo"

Filosofía:
"El dinero todo lo compra"

Resultado:
Extraditados pero vivos,
familia protegida, legado
empresarial

Resultado:
Muerte violenta, organización
aniquilada, familia destruida



ESTADÍSTICAS CLAVE



Policías muertos
en sus capturas



Años buscando
legalización



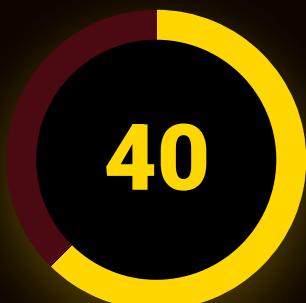
Familiares
protegidos



Títulos de liga
América de Cali



Recompensa pagada
vs Escobar



Meses William
en clandestinidad



BALANCE HISTÓRICO

ASPECTOS DESTACABLES

- ✓ Estructura empresarial profesional
- ✓ Códigos de honor estrictos
- ✓ Inversión en deporte y cultura
- ✓ Fin del terrorismo de Escobar
- ✓ Miles de empleos legítimos
- ✓ Estrategia no terrorista
- ✓ Búsqueda constante de legalización
- ✓ Protección familiar lograda
- ✓ Educación como prioridad
- ✓ Omertà hasta el final

DAÑOS INNEGABLES

- ✗ Narcotráfico = vidas destruidas
- ✗ Corrupción institucional masiva
- ✗ Violencia por competencia
- ✗ Lavado distorsionó economía
- ✗ Mal ejemplo generacional
- ✗ Sufrimiento familiar extremo
- ✗ Pérdida soberanía judicial
- ✗ Estigma social permanente
- ✗ Décadas de vida en prisión
- ✗ Legado criminal imborrable



REFLEXIÓN FINAL

El caso del cartel de Cali representa una **paradoja histórica**: una organización con estructura corporativa sofisticada, códigos internos, e incluso contribuciones sociales positivas, pero cuya actividad central causó **daño incommensurable**.

Su búsqueda de **15 años por legalización** demuestra que
siempre estuvieron dispuestos a negociar, pero
subestimaron el precio real.

"EL CRIMEN NO PAGA"

*Independientemente de sofisticación organizacional,
la justicia eventualmente cobra su precio.*



LECCIONES HISTÓRICAS

PODER

"El poder es un narcótico que nubla la conciencia y hace olvidar los valores"

DINERO

"El poder y el dinero son efímeros. La familia y la integridad perduran"

JUSTICIA

"La justicia divina está por encima de la humana. La vida cobra y juzga"

DECISIONES

"No elegí ser hijo del cartel, pero soy responsable de mis propias decisiones"

NEGOCIACIÓN

"Un general sabio sabe cuándo negociar para mitigar el daño"

FAMILIA

"Al final, lo único que queda es el amor de quienes siempre están a tu lado"



Fuente: "No elegí ser el hijo del cartel" - William Rodríguez Abadía (2015)

Este análisis histórico se basa en el testimonio personal del autor y busca entender las estructuras organizacionales y contextos sociales que permitieron el surgimiento de estas organizaciones, con el objetivo de prevenir su repetición.

⚠️ El crimen no paga. Las actividades ilícitas fueron juzgadas por la justicia.